



BIBLIOTECA

AMENA

v

2  
06



B.P. de Soria



61120497  
D-2 23606

2  
06



EL PLACER



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EL PLACER

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---



111085

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

ESTADO MAYOR

—  
ES PROPIEDAD  
—



SEÑORAS, SEÑORES:



LOS bosques se engalanaban para la recepción del otoño con el más rico y variado ropaje que aventaja á los recamados de oro y de púrpura de los más espléndidos palacios en los días de gala ó besamanos. Deslizándose suavemente por entre las ramas de los árboles, iba pintando el sol sobre las espesas matas de variados arbustos, como sobre delicado lienzo, infinidad de caprichosos mosaicos de clarísima luz. Las ya escasas florecillas de la estación se reanimaban y quedaban como bañadas de alegría con el rayo vivificador de oro que el sol les enviaba. Las aves todas celebraban tan hermoso día cada cual á su ma-

nera; los graves mirlos con su melancólico silbo eran como los bajos del concierto, los pinzones cantaban cantos populares, y el picaresco gorrión con su *chau chau*, parecía hacerles burla. Más lejos, las currucas rubias y las negras, ocultas en los matorrales, procuraban recordar las dulces melodías ya olvidadas de la primavera, y de vez en cuando se escuchaba el arrullo de alguna solitaria tórtola ó de algunas palomas torcaces.

De repente una pobre lechuza, despertada, sin duda, por algún toque intempestivo de campanas, salió de su agujero, y desplegando sus grandes alas, volando á ciegas bajo tan hermoso sol, llegó hasta lo profundo del bosque, y cansada, cayó con gran estrépito sobre un tronco que había derribado el hacha del leñador. Fuertemente asida á la áspera corteza lanzó un como quejido, que por el viento fué llevado de mata en mata y de árbol en árbol, y asustó y sobresaltó á las tiernasavecillas y hasta á las flores del bosque.

Lo que después de esto sucedió allí, fué verdaderamente una revolución. Porque todos los pájaros huyeron á la desbandada, y todas las flores procuraron ocultarse entre las yerbas lo mejor que pudieron.

Mas poco á poco recobraron aves y flores el perdido aliento y volvió á reinar la tranquilidad.

Las flores se abrieron de nuevo para recibir la vida del sol, y mirándose al principio con timidez y luego con confianza, se fijaron en el intruso huésped, y como le viesan inmóvil, levantaron sus hojas y exclamaron todas á una con indecible desdén: «¡Oh, qué animal más feo!»

Las aves también se acercaron, y viendo que era una lechuza, soltaron á su modo una solemne carcajada y empezaron todas á burlarse de ella; y como ella continuase quieta y sin ofender á nadie, guiñando solamente de cuándo en cuándo sus redondos ojos y moviendo suavemente la cabeza, trataron entre sí quién se atrevería á echarse sobre ella y á decirla, ante todo, que se volviese á su torre.

Y no fueron solamente los astutos gorriones, ni los mirlos, ni los pinzones, ni los malvises los que se abalanzaron sobre ella y la maltrataron á picotazos, sino que hasta una tórtola, y ya vieja, empezó su arrullo y le dijo: «Vuelve á tu agujero, vuelve á tu agujero, lechuza tonta».

---

¡Señores! Yo me pregunto ahora á mí mismo si habré caído sobre vosotros, como la lechuza del cuento sobre el bosque.

Porque ¿cómo me habrá ocurrido á mí la idea de venir á daros una conferencia familiar, es de-

cir, casi la grave y monótona música de un sermón, hallándoos vosotros en medio de los encantos y placeres que estáis disfrutando en vuestras playas durante la estación de los baños?

¿No sería mejor dejar para las noches tristes y largas del invierno, ó para los duelos de Cuaresma, este género de discursos tan parecidos á sermones?

Á todo ello podría contestaros, en primer lugar, que no es á mí á quien primero se le ha ocurrido esta idea; pero puesto que la he aceptado yo, sufriré sus consecuencias.

«Lo que está hecho, no se puede deshacer», dice en alguna parte Hamlet; y ya que estoy entre vosotros, no me queda más que hacer, sino pedir os con fiadamente vuestra indulgencia. Atendida vuestra delicadeza y cortesía, no temo me digáis como las aves á la lechuza: «¡Vuélvete á tu agujero, infeliz!» Seguro estoy de no equivocarme, y esta seguridad será causa de que, por mi parte, no encontréis en mi discurso cosa que esté en ruda oposición con vuestras honestas diversiones... Pues precisamente traigo intención de hablaros del placer.

---

Ante todo, en esta como en todas las cuestiones, lo primero, lo principal y más impor-

tante es entendernos. Pues bien: ¿qué es el placer?

¡Se ha abusado y se abusa tanto de esta palabra *placer*, y de esta otra más solemne y grave *felicidad*, que me vais á permitir algunas observaciones breves que juzgo absolutamente indispensables para entender la cuestión!

Bossuet, el gran Bossuet, ha definido el placer en una de sus mejores obras, y le ha puesto solamente en los sentidos corporales, dejando para el alma la alegría. «Esa complacencia que experimentan nuestros sentidos al gustar frutas sazonadas y dulces licores—dice—es lo que se llama placer». Y más adelante: «La alegría es una pasión, por la cual goza el alma del bien presente y descansa en él» (1).

Pero, en el común lenguaje, la palabra *placer* ha tomado otra significación mucho más lata, y hasta los gramáticos han convenido también en ello. Llamamos *placer* á todo movimiento de gozo excitado en nosotros por alguna impresión física y moral, y de este modo comprendemos al hombre completo, es decir, cuerpo y alma, «ángel y bestia», como decía Pascal ó, como graciosamente decía Maistre, «yo y el otro».

Ahora bien. Por poco que examinemos esta

---

(1) Bossuet. *De la connaissance de Dieu et de soi-même.*

noción de placer, descubriremos que tiene origen en la unión de nuestras facultades con el bien que le es propio; bien que todas, cada una á su manera, desean y buscan y llaman con ansia; bien á cuya presencia se mueven y excitan á lanzarse sobre él, y después de haberlo obtenido, satisfechas con su posesión, descansan tranquilas. Tal es el placer.

Así lo entiende también el Príncipe de las Escuelas al definirle: la complacencia del alma, consiguiente á la posesión del bien, con el cual está unida.

Del mismo modo, la felicidad es también posesión del bien, pero del bien propio del hombre, con la diferencia de que el placer es un efecto de la felicidad, la satisfacción consiguiente á la felicidad. Así es que la perfecta felicidad del hombre no es más que la posesión absoluta del bien perfecto, que consiguientemente producirá en él el sumo placer y el sumo contento.

¿No veis ya, Señores, aquí el origen de todas nuestras desventuras?

No es tal nuestra inteligencia que nunca pueda engañarse. ¡Cuántas veces nos hace entrever, como bien propio nuestro, cosas que tienen de tal solo la apariencial... Nos embarcamos para alcanzarlas y corremos desalados á su conquista... ¡Las alcanzamos, y entonces... gozamos,

sin duda, nos complacemos, sí, hemos conseguido un placer..., pero no tardamos en conocer que hemos sido engañados y... sufrimos!

Estos bienes que así nos engañan, estos bienes de contrabando y sin marca de ley, proporcionan *placeres*, sí, pero no son el verdadero placer del hombre.

Prosigamos, si os place.

La extensión que hemos dado á la palabra *placer*, aplicándola á las complacencias y bienes de diversos órdenes, ha dado origen á cierta jerarquía de honor y de nobleza entre los placeres. Y así, serán bajos los placeres, cuando correspondan á nuestras potencias inferiores; serán más elevados, si llegan á las potencias superiores, y serán, por último, sumos, si deben su origen á nuestras potencias sumas, á las potencias *divinas*, puesto que con ellas se hace el hombre grande y semejante á Dios, cuales son el entendimiento y la voluntad. Los bienes que en este último caso poseerán y saborearán nuestras almas, serán de un orden tan elevado, que parecerán más del cielo que de la tierra. Tales son la verdad y la justicia.

Y con esto no os anuncio ninguna novedad. Porque todos vosotros ponéis mucho más alto los placeres del alma que los del cuerpo, y aun entre estos habéis establecido cierto orden, y

estimáis los de la vista, por ejemplo, en más que los del oído, y estos en más que los del gusto, y así de los demás.

Y si, por ventura, se dudase entre vosotros de tales preferencias, yo os aconsejaría que os preguntaseis á vosotros mismos á cuál de las dos cosas daríais vuestra preferencia: á un alma extasiada, muda é inmóvil ante una obra maestra de arte, ó á un hombre ahito aspirando con deleite los vapores de un pavo relleno. Y no es porque yo os juzgue sin gusto ni deseo de un buen pavo; pero juzgaría muy mal de vosotros si creyese que colgabais del mismo clavo la paleta de Rafael que los peroles de vuestra cocina.

Varía, pues, de mérito y de valor el placer según la diversidad de los objetos que le causan. Y es esto tan evidente, que creo innecesario insistir más en una noción tan familiar y tan práctica.

Pero quisiera concretar bien el sentido de una palabra que he dicho, aunque está tomada de Bossuet. He dicho que cuando gozan nuestras facultades de su propio bien, experimentan el placer y descansan en él. Y esta palabra *descansar* no me parece propia, porque, aplicándola á nuestra inteligencia, significaría falta de actividad, y fácilmente la confundiríamos con el

abandono y pereza para obrar. Aquí la hemos de tomar en otro sentido muy diferente, porque precisamente el placer sumo está en la actividad suma, y el reposo consiguiente á este placer sumo es por demás activo.

Considerad, Señores, lo que sucede con una facultad que se halla en posesión del bien que le es propio. No le busca ya ansioso, no se inquieta ni se turba con la incertidumbre de obtenerle ni con el temor de perderle, no; antes poseyéndole y gozándose de su posesión con toda seguridad, descansa. Mas no por esto deja de ser activo, porque está trabajando para gozar y gozando de su misma actividad.

¿Queréis, por ventura, pruebas de esto? ¡Cuántas pudiera daros!... Solo con hacer una breve enumeración de vuestros placeres, podríais ver con toda evidencia cuán inseparables de ellos son el movimiento y la actividad de nuestras facultades, aun en medio de los más inocentes.

Y no me repliquéis, Señores, poniéndome delante á un jugador de ajedrez, por ejemplo, que parece una estatua, inmóvil, silencioso, apoyada su frente en la mano izquierda, la derecha en un peón, y fijos sus ojos en el tablero, como si fuese un hombre de cera ó de materia muerta... Penetrad en su cerebro. ¿Está, por ventura, ocioso?... ¿No tendréis que confesar, por el

contrario, que hierve como un volcán en actividad?...

Ni me pongáis tampoco como ejemplo de ociosidad en el placer, el dulce encanto de la fantasía en esas horas indecisas que van como disolviendo el día en la noche, en esos instantes en que brotan pálidas las primeras estrellas y, tendido sobre la fresca yerba el cuerpo, en medio de un templado y perfumado ambiente y del misterioso susurro de las hojas, navegan tranquilamente y se balancean por entre cielo y tierra los pensamientos de nuestra alma. No me citéis estas horas de reposo, porque son precisamente las horas de mayor actividad, son las horas de más vida, son horas creadoras. Porque, ¿no son estos momentos cuando nuestro corazón late con más holgura? ¿No es entonces cuando se despoja de todos los compromisos que en el mundo le ahogan, rompe todas sus cadenas, y se llama libre y venturoso? ¿No le parece entonces que es mayor que el espacio, más fuerte que la muerte, como le llama la Biblia, y, por decirlo de una vez, semejante á Dios, puesto que se crea dentro de sí mismo mundos nuevos, cielos nuevos, donde reinan las virtudes, donde vive lo grande, donde gobierna lo santo, cosas todas que se hallan desterradas de este suelo en que se desvanecen como el humo

los mayores alientos y los entusiasmos más generosos? Mundos y cielos tan bellos son estos, que no tienen más que un nombre, y aun éste no tiene nada de tierra.

¡Pura fantasía!

¡Horas de sueños! me diréis.

¡Ah, sí! Pero entre todas las horas de la vida ¿encontraréis momentos más hermosos? Y aunque así no sea, á mí me basta con que me concedáis que son activos. No os pido más.

---

Baste ya de preliminares, y entremos de lleno en nuestro asunto. «El hombre ha nacido para el placer, lo siente y no necesita de pruebas para convencerse». Así habla Pascal. Yo admito de hecho que todo hombre busca el placer. Más aún, me atreveré á añadir que en todo y siempre aspira el hombre á este fin como supremo (1). Si á veces se le ve estar entregado á duros trabajos, ir chorreando sangre á través

---

(1) Más exacto sería decir que el hombre ha nacido para la felicidad. Pues ya se sabe que, rigurosamente hablando, el hombre racional debe aspirar, en primer lugar, al bien, y puede pretender, solo de una manera secundaria, el placer que de la posesión del bien le resulta. En una lección ó en un curso de filosofía sería necesario explicar con más rigor estas nociones, pero en una conferencia de este género puede concedérsenos alguna mayor libertad.

de caminos ásperos y dificultosos, sujetar, pisotear, sacrificar y hasta matar un deseo que llora y grita allá en lo profundo de su alma ó en lo más delicado de su corazón de carne...; cuidado, no os equivoquéis. Fijaos en el camino que sigue, ved á qué horizonte dirige su vista. ¿No veis cómo en ese horizonte de descubre ya un sol? ¡Pues es el sol del placer á que aspiraba con tanto trabajo! Es el sol del bien que buscaba! Es la felicidad! Solo que va por el camino que le ha parecido bueno, breve y seguro.

Que todo hombre vaya en pos del placer, ¿es esto de admirar, Señores? Yo no me maravillo de ello. Si es el placer lo que acabo de manifestaros, la complacencia del alma en la posesión del bien que le es propio, ¿qué cosa más natural que el hombre corra en pos de él?

Lejos de maravillarnos hemos de reconocer que es absolutamente necesario que el hombre busque el placer, como toda cosa va hacia su fin por su propia naturaleza; al modo que van y corren hacia el mar esas gotitas de agua que veis brotar al pie de las rocas, y formar primero fuentes, luego arroyos, y al fin caudalosos ríos.

Pero, francamente, si ya no me llama la atención que el hombre busque el placer, tampoco encuentro mérito alguno por esto en el hombre, porque, como acabo de deciros, todas las cosas

le buscan dentro de su esfera, y el animal más bajo y la fiera más salvaje van en pos de él, como el hombre. Y cuando yo veo á un hombre abalanzarse con la cabeza baja hacia el placer que le llama y le solicita, no me admiro. Me acuerdo muchísimo de un perro muy fiel que yo tenía y que hacía exactamente lo mismo; y aun estoy por admirar más al perro, porque este tenía el olfato más fino y nunca se equivocaba, mientras que el hombre apenas podrá contar sus yerros. ¡Tan innumerables son!

Pero lo que á mí me parece extraño, aunque tampoco me admira todavía, es la diversidad casi infinita de caminos que el hombre escoge para llegar á ese fin supremo.

«Los principios del placer—decía también Pascal con su acostumbrada profundidad—no son firmes ni estables. Varían según la persona, y con tanta diversidad, que no se parecen los de los unos á los de los otros. El hombre tiene diferentes placeres que la mujer; diferentes los tiene el rico y el pobre; diferentes el príncipe, el vasallo, el comerciante, el cortesano, el campesino, los viejos, los jóvenes, los enfermos, los sanos; todos varían, y las menores circunstancias les hacen cambiar». Hasta aquí Pascal. Y si yo preguntase á cualquiera de vosotros qué placer prefería, ¡qué contraste se daría entre

vuestras afirmaciones! Seguro estoy que en ellas se podría pasar una revista de todos los placeres de la vida, con la circunstancia de ser cada uno de ellos preferido á todos los demás. Ni me sorprendería que alguno de vosotros dejase á la suerte, ó quisiese como pescar con caña, á ver qué placer le salía, por no saber cuál elegir.

De modo que iría por mal camino si yo me propusiera saber de esa manera cuál haya de ser el verdadero bien que produzca en nosotros el placer verdadero.

Convengamos, pues, que el hombre se separa á menudo del bien por el camino que emprende.

Por otra parte, yo no puedo preguntar al niño; porque si bien es ingenuo de naturaleza, al fin y al cabo es niño sin experiencia y dispuesto para cualquiera ilusión y engaño.

¿Á quien, pues, tendré que dirigirme para saber cuál sea el verdadero placer que debe buscar la naturaleza del hombre?

---

¡Ah, Señores! Hay en la vida una edad que me va á responder, edad verdaderamente de sentimiento y de encanto, que parece recordar aquella hora venturosa en que puro, inmaculado y temblando en presencia de lo desconocido,

salía de las manos de Dios el hombre, radiante de hermosura y aspirando la frescura de la mañana de los siglos.

No es esta edad la infancia, sencilla, sí, pero inexperta: tampoco es la edad madura, instruída y experimentada, es verdad, pero sin vigor ni lozanía. ¿Preguntáis á la flor, por ventura, cuando cerradas aún las hojas en su capullo ni han visto la luz del sol, ni sentido el suave sople de las brisas? ¿La preguntáis, quizás, cuando ajada, marchita y dejando caer sus pétalos, se entretiene en madurar su semilla? No. ¿No es verdad? La preguntáis, sí, cuando ensancha y despliega su juventud; cuando, vibrando sobre su tallo, se abre con gloria y majestad; cuando, generosa con el viento que la mece, le entrega sin medida los tesoros de sus aromas; cuando ni mano alguna la ha tocado, ni la tempestad la ha tronchado, ni los ardores del sol la han deslucido; cuando ni aun la delicada y juguetona mariposa ha dejado en sus aterciopeladas hojas el finísimo polvillo de sus alas.

¡Ahora quiero hacer lo mismo con el hombre!

Voy y le pregunto en medio de la gloria y brillo de su juventud, en la hora en que sale, no de las manos de Dios, como antes dije, sino de las manos de un padre ó de una madre que, después de haberle llevado por largo tiempo

en brazos y en el corazón, después de haberle educado con un cariño y ternura que jamás olvidarán, después de haberle enseñado la vida con tantos trabajos y fatigas, mostrándole al fin un día su porvenir en el mundo que para él se abre, le dicen entre sollozos, suspiros, ternuras y temores: «Mira, hijo mío; mira, hija mía; anda, ha llegado la hora: vive sin nosotros, y que Dios guíe tus pasos».

¡Oh! ¡Qué hermosa aparece entonces la obra de Dios!...

Contempladla, os ruego, contempladla cómo levanta su frente, serena y sin rebozo; cómo su vista, clarísima y sin estorbos, recorre el espacio, y cómo su sonrisa parece que es bondad que se va derramando por doquier... ¡qué fuego, qué llamas en esa naturaleza virgen!

¿Y el alma?... ¡Ah, Señores! El alma... ¡qué diáfana, cuán sin doblez, qué sincera, qué noble, qué esforzada, qué grande; cómo arde de entusiasmo; cómo se desborda generosamente!... En todo cuanto ve y oye, solo ve verdad, justicia, bondad y decoro; es suave, dulce y está llena de ternura; tiene sed de abnegación y de sacrificio, y ese mundo, en que entra con tanto valor y con tanta generosidad, quisiera conquistarle por entero, para sembrar en él á manos llenas la felicidad.

¡Oh, sí! ¡Qué hermosa aparece la obra de Dios en su florida juventud!

Pues bien, Señores; á ese joven, á esa joven, que se hallan en la primavera de la vida, les pregunto yo: Jóvenes, ¿qué buscáis, qué pretendéis en vuestra edad? Y escucho, y... Señores, no dudo afirmarlo: dejando á un lado ciertos seres castigados por la naturaleza misma, ó pervertidos ya prematuramente por sus pasiones, todos á una, así los jóvenes como las doncellas, nos revelarán, en la intimidad de sus respuestas, los fuegos de su entusiasmo y la grandeza del heroísmo.

El placer á que aspiran, no es el de primera ni segunda categoría, sino el placer de los esforzados, de los héroes, de los más perfectos; no el de las llanuras ni el de los valles, sino el de los montes y el de las cumbres. Aspiran á las complacencias que traen consigo la luz y la verdad, á los delicados é inmateriales goces del corazón, al bien verdadero que, saliendo del individuo, se difunde sobre sus semejantes en los desbordamientos de la caridad y del amor.

No encontraréis un colegial que al fin de su carrera no tenga ya descrito en su mente el papel que piensa representar en el mundo, y que no sueñe con llevar á la humanidad á su perfección; como tampoco encontraréis colegia-

la, por humilde que la supongáis, que no oculte allá en lo profundo de su corazón el generoso deseo de hacer felices, por lo menos, á los que algún día vivan en el hogar que forma en sus ensueños.

—¿Y creéis, amados jóvenes, que están ahí vuestro placer y vuestra felicidad?— ¡Oh, sí! Siento en mi interior una voz que me lo dice.

—Pues id con Dios, y antes que deis los primeros pasos, permitidme á mí invocar también la bendición de vuestra madre... ¡Id, y que Dios os guarde!

---

Quizás vayáis á creer que he padecido alguna ilusión al considerar tan llena de ventura esta juventud pujante y generosa que acabo de describiros. No lo tengáis por ilusión. Para convenceros de ello, traed, os ruego, á vuestra memoria lo que fuisteis vosotros en esa edad, y lo que os pedía entonces la sangre que palpita en vuestro corazón: acordaos de los sueños y de las fantasías que os ocupaban á los veinte años. Y si no, aún os daré otra prueba, aunque os parecerá quizás liviana, porque es cosa que la estamos viendo todos los días y creo haberla dicho ya también en otra ocasión.

---

Hay un momento en la vida en que el hombre, hallándose en el completo uso de su libertad, decide acerca del estado que ha de abrazar. Y sea varón ó mujer, sea pobre ó rico, todos ó casi todos se preguntan si habrán de pisotear todos sus placeres y sacrificar sobre el altar de la vida religiosa su propia felicidad y su propia vida en obsequio de la vida y de la felicidad de los demás.

Muchos contestan que no; es verdad, y con-vengo en ello; pero no es menos cierto que antes han examinado, cara á cara y sin temblar, esa heróica alternativa.

Pero otros contestan que sí, Señores y Señoras; y entonces van á buscar el placer en enseñar á los pobres y á los niños, en servir á vuestros ancianos, en cuidar á vuestros enfermos, en enterrar á vuestros difuntos, en curar toda clase de dolores, en enjugar toda clase de lágrimas, y por último, en amar á todos, ellos, que, habiendo renunciado á su felicidad, viven sin ser amados en el mundo.

Mas no pretendo ni necesito hablaros de estos, sino de vosotros, y lo haré con gusto al momento.

---

Hemos dejado á nuestros jóvenes viajeros en los primeros pasos del camino que han emprendido ¿Queréis que los tomemos en la mitad de él?

Tomémoslos en esa edad, madura ya por la experiencia, aunque muchas veces anticipada; veámoslos en esa edad en que el corazón ha gozado ya de los placeres que en un principio soñó, y del sabor que de ellos ha sacado. Preguntémosles, porque mucho nos podrán instruir.

¡Oh, Dios mío! ¿Es este aquel joven? ¿Es esta aquella joven?

¿Cómo? ¿Tan pronto se ha envejecido su frente? ¿Tan pronto está surcada de arrugas, indicios de cuidados, de tristezas, de amarguras?

¿Cómo? ¿Tan pronto se han anublado esos ojos hermosísimos? ¿Pues de dónde le vienen ese mirar desconfiado, esos relámpagos en lo oscuro de sus pupilas?

En esos labios tan risueños antes, ¿por qué aparece ahora el fruncimiento del sarcasmo y la amargura?

En esas mejillas pálidas, ¿por qué se ven lágrimas sin secar?

¡Pobre corazón! ¡Pobre corazón humano! ¿Por qué tan oprimido? ¿Por qué desesperas? ¿Por qué chorreas sangre?

¡Pobre alma! ¡Pobre alma humana! ¿Dónde

han ido la generosidad, y el fuego, y las llamas de la edad primera?

¡Hijo mío! ¡Hija mía! Contestad, por Dios, contestad á estas preguntas!

Yo me pongo á escuchar, Señores, y sigo... ¡ah! qué dolor! qué desaliento!

«¡La vida!... ¡La vida!... ¿y es esto la vida?... ¡El placer!... ¡El placer!... ¿y es esto el placer?... ¡Qué ilusiones! Vivir así no es vivir: ¡es preferible la muerte!»

Aquí tenéis, Señores, lo que sucede á la mayor parte de esas pobres almas que, esforzadas y generosas, han preferido los placeres del espíritu y se han dedicado á saborear los gustos de la virtud. Mucho les ha costado y mucho han tenido que sufrir, por ser áspera y pendiente la senda que á tan arriba conduce. Pero han llegado á la cumbre de ese monte tan elevado, y olvidándose de que está en otra parte la verdadera recompensa de la virtud, han descubierto que con la virtud no se hace suerte en el mundo, que casi siempre es víctima de los engaños é injusticias de los hombres, y muchas veces un estorbo que impide ir adelante en el camino de la prosperidad; en fin, desde aquellas alturas han contemplado que son pocos los que suben, y que si alguna vez se necesita ser virtuoso en la sociedad, basta para satisfacerla con el falso

ropaje y las apariencias de la virtud, tan fáciles de adquirir como felices en obtener los premios y atenciones del mundo.

Y con esto no ha tardado en presentarse el tentador y les ha inspirado sus diabólicos intentos, diciéndoles al oído: «¿Para qué sirve la virtud? Aquí tenéis su máscara... ¡Escoged!... Esto es lo que priva en el mundo!»

---

Otros han elegido los placeres y gustos del genio, y dedicándose al culto de lo bello, de lo grande, de lo noble, de lo divino, con aspiraciones constantes de acercarse á la verdadera luz y al verdadero ideal de sus concepciones artísticas, se han remontado hasta fijar su asiento en las regiones del águila. Pero... no han tardado en conocer que, por lo general, todos mueren de hambre en tan elevadas alturas; que los de abajo, dedicados solamente al negocio, se burlan soberanamente de ellos llamándolos *artistas* y encerrando en este mote todos sus desprecios.

¡Artistas!... ¡Artistas!...

¡Prendarse de la verdad, de la ciencia, del arte, de las letras; estimar en algo el genio y el entusiasmo!... ¿Puede darse mayor locura? ¿No está más en lo cierto el tendero de en fren-

te? Está con todo su ser, entregadó á sus especias: pesa, despacha, compra, vende, cambia, y ¡vedle cómo engorda! ¡cómo crece su fortunal! Dejad que pase unos cuantos años, y le veréis á ese pobre tendero de hoy, hecho un potentado mañana. ¡Tendrá lujoso hotel, quizás briosos caballos, y nadie se volverá á acordar de la tienda! Será venerado ese rico; le saludarán, le seguirán, le amarán... Vosotros, dedicados á lo grande, á lo sublime, á lo divino del arte, no pasaréis jamás de *artistas*, de pobres, de despreciados, de inútiles en la sociedad.

Es que ha venido el tentador y le ha inspirado al oído: «¿De qué te sirve la verdad? La ciencia, la belleza, las artes, ¿de qué te servirán, pobre soñador, sino de tormento?... ¿No estás viendo que con esos tus santos entusiasmos te mueres de hambre? Procura ser rico tú también; y si no te place vender especias, véndete á ti mismo».

---

Aquel se ha ido en pos de los placeres del corazón, y al sentirlos por vez primera, al gustar el sabor inmaterial y dulcísimo del amor... ¡oh, aquello fué un verdadero encanto! ¡Cuán de verás amó! ¡Cuán de lleno, sin reserva y sin medida entregó su corazón! Un alma de estas,

anegada de alegría, entonó su cántico de amor y dijo: «¡Siempre, siempre te amaré!...» y en el fondo de su corazón oyó el eco: «¡Siempre, siempre!...»

¡Creyó en la voz que con ella cantaba y tan armoniosamente se mezclaba con la suya!

¡Pero... aquella voz mentía!

¿Habéis visto á ese pobre corazón vendido y abandonado? ¿Le habéis visto rasgado, deshecho y envuelto en hiel? ¿Le habéis contemplado llamando á gritos á la muerte?

Pero se hizo sorda la muerte, y ese corazón sanó; y es tan grande la miseria del hombre, que ese corazón, curado de su primera locura, volvió á amar con la esperanza, con el deseo constante de encontrar el sueño de todos, el embeleso de la mente: ¡un amor constante en un corazón fiel!

¡Mas para un corazón de este temple es tan necesaria la virtud!... Además, para que en ese corazón, al fin, humano y de tierra, no muera jamás el amor, es menester acudir al auxilio de Dios y pedir que le bendiga, le guarde y conserve, y, contra las persecuciones del tiempo, le haga participar de su inmortalidad.

Y, por desgracia, ¿qué vemos? ¡Cuántas veces se prescinde de ese Dios inmortal cuando se trata de amar!... ¡Cuántas veces se va en busca

de amor, lejos, muy lejos de Dios, á esa tierra árida de las pasiones en que todo amor se seca pronto y muere!

Se busca, se vuelve á buscar, se busca siempre un corazón constante, un corazón fiel; y cuando se cree haberle encontrado ya, cuando está uno seguro de haber dado con ese fénix inmortal que renace de sus propias cenizas... se le compra á peso de oro, se le compra á costa del honor y á veces... Pero, en fin, se le posee y se goza de él, y luego que se le tiene entre las manos, resulta ser... una avecilla como cualquiera de las que emigran. ¡Un ave de paso!

Es que vino el tentador y dijo al oído: «¡Pobre infeliz! ¿Á qué viene el amar de esa manera? ¡Si para amar hay un método muy sencillo! Escucha: Se ama una vez, y basta; y después... ¡qué rueda la bola! Se vuelve otra vez á amar y se vuelve otra vez á dejar, y luego á otra cosa. Porque así como ha venido el amor, sin saber bien por dónde ni de qué manera, así se marcha sin dar cuenta por qué camino. Déjale, pues, correr. ¡Muy necio será quien por eso tenga penas! Para evitarlas se toman de antemano precauciones, y se provee uno de remedios con anticipación. ¿No ves cómo en las buenas casas de comercio tienen preparadas sus reservas para cuando les falten sus géne-

ros? Pues haz tú lo mismo y vive á tus anchas. Esa es la vida. ¡Ah! qué tonto serás, si insistes en ese tu *corazón constante* y en ese tu *amor fiel!* Esto era antes, y se cantaba en todos los tonos y de mil maneras. ¡Ahora, en nuestros días, joven inexperto, no se tiene ya fe en tales ilusiones...»

Y quizás, Señores, ha escuchado con atención el joven este canto de sirena, y se ha dicho á sí mismo: «¡Es cierto! Se sufre mucho amando. El amor es una locura. Lo importante es el gozar. ¡Adelante! ¡Mienta también mi corazón! Lo peor será para el otro; yo viviré así más alegre... Si el otro muere... ¡que le entierren!»

«Este es el peor estado del hombre—dice á este propósito Mme. de Gasparín;—¡reconocer que se puede vivir cortando pedazos de corazón, y que se puede efectuar tal separación porque se puede cerrar la herida!»

¡Señores! Conocer el hombre haber cambiado, y no sufrir; confesar haber dejado allá en medio de su camino lo que al principio tanto amó, y no morir de vergüenza ni inmutarse; llamarse traidor, y levantar con orgullo su frente hasta decir: «¡Vamos... que no me va mal así!» es la mayor de las desgracias.

Y reconcentrarse dentro de sí mismo este corazón, y no conocer á nadie más que á sí mis-

mo, y no haber para él otro mundo, es la causa de que todo lo que no sea él le repugne, le hastíe, le mate y no le merezca sino el desprecio más soberano...

---

Quédale, finalmente, á este corazón, tan abandonado á sí mismo, la última trinchera para vivir: los sentidos.

Pero esta experiencia es de corta duración, luego se acaba. ¡Se baja con tanta rapidez á estos abismos!... Y una de dos, ó se llega á ellos, y entonces estamos ya en lo del pavo relleno, ó excitan aún en el alma algún resto de nobleza los nauseabundos vapores que de allá suben, y entonces escribe, como Camors á su hijo, la carta de despedida, y se levanta la tapa de los sesos...

En ambos casos, ¿qué hay de humano? ¡Nada! «Ha muerto el ángel y ha quedado la bestia».

«È morto uomo ed è rimaso bestia».

(DANTE.)

Y si por ventura continúa con vida la bestia, véanse sus placeres, óigase su lenguaje: «¡Oro! ¡Venga oro, pero mucho oro! Porque con oro todo se compra». Y cuando ha recibido el

oro: «¡Vengan los goces, vengan los placeres! Pero que sean desconocidos, porque los conocidos me hastían, me matan! ¡Ah! ¡vengan á mí flores para deshojarlas!.. Es tan hermoso deshojar flores! ¡Vengan á mí ojos que no hayan llorado, que yo los abrasaré con lágrimas! ¡Vengan á mí, y solo á mí, y siempre á mí!»

Pero, hasta las lágrimas cansan á la bestia. Ya se ve; ¡como son siempre las mismas!... Por eso vuelve á clamar y dice:

«¡¡Sangre!... Sangre salvaje en el circo... en la arena! Heridas frescas, heridas calientes, agonías de muerte! Pero esta sangre, y estas heridas, y estas convulsiones me cansan también. ¡Venga otra sangre!...

»¡Me llamo Nerón! Soy rey del mundo!

»¡Venga sangre humana al anfiteatro! Gritos, lágrimas, suspiros... ¡Adelante! Más, más! Sangre de mártires, de mujeres, de niños, de doncellas!... Adelante! Á los leones!... Al potro! Á la espada! ¡Oh... qué hermosa y qué fresca es esa sangre!...»

¡¡Con esto, Nerón se divierte!!

Pero esa sangre, siempre es sangre humana... siempre lo mismo. «¡Quemadlos!... Porque debe ser un espectáculo admirable la sangre humana, ardiendo é iluminando con su llama mis jardines y mis palacios!... Al fuego!

»Pero es poca esa llama. ¡Más, más!... ¡Que se abrase Roma entera, pero cuando yo pueda ver y contemplar á mi gusto el inmenso incendio!...»

Y arde Roma entera.

Pero por fortuna se cansa un día Dios: envía la muerte, y la muerte quita á estos monstruos el alma, y con su huesoso pie arroja los cuerpos á un pudridero. ¡Libre ya de ellos, respira la tierra, y la eternidad la vengal...

---

Apartemos, Señores, nuestra vista de cuadros tan horribles; pero no creáis, sin embargo, que me he salido de mi asunto al presentároslos. Si, por ventura, hubiere alguno que así lo crea, voy á desengañarle.

Dentro del corazón humano, Señores, existen ciertos lazos secretos entre el placer y la crueldad. Y es porque el hombre que vive entregado á sus sentidos, *animalis homo*, que dice la Sagrada Escritura, llega á ese abismo por una pendiente muy natural: á poco que suelte la rienda de sus pasiones, no solamente va derecho á él, sino que descubre nuevos goces en la violencia y en la opresión. Y de aquí á la sangre no hay más que un paso.

Con vivos colores nos pinta la Sagrada Escritura á semejantes hombres en el libro de la Sabiduría, cuando pone en boca de ellos estas palabras: «Coronémonos de rosas antes que se marchiten. No hay campo de flores que no pisemos, ni persona que se libre de nosotros. Oprimamos al pobre; no perdonemos á la viuda, y despreciemos las canas del anciano». No menos gráficamente nos los describe San Pablo cuando al hombre de placeres le llama *sin corazón, sine affectione*. ¡Sin corazón... es verdad!

Si no temiese alguna alusión desagradable, añadiría yo ahora, por mi cuenta, este testimonio de un filósofo impío, el autor del *Emilio*, en esta ocasión, sincero:

«He observado siempre, que los jóvenes entregados prematuramente á sus pasiones, se convierten en inhumanos y crueles, y no pudiendo dominar el ímpetu de su temperamento, se hacen impacientes, vengativos y furiosos. Llena su imaginación de una sola cosa, no sirven para nada más, y no conocen ni la compasión, ni la misericordia. Todo el universo, hasta su padre y su madre, posponen de buen grado al menor de sus placeres».

El placer sencillo é inocente se hace muy pronto pesado é insufrible por la monotonía.

Se le sazona con bellaquerías, después con brutales excesos, luego con crueldades horribles; como los paladares estragados, se excitan con mostazas, que por donde pasan queman.

He citado á Nerón..., y Nerón era rey, es verdad, y podía y tenía cuanto se le antojaba. Gracias á Dios, y para dicha de la humanidad, no todos son Nerones; pero la mayor parte de los hombres, si se han detenido en su pendiente, han llegado hasta donde han podido, y, hasta allí, ¡cuántas lágrimas y cuánta sangre han hecho verter! Ni han respetado el corazón de mujer, ni el corazón de hijo, ni el corazón de madre. Por todo han pasado y todo lo han deshecho... para siempre. ¿Y por qué? Preguntádselo, y veréis por qué precio tan ruin y tan despreciable. Pero encontraron en ello un placer, y esto les bastó. Los demás, que sufran, que mueran. ¡Yo, yo, y yo, y siempre yo! ¡Lo demás... que se hunda!

¡Pero si á lo menos encontrasen en eso el placer que buscan!... ¡Pero no, no es así, por la misericordia de Dios; porque en todo eso no encuentran sino horror y hastío de sí mismos!...

Resulta, pues, Señores, y esto es lo que pretendí desde un principio, que á pesar de no buscar los hombres en toda su vida y en todas las circunstancias de la misma, otra cosa que el

placer, venimos á convencernos, por una dolorosa experiencia, que la universalidad de los hombres no le consiguen en el mundo.

¿Consistirá, por ventura, en que no le hay en el mundo, ó que el hombre se equivoca ó se pierde en el camino?

¿Ó será tal vez exageración mía? No lo creo. ¿No hay personas verdaderamente satisfechas y contentas en este valle de lágrimas? Sin duda alguna que sí, y de las que yo conozco, pudiera citaros muchas. Pero son gentes que, conociendo muy bien qué cosas les podría dar este mundo, se han contentado con pedirle muy poco, y yo tengo por muy acertada esta conducta y por muy profunda filosofía.

Tampoco hay duda de que el grito general que sale sin sentir del corazón del hombre, es un grito de dolor, de angustia y de engaño.

Pues entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Habrá que entregarse á la desesperación? ¿Son puros fantasmas y cruel espejismo los hermosos pensamientos de nuestra primera edad? ¿Cómo! ¿Será, pues, una locura mirar á lo alto?

---

Se lee en la Biblia el siguiente paso, tan tierno como desgarrador:

«Cediendo Abraham á los ruegos de su espo-

sa Sara, toma la resolución de despedir de su casa á Agar y al hijo de ésta, y para ello, cogé un pan y un cántaro lleno de agua, los carga sobre los hombros de Agar, y entregándola su hijo, la despacha, *dimisit eam*.

»Salió Agar llevando de la mano á su propio hijo, y entró al poco tiempo en los desiertos de Bersabée. Por ellos iba andando y atravesando su inmensa soledad, hasta que, cansado el niño, se veía obligada á descansar. Gozándose en el tranquilo sueño de su hijo, cobraba alientos y volvía á seguir su camino. Se iban sucediendo los días... y extendiéndose los desiertos y las soledades..., y el niño comió el último bocado de pan y bebió la última gota de agua...

»Agar lloraba..., pero siguió andando con su hijo en los brazos, hasta que sus brazos se rindieron. El niño cansado, sin fuerzas, gemía... pedía alimento. Agar le daba por alimento continuos ósculos y por abrigo sus tiernos abrazos... El niño ya no gemía; inclinando su tierna cabeza sobre su madre, comenzó á agonizar.

»Loca entonces y como desesperada Agar, dejó recostado bajo un árbol al niño y huyó: «No, no, dijo sollozando, no tengo valor para ver morir á mi hijo», y ocultando su cabeza entre los brazos, se puso á gritar en la soledad del desierto: «¡Desgraciada de mí, que va á morir

mi hijo! ¡pobre de mí! *levavit vocem suam!* Mas Dios la oyó, y por medio de un ángel, la dijo: «¿Qué haces, Agar? Coge á tu hijo otra vez y llévale de la mano, porque quiero engrandecerle y formar de él un gran pueblo, *in gentem magnam faciam eum!*...»

Señores: nosotros nos vemos como Agar. Vamos llevando á través de los desiertos de nuestra vida, en nuestros brazos, al hijo de nuestros pensamientos, al hijo querido de nuestra alma, aquel plan, forjado en nuestro corazón con el soplo generoso del entusiasmo en la primavera de nuestra vida, y acariciado, sí, con esmero, pero cuidado y alimentado con esos gustillos, con esos contentos miserables del mundo. Vamos atravesando la vida y cogiendo pequeñas espigas, como las espigadoras y rebuscadoras de los rastrojos, para alimentar con ellas á nuestro hijo. Pero ¡ay!... que el desierto es largo... y solitario... y el pan y el agua nos va á faltar... y nuestro hijo va á morir. ¡Ya se ha quedado sin hojas el árbol de nuestra esperanza; todo nos cansa, nuestras fuerzas se enervan y el tedio nos consume!... «¡No, no quiero, no puedo ver morir mis aspiraciones, mis encantos, mi última ilusión... mi hijo!» y somos tan locos que huímos también nosotros, y dejamos el noble ardor de nuestra juventud para ocultar nuestra cabeza

entre las manos y reconcentrarnos en nosotros mismos, pero no para tomar una resolución generosa, sino para arrojarnos yo no sé en qué aturdimiento egoísta que nos impele á clamar y pedir á grandes gritos auxilio... ¿Y no veis que está desierto el mundo? ¿No veis que la soledad no os contesta?

Agar, ¿qué haces?

Pobre humano corazón, ¿qué haces? ¡Levántate! ¡Deja esa desesperación inútil, y levántate de ese suelo de fango en que yaces postrado! ¡Levántate, y abandona esas bajas satisfacciones que te fascinan y enloquecen!

¡Levántate! Vuelve á coger de la mano á tu hijo. Vuelve á tus primeros alientos. Recobra tu fe y consévala; ten confianza en la verdad, en la justicia, en la virtud. Vuelve á aspirar á todo lo que sea grande, noble y generoso... Cree, hijo mío, cree, hija mía, en tu primer pensamiento, porque le quiero cumplir, y de tu hijo quiero hacer un gran pueblo; de la gota de agua que habéis soñado, quiero hacer un mar, en que apague para siempre la sed de felicidad que abrasa vuestros corazones.

---

No adelantemos ideas. Porque bien merece el engaño sufrido por el corazón humano al buscar el placer, que nos detengamos algo, tanto más que, á poco que lo pensemos, nos encontraremos con que nada hay más fácil de prever.

Creo que no me equivoco al suponer que todos vosotros habéis presenciado el espectáculo triste y á la vez divertido que ofrece un niño que se agita, llora, patalea y grita y se enfurece de cólera entre los brazos de su aya ó de su madre... ¿y todo porqué? porque no le dan la luna...

Esto mismo nos sucede á nosotros. En nuestros antojos pedimos la luna, y como la luna no viene, lloramos.

Pues no os riáis ni del niño que así patalea, ni del hombre que así llora; porque de uno y de otro se aprende una profunda enseñanza.

Seguro estoy también de que habréis observado, cómo después de salir de las grandes reuniones, de un baile, de un banquete en que os habéis divertido en grande, cae sobre vuestra alma tal frío de tristeza, que os quita hasta las ganas de hablar y os lleva mudos á casa en medio del silencio de la noche, y cómo al entrar en vuestra casa os da en rostro hasta vuestra habitación siempre la misma, el ambiente siempre el mismo, y vuestra ocupación siempre la

misma. Es que después de tanta fiesta y tanta disipación, esa monotonía de la vida, ese machaqueo diario y repetido sin cesar, cansa, molesta, fastidia, y no sé si decir que os abruma y os consume la paciencia.

Así se explica que haya gentes que fuera de casa tienen una amabilidad que es un encanto, y dentro son amables... como un puerco-espín. ¡Cuántas personas de estas conoceréis!

Pero vamos á ver. Penetrad en el fondo de la cuestión, y buscad el origen verdadero de vuestras tristezas y aun de vuestros llantos. Ved si no consiste en que quisierais estar siempre de fiesta y hallaros siempre en bailes y saraos que nunca se acabasen... ¡Ved si no consiste en que pedís también la luna!

Cuando pretendéis fijar la fortuna á pesar de su inconstancia; asegurar para siempre la alegría y contento á pesar de sus continuos cambios; alcanzar una gloria sin eclipse, una dicha sin sombras, hermosura que no pierda y amor que no muera, decidme, ¿qué pretendéis sino la luna? Y líbreme Dios de que me ría de vuestras pretensiones, porque, notadlo bien, todo eso que pedís y á que aspira con tanto afán vuestro corazón á pesar de verlo irrealizable, es grande, es sublime, es... el Eterno que os está sin cesar solicitando.

Pero aún hay más.

Por regla general no satisfacen sino muy pequeña parte de nuestro ser los placeres que encontramos; la mayor y más importante queda sin gozar. Unas veces goza solo la vista, otras el oído, otras otros sentidos; ya es el cuerpo, ya es el alma, pero cada cual por separado. Raro, muy raro es que el hombre todo entero disfrute del placer, y me atreveré á desafiaros á que me presentéis un placer que satisfaga y llene del mismo modo y en el mismo tiempo los deseos del cuerpo y los deseos del alma, es decir, las aspiraciones de todo el hombre.

Antes por el contrario, es frecuente observar que mientras goza el hombre por un lado, está por otro sufriendo, y mientras el cuerpo está quizás embriagado de placer, siéntese en el alma tal repercusión de dolor, que la mata. Otras veces, por el contrario, sucede estar el alma extasiada de placer con la contemplación de altísimas verdades, y pierde el cuerpo sus fuerzas y se extenúa y se consume...

Y aun cuando admitiésemos un placer capaz de satisfacer á un tiempo al hombre todo, todavía habríamos de advertir que no le saciaría, y en la complacencia misma le oiríamos gritar: ¡Más!... ¡Más!... y por esto se encuentra, aun en medio de las cosas más suaves y acomodadas

á nuestros gustos, un no sé qué de amargo que angustia y apena el corazón:

*Medio de fonte leporum  
Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angit.*

(LUCRECIO.)

Sean grandes los placeres del cuerpo, sean grandes las complacencias del alma; el hombre las sueña mayores, aspira á un *más allá* que le contrista y aun le mata.

«Señor, decía un día Duroc á Napoleón, hay gentes que os creen tan ambicioso, que deseáis el puesto de Dios-Padre.

—¡Ah, no lo quisiera, contestó el Emperador, eso sería estar en un callejón sin salida!»

De suyo la humorística contestación no tiene sentido, pero pinta bien al corazón humano fingiendo siempre algo más allá de lo que le ofrecen.

Es decir, Señores, que el corazón del hombre aspira á una cosa grande, no solamente eterna, sino infinita. Todavía más. Decía Marivaux, «que no hay placer que no pierda su mérito por el mero hecho de ser conocido». Y esta es precisamente la enfermedad de nuestro corazón y su roedor gusano, eso es lo que arruina el edificio de nuestra felicidad.

Todo se acaba, *todo pasa*, como acabamos de decir, y el saber que se acaba, nos contrista;

pero ahora hemos de completar la frase añadiendo que *todo cansa*, y con la tristeza que esto produce en nuestra alma, no encuentro ninguna que se pueda igualar. ¡Todo cansa!...

Respecto de los sentidos inferiores y del cuerpo de barro, acostumbrado á gozar de las mismas sensaciones siempre, de la misma carne y de los mismos nervios siempre, acertaría yo á comprender que viniese el cansancio tras de la monotonía. Pero del alma, puro espíritu, cuyo alimento es el amor y la verdad, que tengamos que decir que también se cansa y también se rinde... parece incomprendible. Y, no obstante su espiritualidad, el alma se cansa de esos bienes tan grandes, se aburre, y hasta los encuentra insípidos y repugnantes...

---

En una novela, cuyo nombre tendré buen cuidado de no citar, habla una mujer envidiada de todos por la gran felicidad de que disfrutaba, y dice:

—¡Oh! ¡Qué aburrimiento!... ¡Si es preferible la muerte!...

Su interlocutor la mira con asombro y exclama:

—Por cierto que debes quejarte. Gastas en el tocador más de 100.000 francos; vives en un

hotel lujosísimo; tus caballos son soberbios, tus caprichos sirven de moda...; y va por este orden enumerando las mil y una cosas de que goza y que yo he omitido.

—Y yo me aburro, vuelve ella á decir.

—Pero, hija, si tienes todo cuanto quieres, ¿qué deseas?

—¡Quiero otra cosa! contesta á media voz.

—¡Pero si lo tienes todo, esa otra cosa no es nada!... ¿Qué será esa otra cosa?

—¿Qué será? réplica ella, ¿qué?... Otra cosa será... Voto á... ¡Quiero otra cosa! ¿Por ventura lo sé yo?... ¡Si yo lo supiera!... De todo lo demás, yo tengo, como tú ves, de sobra... Pero siempre lo mismo... ¡es atroz, horrible! ¡Vale más la muerte!...

He aquí al corazón.

Ved las inmensas ruinas de aquel soberbio palacio levantado por el amor, como para nido perpetuo de los corazones, y ahora sostenido no más que por unas cuantas piedras sillares próximas á caer también. Preguntad quién ha destruído ese edificio que parecía desafiar á los siglos... y veréis que ha sido lo que os acabo de decir: ¡Todo cansa!

Quizás me diréis que en un registro practicado en él, habéis descubierto que se iba todo desmoronando, y en un momento ha habido

que echarlo abajo. No, no ha sido eso... El edificio ha resistido á muchas tempestades y aún estaba en disposición de resistir á otras, sino que el día en que cayó, ya hacía mucho tiempo que habíais resuelto tirarle.

Diréis, por ventura, que desde mucho antes notasteis en él resentidas las paredes maestras, y que si ahora se ha arruinado, es porque se han desprendido varias piedras, y la argamasa que las unía, tan fuerte á vuestro juicio como el amor y la sangre con que la amasasteis, se ha convertido en finísimo polvo...

No, no es por eso. ¿Por qué, pues, será, por qué? Otra cosa ha sido menester.

¡Todo cansal!... El hombre necesita novedad, porque aquello que en la víspera le parecía magnífico, hoy le parece ordinario, y lo que ayer gustaba como dulce y suave, hoy lo encuentra sin sabor ó amargo; lo que ha poco le encantaba, hoy le fastidia ó le molesta. Aquí tenéis por qué razón se arruinó el palacio.

Y ahora, permitidme que os haga una reflexión:

Cuando á los muros de mi celda veo llegar los murmullos del siglo, á la manera que llegan las olas del mar á las finas y doradas arenas de la playa, me parece que traen los ecos lejanos de himnos de amor que canta la tierra.

Y no, no es así como se ama.

¡Oh hombres, no sabéis lo que es amar! ¡Os amáis por el gusto de amar y por la satisfacción de ser amados!... ¡Os amáis por vosotros mismos, y en ese misterioso cambio de amor solo á vosotros os amáis!

No, no es esto amor.

---

Un hombre ha habido que ha sabido lo que es amar. Escuchad.

Este hombre vió que los que él amaba no le amarían, ó le amarían solo con los labios... y, sin embargo, él los amó.

Vió que los que él amaba no le conocerían... y, sin embargo, los amó.

Vió que le abandonarían, le harían traición, y, con todo, los amó.

Vió que le venderían, que le calumniarían, que le atarían con cadenas, que le destrozarían con crueles azotes, que le darían muerte, y, esto no obstante, los amó.

Vió que en su dolorosa agonía, pálido y luchando con los horrores de la muerte, sería burlado de ellos..., y, á pesar de todo, él los amó.

Entregó su cuerpo, entregó su sangre, entregó todo su ser para siempre, en testimonio de amor, á aquellos que le daban muerte.

¡Esto es amar!

Pero este hombre era algo más que hombre.  
Era Cristo.

¿Sabéis quiénes se le parecen, quiénes se le acercan lo bastante para que Él se haya podido comparar con ellas?

Las madres.

Las madres saben olvidar, sufrir, y morir también. Las madres saben también subir al Calvario.

¡Pero vosotros no sabéis amar!

Así sucede que, en secándose el amor por la costumbre ó en comenzando á debilitarse por el hábito, salís á buscar otra cosa mejor, vais preguntando por todas partes, sin fijaros en que, donde quiera que vayáis, os encontraréis con un corazón ligero é inconstante...; y como no halláis lo que apetecéis, lloráis...

¿Pues qué necesitáis, hombres de deseos tan insaciables?...

---

Necesitaríais, para saciaros, bienes que, permaneciendo siempre en la fuerza de su lozanía, conservasen siempre el sabor delicioso de la novedad y el impulso constante y misterioso hacia lo desconocido; bienes que, conservándose siempre los mismos, fuesen perpetuamente

cambiándose, y agotándose en cada momento su maravillosa fecundidad, estuviesen á cada instante rebosando; bienes, en fin, tales que, abarcándolos todos, os ofreciesen sin cesar nuevos horizontes y nuevos espacios... Está visto que necesitaríais... lo imposible.

Mas ¿qué he dicho, Señores? ¿Imposible? No, no.

Necesitáis lo eterno, lo infinito: la juventud que vive siempre, la hermosura que jamás se empaña, la bondad que nunca se pierde, el amor que nunca traiciona. Necesitáis lo inmenso, lo insondable, lo inagotable... ¡Ah! ¡Ya sé lo que es! Yo lo conozco, y voy á deciros su nombre.

¡Pero, bajad vuestras frentes! ¡Inclinaos!

¡¡Es Dios!!...

Dios, eterno é infinito; Dios, belleza siempre la misma y siempre nueva, bondad sin medida y sin límites; Dios, amante eterno, y eterno amor, inmenso é inagotable, tan grande que es incomprensible, y después de pronunciar su nombre nada nos queda que decir.

¡Dios! ¡Dios! ¡He aquí el bien del hombre, he aquí el contento y el placer del corazón humano! Á Él aspira: ¡tan alto pone su blanco este corazón de barro!

¡Y con esto se descubren todos los misterios y todos los enigmas de la vida!

Así me explico yo por qué el hombre va en pos de las cosas de la tierra, y por qué se conmueve entre esperanzas y deseos; y es que, con ser tan bajas y tan frágiles y tan efímeras las cosas del mundo, revelan abiertamente ser obras de Dios, un reflejo de su amor, un rayo de su hermosura y un perfume suavísimo de sus divinas manos.

También me explico yo por qué, después de haber alcanzado y poseído y gozado todas esas cosas, si esto fuera posible, todavía ese pobre corazón se encuentra vacío, triste, lloroso y desolado; y es que al usarlas, se ha consumido y solo ha encontrado en ellas falsos placeres y amores mentirosos...; es que ha tomado por Dios lo que no era más que sombras, y por realidad lo que solo eran fantasmas de la noche.

¡Agar, Agar! ¿qué haces ahí?... Vuelve á tu amor; vuelve á coger de la mano al hijo de tus deseos... y anda, y dirígete á Dios. Abrázate con la verdad, porque la verdad lleva á Dios; cumple con su ley, cumple con la justicia, y ellas te llevarán á Dios. ¡Guárdate de seguir por caminos extraviados, porque si están llenos de flores, las flores pasan; si de frutas tentadoras... pero son frutas que matan; y si resuenan con cánticos de amor, es amor falso y mortal!

¡Busca á Dios, hijo mío! ¡Fuera de Dios, todo pasa, todo cansa!

¡Aquí me paro, Señores! tanto más que creo haber llegado adonde me propuse llegar.

Comencé por el placer y he acabado por el paraíso. ¿He cumplido bien mi promesa? Vosotros lo diréis. Si en el camino hemos encontrado pensamientos tristes, es porque nos encontramos en él; hemos tropezado con la vida, y la vida tiene un fondo de amargura y de tristeza...

---

Remontó otra vez el vuelo la lechuza y se volvió hacia la torre. Mas con el viento que soplaba, parecía que las hojas del bosque repetían los lamentos del ave nocturna. No así las florecitas y pajarillos, los cuales, pasado el susto primero, comenzaron con alegres pláticas á comentar la historia.

El ruiseñor dijo: No parece tan fea y tan mala, como decís, la lechuza.

—¡Bien está, añadió el pinzón, pero al fin y al cabo es de mal agüero! ¿No oísteis el *Miserere* que nos encajó? ¡Aquello era para morirse uno de miedo!

—¡Bah, bah! contestó un gorrión. Que crea cada uno lo que le plazca. No pensemos ya más en ello.

Á pesar de todo, comenzaron ya como á inquietarse los tiernos pajarillos, las crías de la primavera pasada que acababan de entrar en el mundo. El gorrión no quiso insistir más en su consejo; los mirlos se reían en silencio; los pajarillos tiernos, reunidos en bandada, se acercaron todos á sus madres, que se hallaban platicando en un árbol vecino, y dijeron:

—Madres, ¿es cierto cuanto nos ha dicho la lechuza?

Y las madres que sabían ya por experiencia lo que es la vida, y habían sufrido y llorado mucho, levantaron sus ojos al cielo y contestaron con lágrimas: ¡Sí, hijos, sí, por desgracia así es la vida!

No lo creyeron los pajaritos, y aún no se había puesto el sol, cuando empezaron á decir locuras con sus gorjeos en las ramas. Pero más tarde les tocó á ellos también la misma suerte; sufrieron... lloraron... y se acordaron de la lechuza.

Y con el viento que corría, parecía que repetían las hojas los lamentos y enseñanzas de la lechuza: «¡Buscad á Dios! ¡Fuera de Dios, todo pasa, todo cansa!»

A. M. D. G.

## LA MISERIA

«No hay más que dos miserias  
verdaderamente reales en el mundo:  
el remordimiento y la enfermedad;  
todo lo demás es ideal».

(JOSÉ DE MAISTRE.)



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

LA MISERIA

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

—  
ES PROPIEDAD  
—



SEÑORAS, SEÑORES:



EÍA yo por centésima vez estos últimos días una de las más bellas fábulas de La Fontaine: *La Muerte y el Leñador* (1).

«Entre montes por áspero camino,  
Tropezando con una y otra peña,  
Iba un viejo cargado con su leña  
Maldiciendo su mísero destino...»

Parecíame ver aquel pobre hombre, sentado sobre su haz de leña, enjugándose con el re-

- 
- (1) «Un pauvre bûcheron, tout couvert de ramée,  
Sous le fais du fagot aussi bien que des ans  
Gémissant et courbé, marchait à pas pesants  
Et tâchait de gagner sa chaumine enfumée.  
Enfin, n'en pouvant plus d'effort et de douleur,  
Il met bas son fagot, il songe à son malheur  
¿Quel plaisir a-t-il eu depuis qu'il est au monde?  
¿En est-il un plus pauvre en la machine ronde?  
Point de pain quelquefois et jamais de repos;  
Sa femme, ses enfants, les soldats, les impôts.  
Le créancier et la corvée  
Lui font d'un malheureux la peinture achevée...»

verso de su mano las gruesas gotas de sudor que le rodaban por las mejillas y se mezclaban con sus lágrimas.

En verdad, ¿puede haber otro más pobre? Él ha pasado el día recogiendo en el bosque una á una todas aquellas ramas secas, le ha sido preciso escamondarlas, rajar á cuña muchas de ellas, partirlas en pedazos iguales, reunir las en hacecitos, atarlas con algún mimbre ó sarmiento, y por todo ese trabajo... ¡qué jornal tan miserable!... Bien sabéis á cómo se venden esas carguitas de leña destinadas al fuego... ¡Á quince pesetas el millar... á céntimo y medio el hacecillo!

¡Si al menos al volver á su choza, por ahumada que estuviese, encontrara en ella el corazón de su mujer y los brazos de sus hijos abiertos, para endulzar la amargura de su vida y aliviar su pesada carga!... ¡Pero no! Su mujer y sus hijos—el fabulista lo afirma y desgraciadamente el hecho no es inaudito en los anales del pobre—su mujer y sus hijos están prestando su trabajo sin remuneración á los acreedores, para colmo de miseria.

Cansado de semejante vida, quiere concluir con ella, y llama á la Muerte... (1).

---

(1) «Il appelle la Mort... Elle vient sans tarder».

«Al fin cayó, y viéndose de suerte  
Que apenas levantarse ya podía,  
Llamaba con colérica porfía  
Una, dos y tres veces á la Muerte.  
Armada de guadaña en esqueleto  
La Parca se le ofrece en aquel punto...»

Mas por un cambio repentino de sus ideas, cuando la Muerte le pregunta: —¿Qué me quieres?...— ¡Oh! nada, contesta temblando, que me ayudes á volver á cargar mi haz de leña... nada más... ¡Gracias!... ¡Hasta otra vista!... Y escapa en seguida...

«Pero el viejo temiendo ser difunto,  
Lleno más de terror que de respeto,  
Trémulo le decía y balbuciente:  
—Yo... señora... os llamé desesperado;  
Pero...—Acaba, ¿qué quieres, desdichado?  
—Que me cargues la leña solamente» (1).

¿Qué es lo que ha pasado en el espíritu de ese pobre hombre?

La Fontaine lo dice largamente en otra fábula: *La Muerte y el Desgraciado*; cuando hubo venido y se le mostró la Muerte: —¿Qué veo?, exclamó, ¡quitadme de la vista ese objeto! ¡Qué repugnante es! ¡Qué horror y espanto me causa

---

(1) En vez de la traducción literal de La Fontaine, nos hemos permitido poner la fábula correspondiente de Samaniego, titulada: *El Viejo y la Muerte*.

su encuentro! ¡No te acerques, oh Muerte!  
¡Retírate! (1).

¡Todos nos parecemos un poco á ese leñador y á ese desgraciado, Señores! Es nuestra historia la que ha descrito el bueno de La Fontaine. Todos, á una época más ó menos avanzada de nuestra edad, nos quejamos de la vida; nos parece inclemente, dura y triste; no vemos en ella más que una larga cadena de miserias, apenas separadas por algunos anillos felices, y la arras-tramos penosamente tras de nosotros.

Y, sin embargo, estamos pegados á la vida, estamos ligados á ella por todas las fibras de nuestro cuerpo, por todos los afectos de nuestra alma. «Con el dolor con que la uña es arranca-da de la carne—dice en cierto lugar el Dan-te—así yo me separé de Beatriz»; así también, y aun con desgarramiento más agudo, nos se-paramos nosotros de la vida.

¿De dónde viene esta contradicción? ¿Es la vida realmente tan miserable que hayamos de achacarle todo el mal que sabéis?

Es lo que me propongo investigar con vos-otros.

---

(1) «¿Que vois-je? ¡cria-t-il, ôtez-moi cet objet!  
¡Qu'il est hideux! ¡Que sa rencontre  
Me cause d'horreur et d'effroi!  
¡N'approche pas, ô Mort! ¡Retire-toi!»

---

Permitidme que lo haga sencillísimamente, con entera espontaneidad, como se hace en familia.

Miremos, pues, cara á cara las miserias de la vida. Fijemos atentamente nuestra vista en el enemigo, como hace un general al practicar un reconocimiento la víspera de una batalla. Quizás no nos parecerá tan temible. ¿Os acordáis de D. Quijote de la Mancha, divisando á lo lejos en el camino todo un ejército en orden de batalla? Sancho, el pobre Sancho, temblaba de pies á cabeza, y de buena gana se hubiera ocultado bajo el vientre de su rucio. Aquel ejército de turcos y moros no era, sin embargo, otra cosa que el inofensivo cortejo de cinco ó seis penitentes encamisados de Salamanca.

---

Hay en la vida tantas miserias y tan diversas, que para tratar de todas, es necesario proceder con orden y clasificarlas por categorías. Este trabajo preliminar es fácil.

Siendo el hombre á la vez cuerpo y alma, ángel y bestia, según Pascal, todas sus miserias afectarán ó á su cuerpo ó á su alma. Y siendo el alma, según los filósofos, inteligencia y voluntad, sus miserias propias afectarán ó á su voluntad ó á su entendimiento.

Misérias del cuerpo.

Misérias del entendimiento.

Misérias de la voluntad.

Ahí están todas las miserias humanas, y no hay otras, porque ahí está todo el hombre.

Comencemos por el cuerpo, si os parece. Es menos digno, pero le conocemos mejor: es un servidor, un criado, un mozo de cámara, un burro de carga, como le llamaba San Francisco de Sales, pero le queremos bien á este pobre asnillo, y el mismo amable Santo deseaba que se le tratara con dulzura y con bondad.

---

La primera miseria á que está expuesto el cuerpo del hombre es la fealdad.

No es difícil demostrar que la fealdad es una miseria. La belleza, en su concepto superior, es la realización de un tipo ideal que nos formamos de la raza humana, de esa raza tan elevada, que antes de crearla, se recogió Dios en sí mismo como para concentrar en esta obra regia toda su atención y habilidad divina. La fealdad es un repulsivo contraste con ese ideal. Es una obra que no ha salido bien, imperfecta, defectuosa; es un desecho, un desperdicio, una mercancía averiada.

Todos reconocemos, por otra parte, que la

fealdad es una miseria. Nos compadecemos con efusiones de caridad á veces excesivas... de las feas. Si somos más indulgentes con los feos — es cosa generalmente admitida que al hombre en nada le perjudica el ser feo, según aquello,

El hombre y el oso  
Cuanto más feo más hermoso;—

esa indulgencia, sin embargo, no es absoluta, y llega un momento en que aun de un hombre exclamamos: «¡Oh, no, eso es demasiado, eso pasa la raya, es excesivamente feo!»

Si no consideráis la fealdad como una miseria, ¿por qué os ponéis en guardia contra sus golpes? ¿por qué hacéis tantos esfuerzos por ocultar sus estragos? ¿por qué toda esa multitud de frascos, de polvos, de afeites, de tinturas, de aparatos y de artificios, cuyo anuncio, siempre buscado, aparece en la cuarta página de nuestros periódicos, en medio de los de ventas por causa de quiebra y de ruina?

Es, pues, una miseria. Pero es fácil observar que no es muy importante, sobre todo en nuestros días. La moda no está hoy por esas divinidades relativamente superiores que se llaman la belleza y la gracia. Rinde culto á dioses mucho más bajos, á dioses tan poco dignos, que la mitología antigua no se atrevía á darles figura

humana, y creía haber hecho mucho representándoles por un becerro. No hay hoy fealdad que no pueda comprar á precio de oro todas las indulgencias necesarias; ¡ni siquiera tiene que tomarse la molestia de ir las á buscar, todo el mundo corre á ofrecérselas!

Además es una miseria de que se halla muy pronto consuelo. Únicamente en los laboratorios de física, Señores, es donde los espejos dan imágenes fieles. Fuera de allí, nuestro amor propio los empaña, y se encuentra uno generalmente muy bien cuando se mira á ellos. Para cualquiera pequeña incorrección, que sería difícil disimularse, ocurren al punto multitud de compensaciones inesperadas.

Se las enumera uno á sí mismo, muy por lo bajo, al oído, y son tan dulces que se ruboriza uno de contento. Si hubierais dicho á Medusa que su cabellera de serpientes le sentaba á maravilla, que su frente, que sus ojos, que su boca producían fascinaciones irresistibles, no le hubierais descubierto nada nuevo. Mucho tiempo antes, mirándose al espejo, se lo había ella dicho á sí misma.

Y si se añade á esto la comparación, nuestros hábitos inveterados de caridad nos llevarán bien presto á dar gracias á Dios de nuestra suerte. «¡Gracias os doy, Señor, porque no me

habéis hecho como á ese publicano!...» ¡Dios míol... ¡pero cuidado que es feo ese hombre!

Poco importante y de fácil y pronto consuelo es esta miseria, ni merece que nos detengamos más en ella; permitidme, pues, que pase adelante.

---

Descendiendo los múltiples escalones de la fealdad, se llega á los indecisos límites de la deformidad. No se sabe fijamente cuándo se pasa de la una á la otra, pero llega un momento en que desaparece toda duda; nos hallamos realmente en el país de la deformidad... ¿Es esto una miseria? Indudablemente, pero tampoco tiene tanta importancia como os figuráis, y quizás no tenéis motivo para compadecerla en los demás. Ciertamente, no es de las que acibaran la vida. Scarrón era un estropeado que andaba arrastrándose por el suelo, lo cual no le impedía el ser uno de los hombres más chistosos y alegres de Francia, ni le impidió siquiera el desposarse con Mme. de Maintenón, que llegó después á ser mujer del Gran Rey...

Entre las deformidades que os parecen las más tristes, la más triste acompaña generalmente á los caracteres más alegres. ¿No es un proverbio que «nadie es tan gracioso como

un giboso?» ¿Qué deforme hay, por otra parte, que solo por esto se ahorque desesperado?...

Pero si descendemos más abajo todavía, llegamos á ese grado en que la deformidad confina con la enfermedad, en que molesta, en que dificulta el libre ejercicio de las energías del cuerpo, en que le enerva, le debilita y le quebranta. La enfermedad, he ahí la verdadera, la única miseria real del cuerpo. Todo lo demás es fútil, confesémoslo, y se requiere toda la molicie y apocamiento del hombre para quejarse de semejantes males.

¡Pero la enfermedad!...

---

No hablo de esas enfermedades que llegan siempre á punto para servir á nuestros caprichos, á nuestros berrinches y aun á veces á nuestras pasiones, y que entran en el arsenal de nuestros recursos con la misma facilidad con que las hacemos salir de él. ¡Todo eso es pura comedia, y á veces comedia infame!

No, yo hablo de la enfermedad seria, de esa que parece estar siempre en acecho, y se precipita sobre nosotros al volver de una esquina, como un bandido que hace su presa en lo oscuro de las tinieblas. Nos hiere, sin que lo advirtamos, en uno de los pliegues misteriosos de nues-

tro organismo, y allí, en la herida causada con la punta de su hierro, destila un ardiente veneno. Caprichosa en sus estragos, á veces mata como el rayo, y de un golpe nos deja fuera de combate; á veces sorda y traidora, nos toca y se va, pero su veneno germina, progresa lentamente, extendiendo por nuestro cuerpo su mina subterránea, como las larvas inmundas que roen el corazón de un árbol, ocultándose bajo una corteza vivaz y engañosa... Pero un día, por yo no sé qué estremecimiento, sentimos que la muerte se halla cerca de nosotros, que se nos echa encima, que nos aprieta la garganta, y como una ruina largo tiempo preparada, nuestro cuerpo se deshace á pedazos y se reduce á polvo.

¡He ahí el mal del cuerpo y su miseria suprema!

¡Ah! Señores; cuando uno tiene un alma ardiente y generosa, y siente á su servicio la fuerza y el fuego de un cuerpo brioso presto á galopar, como el caballo de Job; cuando dice, ¡eal... ¡qué grato es trabajar y vivir!... Mas cuando esa pobre alma se agita en vano dentro de un semi-esqueleto; cuando no tiene para responder á sus órdenes más que músculos sin fuerza, nervios sin vigor y una sangre empobrecida, ¡qué miseria!... ¡Y cuántas veces no

es esta la historia de los pobres descendientes de Adán!...

¿No habéis encontrado en vuestra vida algunos jóvenes y algunas doncellas, á quienes Dios parece haber adornado como á porfía de todos los dones más preciosos del alma?... no hay luz que no se concentre en su inteligencia, ni bondad que no brote de su corazón... Miradlos... ¡en sus ojos profundos y puros brilla yo no sé qué siniestro resplandor que os hace estremecer!

La enfermedad ha derramado su veneno en el pecho de esos infelices... ¡A los veinte años, como flores que doblegan su tallo bajo un cielo sin agua, se marchitan y sucumben! Todos esos tesoros del alma van á sepultarse en un ataúd con el polvo del cuerpo débil que no ha podido soportarlos.

Miseria tanto más punzante, cuanto que no nos hiere solamente á nosotros, sino que con el mismo golpe traspasa los corazones unidos al nuestro. Decidme, cuando en las calles de una gran ciudad veis de repente, entre la multitud de caras extrañas que se entrecruzan delante de vosotros, el pálido rostro de un enfermo, ¿no embarga vuestro corazón un movimiento de dolorosa simpatía, y no os volvéis para seguir con la vista en su marcha lenta y mal segura, á aquel pobre cuerpo que arrastra sus pies y vacila? ¿No

conocéis á aquel enfermo, y, sin embargo, si vuestro corazón es bueno, rogáis á Dios por él?... ¿Qué será, pues, cuando el que sufre es un amigo, un hermano, una madre, un hijo?...

¡Oh! el corazón de una madre ante el lecho de su hijo enfermo!

¿Necesito pintar ese martirio? ¿Tenéis necesidad de que os describa la angustia que ahoga á ese corazón ante aquel niño macilento que hace esfuerzos por sonreír á su madre y fija en ella sus ojos amortiguados?... ¡Toda su vida, toda su felicidad está allí, y ella no puede nada!... ¡El niño sufre, llora, gime, grita agujoneado por su mal!... ¡Ah! ¡cómo taladra su alma ese grito, ese grito de su hijo atormentado! ¡Y ella no puede nada!...

Una madre no tenía más que un hijo... el heredero de una corona y la única esperanza de un pueblo. Á los nueve años le alcanza la enfermedad y le hiere... El niño empieza á languidecer y bien pronto es presa del dolor; el mal hacía sus estragos y torturaba aquel cuerpecito apenas abierto á la vida. Los oráculos de la ciencia europea rodeaban su lecho; pero ni ellos, ni el amor y ternura de su madre llegaban á vencer á aquel enemigo que les desafiaba.

Todo el pueblo oraba; en todas las iglesias gemía el órgano modulando salmos de misericordia.

Era la fiesta del *Corpus*, y la procesión del día debía pasar delante de la verja de la regia morada... La madre, viendo que toda esperanza humana huía de su corazón, triste y desolada quiso hacer violencia á Dios.

Dispuso, pues, que acostaran al niño en un cochecito, y por las grandes avenidas del parque, le condujeran suavemente hasta la verja. Era el mes de Junio; el cielo estaba limpísimo, el sol deslizaba á través de las hojas de los árboles sus rayos alegres y sonrientes; las flores balanceándose en las brisas, despedían ondas de suaves perfumes; lasavecillas escapadas del nido saltaban por las ramas, ensayando sus primeros cantos. Todo era contento y felicidad.

Solo su pálido hijito dejaba caer sin fuerzas su rubia cabecita sobre la blanca almohada.

Apareció el sagrado cortejo. De rodillas al lado del cochecito oraba la reina. La afligida señora vió la cruz rodeada por los niños de coro, revestidos de roja sotana y blanca sobrepelliz. ¡Sus ojos, su sonrisa, los colores vivos que el aire sano de la campiña prestaba á sus labios y mejillas, todo pregonaba fuerza y vida!... ¡La triste madre los veía!... ¡y veía también á

su hijo!... Vió pasar todos aquellos grupos de niñas vestidas de blanco y coronadas de flores para la fiesta; las vió arrojar por el suelo rosas deshojadas menos rubicundas que sus frentes coloradas por el pudor.

Las vió una á una, y sus ojos se volvían á fijar en su hijo, en aquel pobre niño que se moría.

Pasaba la gente, y no había madre que no volviese la cara á contemplar con tristeza muda y compasiva á aquel principito tan amado y de quien se decía que iba á morir.

El niño había juntado sus manecitas, sus ojos admirados estaban fijos en el cortejo de sacerdotes que se iba acercando; también él oraba. Sonaban las campanillas, nubes de incienso azulaban y embalsamaban el aire... Su Divina Majestad se acercaba... ¡Ya llega!... Del palio de franjas de oro salió el preste, avanzó hacia el regio infante, y sobre él y sobre su madre levantó al Señor, dándoles la bendición. Entonces se desbordó el corazón de la madre, oprimíanle la garganta los sollozos, y cogiendo con sus dos manos á su hijo, le levantó bien alto, bien alto, ante la sagrada Hostia, para que el pobre niño estuviera más cerca de Dios, para que tocara á Dios, y como en tiempo del Evangelio saliera una virtud de Cristo y ahuyentara

la enfermedad. Sintióse en la multitud un rumor sordo de lágrimas ahogadas. El sacerdote les bendijo, y luego pasó adelante. Y el cochecito, seguido de la madre llorosa, se volvió silencioso y sombrío á través de las viejas avenidas del palacio.

¡Todos vosotros conocéis, Señores, el desenlace de esta historia; todos nosotros hemos llorado á ese príncipe, á quien Dios reservaba mejores destinos que las fragilidades y tristezas de un trono de acá abajo!...

Pero ante ese dolor de una madre, ¿no tengo razón para afirmar, como lo hacía hace poco, que para nosotros, lo mismo que para los demás, la verdadera, la única miseria del cuerpo es la implacable enfermedad? ¿Qué es todo lo demás en realidad? No me culpéis si al lado de ella me he atrevido á recordar, nada más que de nombre, aquellas de que nos hemos ocupado anteriormente.

---

Fijaos bien en que he dicho: la enfermedad y no la muerte. La muerte no es una miseria... aunque os parezca sorprendente, repito que la muerte no es una miseria. ¡Por la sencilla razón de que la muerte... iba á decir que no es nada!... La muerte no es otra cosa que ese momento

indivisible que pone término á una vida, pero que á la vez da principio á otra.

Permitidme una comparación que ahora me ocurre y que hará que me comprendáis: mi reloj marca segundos; entre el segundo que termina y el segundo que empieza da un golpecito; la muerte es entre nuestras dos vidas una cosa así como ese golpecito, ese *tic* con que termina el primero y empieza el segundo de los segundos. No es como un puente colocado entre esas dos vidas, y para cuya travesía se necesita algún tiempo, no, es como esa línea ideal que corre á través de los campos separando dos países que confinan. El último grano de arena belga toca con el primero de arena francesa. El último segundo de nuestra vida presente toca con el primer segundo de la vida futura: la muerte es tan poca cosa, que ni siquiera los separa. Puede haber miserias en la vida que termina, puede haberlas en la vida que comienza; pero es imposible que las haya en la muerte, no siendo esta más que la separación ideal de entrambas vidas.

Vuestra sorpresa proviene de que generalmente nos formamos de la muerte un concepto muy distinto. Estamos tan acostumbrados á personificar á todo el hombre en solo su cuerpo, que le vemos aún en ese cadáver amari-

lento y frío, tendido ahí, en el lecho, entre los pliegues inmóviles de sus sábanas.

La muerte nos parece así un estado sordo, que se prolonga durante la vigilia funeraria, en el ataúd, bajo el negro catafalco, en la fosa y bajo los pocos pies de tierra que se nos echa encima como la última cobertura de este mundo. Pero esto es falso, lo sabéis desde que aprendísteis el catecismo, esto es falso. Aún no se habrá levantado la mano que sobre vuestra enfriada arteria seguirá las últimas pulsaciones de vuestro corazón; aún no habrán pronunciado los labios de los supervivientes la terrible palabra *acabóse*; aún no se habrá escapado de su pecho el primer grito de dolor, cuando ya vosotros, vosotros mismos, viviréis en esa vida que nunca ha de tener fin. No hay en el curso de vuestra existencia un solo momento en que ceséis de vivir... dejadme que os lo repita: no hay un momento en que haya de cesar vuestra vida: hay sí un momento en que vuestra alma dejará aquí su despojo para remontar su vuelo hacia las regiones de allá arriba, ¡no hay más!... ¿Cuándo nos convenceremos de una vez que este despojo, que estos músculos, que estos nervios y estos huesos no constituyen todo nuestro ser?

Vuelvo, pues, á decirlo, y no veo que me po-

dáis contradecir. No hay miseria en la muerte; puede haberla antes, puede haberla después, pero en la misma muerte es imposible que la haya.

¿Qué digo? ¡Si la muerte, Señores, es más bien un motivo de consuelo!

Y aquí voy á armarme contra vosotros de vuestras propias armas. Si verdaderamente la vida se halla tan llena de miserias, la muerte, que es el fin de ellas, debe ser deseable, y por esta causa la llama el leñador.

«¡Oh muerte, cuán hermosa me pareces,  
Ven presto, ven, pon fin á mi tormento!»

Es cierto que, llegada la muerte, cambia en seguida el hombre de parecer... Mas ¿por qué?

Porque le falta la fe. Si tuviera, como nosotros, fe en el porvenir, si creyera en el paraíso, en ese cielo donde Dios, el infinitamente bello, el infinitamente bueno, el infinitamente amante será amado y poseído por nosotros eternamente... ¡oh! ¡á no éstar loco, no hubiera rechazado la muerte!

¡También es posible que no tuviera la conciencia bien en regla!

¡Ah! en ese caso, lo reconozco, es prudente recelar. Pero, Señores, si ese leñador no tiene la conciencia en regla, si no la tenemos en re-

gla nosotros, ¿de quién es la culpa? ¿Es de la muerte? ¿No es más bien nuestra?

Luego la muerte no es una miseria, es más bien un motivo de consuelo, puesto que es el término de la prueba y el primer paso en la región de la felicidad.

---

Oigo que se me objeta, en nombre de la filosofía ante todo: «Siendo el hombre, se me dice, cuerpo y alma, debe tender, como todo ser, á mantenerse en las condiciones de su naturaleza. Ahora bien, la muerte, al separar el alma del cuerpo, destruye la unión de los dos, desgarrá al hombre, le coloca en un estado de sufrimiento natural que no puede menos de ser para él una miseria. Fatal, necesariamente es preciso que su instinto le haga sentir repugnancia á semejante desunión».

Perfectamente, soy de vuestro parecer: el instinto del hombre le hace sentir repugnancia á la muerte; él es, es el instinto, el que tan á menudo triunfa aun de las almas más santas y las entrega á todas las angustias y á todos los terrores. Sí, es el instinto.

Pero, Señores, ¿es al instinto á quien debemos prestar oído, ó bien á la razón y á la fe?

La filosofía no es la única en presentarnos objeciones, júntese también á ella el corazón. «Sí, me dice éste, la muerte no es más que un instante; mas ese instante fatal separa corazones que se aman, un hijo de una madre, una madre de su hijo, un marido de su mujer, un desposado de su desposada. ¿Carecéis de entrañas para estos dolores?» ¡Oh! ¡no! yo he derramado esas lágrimas; he sentido esa división del alma desgarrada en dos; sé lo que se sufre ante esos muertos, ¡y cuán amargada nos dejan la vida!... Pero, vuelvo á preguntaros aquí otra vez, Señores, ¿por qué es tan poco viva nuestra fe? ¿Por qué no escuchamos aquella dulce frase de nuestros libros santos? «¡No os contristéis como los que no tienen esperanza!»

¿Por qué consideramos como perdidos para siempre á esos queridos difuntos que nos esperan y á quienes hemos de volver á ver?

¿Por qué creemos muertos á los que viven, pues en realidad viven, y nos ven, y nos escuchan, y nos aman, lejos de nosotros, sí, pero no tan lejos que sus bendiciones y su amor no nos envuelvan; lejos de nosotros, sí, pero cada día más cerca de nosotros, pues cada día que pasa nos acerca á ellos para volverlos á ver en eterna entrevista, donde quedarán indisolublemente soldados nuestros corazones y se comu-

nicarán de nuevo mutuamente sus afectos, en adelante inmortales?

¡Ah! Señores, si tuviéramos esa fe más viva, si creyéramos mejor en aquella palabra que repetimos maquinalmente todos los días «la comunión de los santos», no nos consideraríamos como separados de nuestros muertos, nos sería gratisísimo vivir todavía en nuestros pensamientos con esas almas de allá arriba que nos fueron tan queridas acá abajo, y suplicarlas, interrogarlas, confiarles nuestras penas y nuestras alegrías, nuestros temores y nuestras esperanzas. No las olvidaríamos nunca,—porque, en fin, sí, lloramos á nuestros muertos, pero ¿podemos asegurar que nunca los olvidamos?—y cuando llegase la hora de volvernos á ver, no nos presentaríamos delante de ellos como delante de amigos perdidos hace mucho tiempo y encontrados de repente, cuyos rasgos examinamos sorprendidos para refrescar la memoria.

«¡Ah! voy á encontrar á mis muy amados!...» Tal sería la exclamación del cristiano, y esta exclamación sería una exclamación de júbilo.

Cuando en el Viejo Testamento refería un escritor sagrado la muerte de un patriarca, decía: «Fué á juntarse con sus padres», y en esto hallaba el consuelo más poderoso, el único consuelo de los sobrevivientes.

Pero me apresuro á dejar ese contento que, á pesar de todos mis argumentos, pudiera parecer demasiado sombrío. Dejemos allá el cuerpo y pasemos á la inteligencia.

---

El bien de la inteligencia es la verdad. La unión del espíritu con la verdad total consumará su felicidad.

Síguese de aquí que una inteligencia será tanto más feliz cuanto mayor suma de verdades posea, y que su miseria será tanto más profunda cuanto más desprovista se halle de ellas.

Por tanto, la ignorancia, parece ser la miseria propia de la inteligencia.

La ignorancia nace ó de la inacción ó de la impotencia del espíritu.

Un talento, por bueno que sea, si por su culpa ó por la fuerza de las circunstancias permanece en completa inacción respecto de la verdad, si no la busca con el estudio personal, ó simplemente no la acepta cuando se la ofrece la enseñanza, se hallará fatalmente desprovisto de la verdad y entregado á la ignorancia, aunque en grados diversos, según los diversos grados de su misma inacción. De ahí la mera ignorancia, la ignorancia por desgracia ó por pereza.

El instrumento es bueno; pero el obrero le ha dejado dormir.

Al contrario, por más que un talento despliegue toda su energía y realice todo su trabajo para llegar á la verdad, si carece de capacidad y de amplitud, no llegará jamás á poseerla, porque se le desborda, es más ancha que sus brazos, no puede abarcarla con ellos.

Esta es la ignorancia por impotencia. El obrero es bueno; pero el instrumento no vale nada. De tal entendimiento no se dice que es ignorante, se dice que es débil, imbécil, idiota, y descendiendo todavía más, después de algunos intermedios sin denominación precisa, se llega á decir, no ya espíritu débil, no ya idiota, sino loco.

La inacción, la estrechez, el idiotismo y la locura; tales son las causas de la miseria de la inteligencia. Mas la revista de esas causas me parece de una utilidad insignificante, la miseria misma, la ignorancia es la que nos conviene examinar de cerca.

La ignorancia ¿es una miseria? ¿Lo entendemos efectivamente así cuando hablamos de las miserias de la vida?

Estoy tentado á responder: sí, la ignorancia es una miseria; y la prueba de ello es que todos sentimos lástima del ignorante, que nos senti-

mos embargados de compasión y de generosa piedad para con esos pobres idiotas á quienes en otro tiempo con tanta propiedad se los llamaba «inocentes»; ¡nos sentimos, sobre todo, con el corazón oprimido y el alma lacerada ante ese misterioso espectáculo del loco!... de ese hombre que ya no tiene más de hombre que la forma exterior, y del cual parece haberse escapado el alma. ¡El loco! ¡la locura! ¡problema insondable! «¿Cómo—exclama Lacordaire— cómo el hombre, viviendo, pierde de repente la conciencia de su vida espiritual y moral hasta el punto de no seguir ya la huella de los pensamientos que le restan, como un cazador á quien se escapa la presa que quiere perseguir todavía?... ¡Yo no lo sé! Dios solo conoce el punto donde le hiere, el resorte que rompe. En cuanto á nosotros, espectadores y víctimas, nosotros vemos sin comprender, y nos lamentamos sin instruirnos... Ayer aún esos espíritus escudriñaban con su mirada los astros del cielo y los escollos del pensamiento. Ahora el hilo de la verdad se ha roto para ellos; su memoria les presenta todavía los materiales de esa verdad, y ellos escuchan, hablan, enlazan unas palabras con otras, pero sin que las ideas correspondan á ese enlace por su concordia lógica, á semejanza de esos palacios cuya artística belleza y

admirable orden hubiera sido destruído por repentina catástrofe, y cuyas piedras, dotadas de movimiento, buscaran en vano el sitio que antes ocupaban. ¡Espectáculo inenarrable de miseria! Esos desgraciados no tienen el instinto del bruto, y tampoco tienen la luz superior del hombre. ¡Serían más grandes, serían de mejor condición si pudieran descender, pero no pueden! Les queda la figura humana con una espantosa disminución de fisonomía, y los relámpagos de inteligencia que cruzan todavía por allí, añaden á su derrumbamiento el carácter trágico de una irrisión... El infierno tendrá dolores más grandes, quizás no tenga degradación más profunda» (1).

Parece, pues, que todos reconocemos la ignorancia como una miseria. Una cosa me extraña, sin embargo, y me hace reflexionar... La reconocemos como tal y la deploramos en otros. Pero ¿la reconocemos, la deploramos cuando la descubrimos en nosotros mismos? ¡No!... ¡en nosotros ni siquiera la descubrimos! El loco ignora su locura, el idiota ignora su idiotismo y el mismo ignorante ignora su ignorancia... El loco declara locos á los demás y se tiene por cuerdo; el idiota se halla generalmente muy sa-

---

(1) Lacordaire, *Conferencias de Tolosa*, 2.<sup>a</sup> conferencia.

tisfecho de su ingenio y el ignorante no sufre nada por el vacío de su inteligencia. ¡Se necesita gran talento, Señores, para descubrir que ese talento tiene límites, y solo á fuerza de ciencia se llega á reconocer que no se sabe!... Observadlo bien! El ignorante está lleno de afirmaciones acerca de todas las cosas; solo el sabio se agita en medio de las dudas.

Por paradójico que todo esto os pudiera parecer, nada hay, sin embargo, más verdadero; no hay una sola de mis afirmaciones que no se preste á la experiencia cotidiana.

Encontrándome yo en el Jardín de Aclimatación de Amberes ante una gran tortuga encerrada en una jaula en medio de serpientes y cocodrilos, me pregunta un compañero mío: «¿Á qué especie pertenece esa tortuga?» Yo lo ignoraba, y respondí sencillamente: «Lo ignoro». Un hombrecillo gris, seco y viejo, que se hallaba á mi izquierda, se irguió al punto, y dirigiéndose á una mujercilla más gris, más seca y más vieja que él mismo, á la que llevaba del brazo y que sin duda debía ser su esposa, le dijo en seguida en voz muy alta: «He ahí una tortuga marina». Nada más distante de ser marino que aquella tortuga, y hasta el último de mis discípulos la hubiera declarado terrestre. Y aun cuando hubiera sido marina, esta palabra

nada nos descubría sobre su especie. Es muy cierto, sin embargo, que mi hombrecillo se encontró satisfecho y encantado de haberme dado una lección... Él era más feliz que yo. Yo era menos ignorante que él. La dicha en que rebo-saba le provenía de su ignorancia; gozaba de ella como de una ciencia altísima.

En verdad, Señores, ¿no os parece una miseria bien singular, lo que nos contrista cuando aflige á otros y que nos deja insensibles, y que ni aun siquiera sentimos cuando nos toca á nosotros mismos? Aquí hay un misterio que nos es preciso profundizar.

---

Ó las palabras no tienen valor, ó lo que yo llamo una miseria debe hacer al hombre des-graciado.

La ignorancia ¿le vuelve desgraciado? Yo me lo pregunto.

¿Habéis visto al niño en aquella hora de la vida en que, como flor que se abre, deja todas las bellezas problemáticas de la cuna para desplegar las alas de la vida y ensayar su vuelo hacia el pleno desenvolvimiento de la juventud? Sus pasos son ya seguros, su boquita responde á sus deseos, habla, pregunta, observa: vedle en esa edad, todo es alegría, todo es dicha

para él; un juguete le encanta y le entusiasma; una palabra, un gesto, le hacen soltar su risa como una lluvia de perlas. No tiene cuidados que vuelvan sombría su mirada, ni inquietudes que arruguen su frente; su corazón no sabe lo que es angustia, va de los labios de su madre á los brazos de su padre, como una pintada mariposa vuela de una á otra flor. Es la edad feliz, vosotros lo sabéis perfectamente, Señores, vosotros que habéis atravesado ya otras... ¿Y no es esa la edad de todas las ignorancias?

Id á ciertos rincones ignorados de Flandes, de las Ardenas ó de Limburgo, y quizás encontraréis allí, apartado de la aldea, algún pobre caserío de techo de paja y pardas paredes tapizadas de musgo y sombreadas por añosa parra que, formando pabellón y paseo cubierto ante la puerta, muestra pendiente su regalado fruto.

Entrad en él: son las doce del día; el padre va á volver del campo. La madre, vigilante y animosa, ha terminado ya sus quehaceres; ha cuidado á su hijo, chiquitín de sonrosados mo-fletes, ha ordeñado la vaca y la cabra, ha lavado su pobre ropa blanca y la tiene tendida al sol sobre el verde ramaje del seto para que se seque; ha preparado la comida en su marmita ennegrecida por la llama de la leña y que al

hervir á borbotones despide á grandes bocanadas el penetrante olor de la grasa, de las legumbres y de las patatas. Llega el padre... deja fuera su azada y demás herramientas, estampa un sonoro beso en las mejillas de su hijo, y se sienta en un banco ó en un taburete; su hijo se le monta sobre las rodillas y le acaricia, mientras él y su mujer, sonriente y gozosa, se comunican las noticias de la aldea y de su pequeña heredad.

Estudad de cerca, os ruego, el cuadro que tenéis á la vista.

¿Creéis que esa pobre familia, sencilla, laboriosa, satisfecha de su suerte y no soñando en otra, esté sujeta á grandes miserias y á grandes sufrimientos?... La paz se ha refugiado bajo el oscuro manto de su hogar. Allí ha escogido su asilo cuando ha huído de vuestras casas, dichosos del mundo.

¡Y no obstante, esos rudos campesinos son unos ignorantes!

No quiero decir que su ignorancia sea la causa de su dicha ¡Dios me libre! hago constar sencillamente que no la turba, ni la compromete; que por ningún título llega á ser para ellos origen de un dolor ó de una tristeza.

Desde hace un siglo se ha preconizado, á modo de panacea universal, el desenvolvimiento

sin límites de la instrucción popular. Se afirma que la ciencia va á hacer la felicidad de los pueblos. «¡Lo sabréis todo: el bien y el mal! ¡y seréis como dioses! *Eritis sicut dii*».

Y animados de los sentimientos de una filantropía entusiasta, todos los países de Europa, todos los países del mundo han abierto al pueblo, con una generosidad pródiga, las mesas del banquete donde debía correr esa divina ambrosía: la ciencia.

Ciertamente, si estuviera probado que la ciencia es una fuente de dichas nuevas, desconocidas hasta entonces á la humanidad, la ignorancia al cegarla, cerrándola para el pueblo, constituiría una miseria incontestable. Pero ¿es verdad que la ciencia sea una fuente de dicha para el hombre?

Confieso que acerca de este punto no estoy del todo tranquilo; no me disgustaría encontrar una demostración de eso más científica que todas las que suelen darse, y en las cuales veo grandes declamaciones, pero ningún argumento. Sé muy bien á lo que me expongo hablando de esta suerte; entreveo ya en lontananza rayos amenazadores, pero poco importa. «He temido siempre—decía Mirabeau—irritar á la razón, jamás á los individuos».

Por lo demás no se trata aquí de saber si la

ciencia es buena, útil, deseable, si conviene consagrar á ella la vida. Se trata de saber si tiene eficacia para hacer felices á las gentes.

Dos cosas me ofrecen dificultad. Cuando abro el programa de los conocimientos que se dan al pueblo, encuentro en él gramática, literatura, álgebra, geometría, nociones de física y de historia natural, y aun nociones de filosofía, cosas todas muy útiles... ¡Perfectamente!

Pero por más que me restregue los ojos, avive mi atención y fije mi espíritu, no veo el género de felicidad que esas utilísimas cosas van á dar al pueblo; yo no sé formarme imagen de la felicidad que dimana del conocimiento de los ocho libros de Legendre, ó de la metafísica de Aristóteles, ó de las reglas de concordancia del participio de pretérito.

No es menor mi segunda dificultad. Tenemos á la vista una generación entera abrevada desde su infancia en las fuentes de la ciencia. ¿Es feliz esa generación?

¿Qué es lo que veo? ¿Qué es lo que observo en la multitud de gente de letras, de estudios, instruída, de que está plagada la sociedad contemporánea: bachilleres, peritos, maestros, licenciados, doctores, ingenieros, mandarines de dos y de tres botones de las facultades de Derecho, de Medicina, de Filosofía y Letras, de Ciencias, etc.?

Lo que veo... es multitud de descontentos: descontentos de su suerte, descontentos de la sociedad que los desprecia, descontentos del poder que no llega á satisfacerlos, descontentos de todo, de todos y de sí mismos. Genios no comprendidos, sabios desdeñados, talentos desconocidos, corazones agriados, lenguas maldicientes, espíritus rebeldes que rechazan el yugo y tascan el freno esperando llegar á romperle.

Lo que oigo... es el murmullo ensordecedor de todas esas ambiciones no saciadas é insaciables; es yo no sé qué reconcentrada levadura de cólera que fermenta en esos pechos hambrientos de honores y de goces. De allí es de donde se oye salir el canto de guerra del radicalismo, demandando sociedades nuevas y mundos nuevos, en que todos los desheredados de hoy lleguen al poder, á la abundancia y á la fortuna. De allí es de donde parten esos golpes de revolucionaria piqueta que conmueven hasta en sus cimientos el vetusto edificio social de la Europa. Allí se encuentra un ejército dispuesto á todos los trastornos y á todos los incendios.

¿Voy á hacer á la ciencia responsable de todos esos apetitos egoístas? ¡De ningún modo! pero si ella no los despierta y conmueve, tampoco se muestra capaz de calmarlos. Quizás

haya en la experiencia que se ha hecho una organización defectuosa...; puede ser que se haya descuidado el movimiento de alguna rueda...; acaso haya que comenzar todo de nuevo. ¡Sea! Yo no quiero inferir de aquí nada, y, como hace poco decía, me limito á hacer constar que si la ignorancia no turba en modo alguno la felicidad del hombre, tampoco está demostrado que la ciencia tenga la propiedad de proporcionársela. Tiene indudablemente muchas utilidades, pero la cuestión no es esa. Yo exijo que se demuestre lo que puede para la felicidad. Y hasta que no se lleve á cabo esa demostración, me creo con derecho á no colocar la ignorancia entre las miserias del hombre.

---

¡Ah! ciertamente, ¡hay una ignorancia que sería una miseria y la más espantosa de las miserias! Es la ignorancia de nuestro destino final; la ignorancia de nuestros deberes en el tiempo que se desliza, de nuestras esperanzas divinas en el porvenir que se acerca y nos llama. ¡Todas las demás no son nada al lado de esta, porque todas las demás no tienen resonancia más que en esta transitoria vida de un día que vivimos aquí, mientras que la primera resuena y se pro-

longa como un trueno siniestro en el espacio inmenso de la eternidad!

Pero ¿quién sufre, Señores, á causa de esa ignorancia, á menos que él lo quiera? ¿No es verdad que la más pequeña niña de aldea, que guarda vacas en el prado, cuando recita bien el catecismo, sabe tanto ó más acerca de todo eso que lo que sabían después de treinta, de cuarenta años de investigaciones los genios más profundos de la filosofía?

«Preguntad á ese niño—decía Jouffroy—de dónde viene el género humano, lo sabe; á dónde va, lo sabe. Preguntad á ese niño, que en su vida ha pensado en tal cosa, para qué está aquí abajo y lo que ha de ser de él después de su muerte, y os dará una respuesta sublime, que acaso no comprende él todavía, pero que no por eso es menos admirable. Preguntadle cómo ha sido criado el mundo y para qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas; cómo ha sido poblada la tierra; por qué los hombres hablan diversas lenguas; por qué sufren, por qué se hacen guerra, y cómo ha de acabar todo esto, él lo sabe. Origen del mundo, origen del género humano, cuestión de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre para con sus semejantes, derecho del hombre sobre

la creación, nada ignora; y cuando sea mayor, no vacilará mucho más sobre el derecho natural, sobre el derecho político y sobre el derecho de gentes, porque todo eso sabe, todo eso se infiere con claridad y como espontáneamente del catecismo».

Por desgracia ¡ay! se olvida el catecismo; á veces se le desdeña, se avergüenza uno de él, se reniega de él, y entonces, en vez de las luces que él esparcía en el espíritu, se acumulan densos y negros nubarrones, y bien pronto ruge en el corazón el huracán de la incredulidad y de la duda. Esto sí que es miseria, lo reconozco; es una gran miseria para esa pobre alma.

Leed, Señores, el admirable libro que Beaudard ha consagrado á las víctimas de la duda, y allí recogeréis, caída de sus propios labios, la confesión de sus torturas, escucharéis los gritos lanzados por esas almas sujetas al tormento del potro. Las pobres marchan azoradas y ansiosas á lo largo de la vida, sin saber ni de dónde vienen, ni á dónde van... Podría comparárselas á un miserable perdido en el negro dédalo de una catacumba...: el infeliz avanza por caminos sembrados de precipicios y de abismos, anda en medio de aquella noche espesa y sombría, con los brazos tendidos hacia adelante, tanteando

con las manos y arrastrando tembloroso los pies como para preguntar al suelo.

Y así mueren.

¿De dónde proviene, Señores, que estas almas sufran en su mente esas torturas de infierno?

Dios, que da la fe á quien se la pide, se la conserva á aquellos que, respetuosos y fieles, llevan como un tesoro en el vaso frágil de su entendimiento ese don precioso de lo alto. Pero estos la han tenido en baja estima, su voluntad enorgullecida ha querido penetrar el secreto de los misterios divinos, como penetraban los secretos inferiores de los misterios de la naturaleza. Oza tocó el arca santa; estos han pretendido más, han querido abrir el arca santa y lanzar en ella sus curiosas miradas. Oza murió; estos viven, pero ha quedado muerta su fe: ¡y así andan ellos! Lo que yo descubro en la raíz de la duda es la voluntad orgullosa.

Ó bien, entregados á las pasiones de los sentidos, se han propuesto huir de la luz que los condena, han deseado las tinieblas, en las cuales pudieran más cómodamente ocultar la vergüenza de su vida: y esas tinieblas los han envuelto. También aquí descubro yo la voluntad, pero no como antes enorgullecida, sino espantosamente depravada.

Notad una vez más que la duda en sí misma

no es dolorosa. ¿Sufro yo cuando dudo de la verdad de un teorema de álgebra ó de un principio de filosofía?... Y no obstante, la duda religiosa es una tortura. ¿Por qué? Porque se complica con un remordimiento. El remordimiento es el castigo propio de la voluntad que se ha vuelto al mal.

La duda es, pues, más bien fruto de la voluntad que del entendimiento. La voluntad es su verdadera fuente, y á ella es preciso atribuírsele, á ella debemos remontarnos.

¡Vamos, pues, allá!

---

La dicha para la voluntad consiste en la unión con el bien; su desdicha, su miseria en la unión con el mal. Como es libre, se dirige al uno ó al otro sin encontrar obstáculo. Puede pareceros extraño que una voluntad, cuya dicha está en el bien y cuya desdicha está en el mal, se vaya libremente tras del mal y deje el bien; pero, en las tristes condiciones en que nos hallamos en este mundo, están sujetos nuestros ojos á las ilusiones más fatales. El mal se nos presenta con la máscara de bien, y esa máscara es la que nos fascina. Cuando Eva, en contemplación admirativa y muda ante la manzana del Paraíso, se decidió la infeliz á levantar el brazo y aco-

gerla... ¿qué pensáis que quería?... ¿El mal? ¡De ningún modo! ¡Quería saborear las delicias que la prometía aquella sonriente manzana! Por desgracia, lo uno era inseparable de lo otro. Ninguno hay de entre nosotros que no haya experimentado en sí mismo ese debate contradictorio, nadie que no haya sentido su voluntad vacilante entre la tentación del deseo y el atractivo del deber, oscilar durante algún tiempo como un péndulo, después, en fin, como arrastrada irse al uno ó al otro, según que el deseo parecía más embriagador ó más dulce el deber.

Se dice á veces: «hacer el mal por el mal, por pura malicia»; mas esta expresión no es rigurosamente exacta, pues aun entonces mismo halla la voluntad en el mal una extraña satisfacción. Paso yo por las calles de una de nuestras grandes ciudades, se cruza conmigo un granuja y blasfema al pasar, y luego se ríe burlonamente con una de esas burlas abyectas que habréis oído quizás alguna vez. He ahí un hombre que parece haber blasfemado por blasfemar; ¡el mal por el mal! No es así, ha blasfemado por tener el gusto de mortificar á un sacerdote... y lo ha conseguido, pues yo no conozco para el corazón de un sacerdote herida más dolorosa: «¡Mi vista le ha hecho blasfemar de mi Dios!...»

Solo, pues, bajo el color de bien es como amamos el mal...; pero no por eso deja de ser mal, y como tal, la miseria de la voluntad humana.

Podría haceros al punto el razonamiento siguiente: «Puesto que somos libres para ir al bien ó al mal, si vamos al mal y hallamos en él la miseria, la culpa es nuestra; ¿de qué, pues, nos quejamos?» Nada habría que responder á este argumento.

Mas para arrojar esta piedra á la frente de los desgraciados á quienes cautiva el mal, sería preciso no haber pasado jamás bajo su yugo nosotros mismos... Estudiemos más bien, Señores, ese triste viaje del hombre que busca en el mal un bien engañoso y no descubre en él más que una suprema miseria.

La historia del hombre que camina al mal es casi siempre la misma; ¡es un doloroso espectáculo!

La primera caída es más bien una caída de su voluntad aturdida por el asalto de la pasión, que una decisión normal de una deliberación fría y calmada; es un atractivo poderoso, en virtud del cual, como ciega, marcha hacia una cosa desconocida que á la vez le encanta y le espanta, le atrae y le repele, como se cuenta que en los ríos de Alemania el barquero, embau-

cado por las canciones de Lorely, avanza, empuja su barca, sin saber adónde la dirige, hasta que, siguiendo anhelante los sonidos misteriosos y suaves que le conducen al abismo... ¡se precipita!... ¡Ah! pronto brilla la luz...: el sabor del mal es delicioso, pero es fugitivo como el relámpago... El desgraciado se reconoce inmediatamente... siente clavado el arpón que le destroza, advierte que ha sido engañado, que Lorely es traidora. ¡Es aterrador el despertar después de una primera caída! ¡Se paga muy caro aquel instante de gozo pasado! Mas ¡cuán fácil es entonces el retorno al bien y con qué generosidad y valentía se hace!

Indudablemente, Señores, es ya una miseria el que podamos tan fácilmente y por motivos tan fútiles apartarnos del bien.

Mas Dios, en su bondad y en su amor, ha querido que esa miseria fuese reparable, y así acoge benigno al arrepentido. ¡Á la voluntad que se ha ido en pos del mal, no la exige más que una cosa, que se vuelva al bien!...

El Señor la espera; al caer de la tarde, va como padre amoroso, á la vuelta del camino, á mirar en lontananza, á ver si aquella alma que se ha ido á lejanas tierras á disipar con extraños su sustancia, vuelve ya... y cuando allá en el extremo del horizonte llega á divisarla, corre

á ella, se arroja á su cuello, la abraza derramando lágrimas, la quita los harapos de su miseria, la reviste del cándido manto de la inocencia y la pone en el dedo el áureo anillo de su amor. «Que se haga fiesta, exclama regocijado, porque ha vuelto mi hijo; había muerto y ha revivido, le había perdido y le he vuelto á encontrar».

Pero ¿no se ha concluído aún la triste historia!

Vuelta al bien la voluntad, ¿le será fiel al menos después de esta experiencia?

¡Ay! ¡vosotros sabéis que no!

Esa voluntad vuelve al mal, se aparta de él; vuelve otra vez á él, y otra vez vuelve á apartarse; y ese vaivén perpetuo es para la mayor parte de nosotros la historia de toda la vida! ¡Felices, Señores, mil veces felices aquellos que en el intervalo de sus caídas vuelven al bien! ¡Felices, mil veces felices los que se levantan, los que no pierden ánimo y no dejan caer los brazos llorando!

No todos obran así, y he aquí lo que sucede con más frecuencia.

---

La voluntad no tarda en cansarse de esas luchas siempre renacientes; siente la humillación de esas caídas acumuladas; se avergüenza

de ellas, y el día menos pensado toma una resolución: ó bien trata de justificar la victoria del mal, ó bien se resigna á él y le acepta como dueño.

Nada más sorprendente, Señores, que ese trabajo de la voluntad llamando en socorro suyo al entendimiento para llegar á cubrir su vergüenza, á dar al mal los derechos del bien, á convencerse de que el mal no es mal, ó que, al menos, es un mal menor, ó que es una cosa indiferente. No hay en los tribunales defensa comparable á la defensa del hombre hablándose á sí mismo en defensa de su pasión. Y en ese tribunal secreto, como es á la vez juez y parte, no es difícil prever en favor de quién será pronunciada la sentencia. Los debates á veces se prolongan; las primeras excusas, los primeros argumentos, los primeros ejemplos que el hombre se propone le parecen á él mismo casi nulos y de ningún valor; pero busca otros y los descubre. Á la larga se acumulan. Ninguno vale gran cosa en sí, pero su número y su conjunto les da fuerza á sus ojos.

Mientras tanto la luz, que él no quiere ver, se va, y queda su espíritu envuelto en las tinieblas de una noche, á través de la cual ciertos fuegos fatuos le dejan entrever el mal revestido de la etiqueta deseada: «Permitido».

Creedme, Señores, ese fenómeno no es raro, los ejemplos de él abundan y á veces nos horrorizan.

Ante cosas que no me atrevería ni aun á nombrar aquí, que nos hielan, que el Código penal de acuerdo con el Decálogo califica de crimen, escucharéis á algunas almas decirnos ingenuamente: ¿pero qué tiene de particular eso? ¡eso no es nada!

¡Ah! Señores, seamos sinceros, ¿tendríamos que ir muy lejos para descubrir esas secretas complacencias del hombre consigo mismo, para oírle absolverse, no de crímenes, lo concedo, pero sí de bajezas morales? No, ¿no es verdad? He aquí lo que leo en un moralista contemporáneo, Julio Simón: «¿Me confieso yo todas mis pasiones? ¿Me las confieso á mí mismo? ¿Cuántas veces no me acontece el ruborizarme de mis gustos? ¿el ocultármelos? ¿el fingirme á mí mismo que no los tengo? ¿el buscarlos algún paliativo, bajo el cual me los disimule, para hacer un papel algo menos necio en mi propia conciencia? La vanidad va tan lejos, que nuestras propias pasiones abundan en sofismas para glorificarse ó elevarse á nuestros propios ojos ¡y la mayor parte de las veces lo consiguen!... ¡Cuántos hombres después de transcurrido buen tiempo, se han penetrado tan fuer-

temente de las excusas y de las apariencias presentadas á los demás que han venido á engañarse con ellas, ellos mismos los primeros, y á adorarse en su torpezal»

Se ha hablado mucho y nos hemos reído mucho de esas gentes que, antes de abrir su ventana, cubrían con un lienzo el cuadro de Nuestra Señora que tenían en su cámara, para que no viera nada... No sé lo que tendrá de verdad esto... lo que sé es que nosotros no cubrimos imágenes de madera ó de mármol: están muertas y no nos molestan. Pero hay una viva que sí, que nos molesta: ¡la concidencial... Cuando ella nos grita, fingimos no oirla; grita más fuerte, y, para ahogar su voz, la arrojamos á la cabeza la argumentación de nuestros sofismas; si persiste, la tapamos la boca con nuestras dos manos, y no logrando hacerla callar, nos encolerizamos; como un asesino, nos arrojamos sobre ella para estrangularla por la noche; la lucha es larga, tenaz..., pero llega un momento en que, bajo nuestras manos, que la aprietan la garganta, bajo nuestras rodillas que la oprimen el pecho, deja de agitarse, ya no se mueve, no respira: ¡está muerta, bien muerta... lavémonos las manos y adelante!

Hay otro partido que puede tomar la voluntad en presencia de sus derrotas... Cansada de

luchar, se resigna con su vergüenza y se conforma con el mal, le acepta.

Mas cualquiera que sea el partido que tome, ya eche sobre las espaldas del mal el manto de sus mentiras, ya le reciba desnudo, sin ese falaz adorno, el resultado final es el mismo. He ahí una voluntad perdida... No me habléis ya ni de vacilaciones, ni de luchas, ni de resistencia, ni de fuerza, ni de valor, ni de Dios, ni de honor, ni de virtudes, ni de juramentos... ¡todo eso ha muerto! no habléis á ese miserable de su esposa; no habléis á esa madre de sus hijos; á ese hijo no le habléis de su madre. ¡Ya nada los conmueve, se han vendido al mal, está firmado el pacto, es demasiado tarde!

Y ¡cosa extrañal esa voluntad que se entrega atada de pies y manos, siéntese cual si hubiera sido descargada de un gran peso! ¡Parece escapar de una miseria y cantar el aleluya de los triunfos!

Cuando una ciudad largo tiempo asediada iza la bandera blanca y se rinde al enemigo, el soldado brama de coraje al dejar los baluartes que ya no puede defender, llora de rabia cuando se le exige la entrega del arma, ya inútil.

El cobarde rendimiento humano no tiene esas grandezas; antes bien la voluntad se regocija porque, una vez rendida, ya no tiene que com-

batir; goza de verse esclava, ama su esclavitud porque pone fin á una guerra que fatigaba á su pereza.

Y entonces se ve á esas voluntades cautivas hacerse del mal un alegre compañero de la vida. Despreocupadas, joviales, si de nuevo se apartan de él, es para lanzarse á un mal más profundo, cuya emoción nueva les es todavía desconocida. ¿Quién las detendrá en sus caídas? Si han aceptado el mal la primera vez ¿por qué le han de poner resistencia la segunda? Si han dado el color de bien al primero, ¿por qué no han de hacer lo mismo con el segundo?

Y de caída en caída ruedan, como rodó un día el ángel rebelde, hasta profundidades de ignominia, de que se aparta nuestra mirada con horror. Han escogido el mal como una desposada, le tienen, le poseen, le aman. Se asimilan el mal, le beben, según la expresión de las Escrituras, él es el pan que sacia su hambre, el agua que extingue su sed, la sangre que corre por sus venas.

---

Pero ¿qué es esto?... ¿Qué cadáver es ese que sacude los pliegues de su mortaja y repentina-

mente se levanta? ¿Quién es esa víctima ensangrentada que revive y se arma para la venganza?...

¡Ah! ¡los asesinos creían muerta á la conciencia, les parecía que la habían matado bien!... pero vedla: ha tomado el nombre de remordimiento, y está armada de látigo vengador. He ahí la gran miseria de la voluntad humana.

Ella, como un espectro, se yergue ante Caín. «¡Desgraciado! le grita, ¿qué has hecho de tu hermano?» Y á esta voz que le atraviesa como una espada, Caín, tembloroso, huye arrastrando en pos de sí en su febril carrera á su mujer desmelenada y á sus hijos amedrentados, huye á las rocas desiertas, á las negras profundidades de las cavernas; mas los ecos de las rocas, las profundidades de las cavernas le gritan: «¡Desgraciado! ¡desgraciado! ¿qué has hecho de tu hermano?» Huye el fratricida, y el viento que silba en los árboles del bosque, y el agua que murmura al precipitarse en el lecho de los torrentes arrebatados, y la tierra, la misma tierra «que había abierto la boca para beber la sangre de su hermano» (1), todo le grita: «¡Desgraciado! ¿qué has hecho de Abel?

---

(1) *Quae aperuit os suum et suscepit sanguinem fratris tui de manu tua.* Gen. IV, 2.

¿qué has hecho de tu hermano?» ¡He ahí el remordimiento; he ahí la gran miseria de la voluntad vendida al mal!

¡Urías ha muerto! David sonriendo saborea todas las delicias entre «la que fué de Urías», y el niño que ella le ha dado y que juguetea entre sus brazos. Parece que la conciencia ha muerto con Urías bajo los muros de Rabba. ¡Hela aquí!: «¡He pecado!» exclama David. «¡Es demasiado tarde, responde Natán, ese hijo que de ella te ha nacido morirá!» Y Dios hirió al niño, y se perdió toda esperanza desde aquel día. David lloraba desconsolado ante el niño á quien iba devorando la muerte; ayunó, pasó las noches postrado en el duro suelo pidiendo misericordia para su hijo; siete días y siete noches permaneció de esta suerte llorando, con la frente pegada al polvo. «El niño morirá, le decía al oído el remordimiento, el niño morirá, y tú eres quien le quita la vida».

Suntuosa fiesta se celebraba en el palacio de Baltasar; sus grandes, sus gentiles hombres, sus aduladores estaban con él y con sus mujeres acostados á las mesas del banquete real. Eran unos mil. Los hijos de Jacob, esclavos, les servían los manjares humeantes; las vírgenes de Israel, cautivas, llenaban de aromáticos vinos las copas de oro del templo... ¡La embriaguez

de la risa y del canto realizaba todas aquellas embriagueces! De repente palidece la faz del rey, sus ojos espantados se fijan en un punto, sus pensamientos se turban, su corazón se estremece de pavorosa angustia, sus rodillas chocan entre sí agitadas por el miedo y el terror. Una mano, una mano terrible escribía lentamente sobre el muro fronterizo del salón tres palabras siniestras; *Mane, Thecel, Phares*. Eran la conciencia y el remordimiento surgiendo delante del rey sacrilego.

Judas tiene en su bolsa los treinta dineros que le han pagado por haber vendido á Cristo... ¿No ha matado bien su conciencia?... ¿Cómo? ¿no se ha avergonzado ante la mirada de su Maestro á quien vendía, y le ha besado tiernamente en ambas mejillas, y su Señor ha muerto ya, ¿qué tiene ya que temer?

¡Nada! En efecto, nada más que á la conciencia asesinada que va á revivir... Y revive, y de repente el infeliz, con los cabellos erizados, extraviada la vista, corre al templo, arroja al suelo aquel dinero que le abrasaba las manos y que rueda rechinando sobre el mármol, huye como un loco hasta un bosque, y allí, al parecer solo, pero cara á cara con la inmortal vengadora, se encarama á un árbol, enrosca á su cuello un lazo corredizo, se lanza por el aire, y *crepuit*

*medius*, reventó por medio, dice la Escritura, como se diría de un perro.

¿Necesito añadir más?

Hay, Señores, una literatura que con justo título pudiera llamarse la literatura universal, porque refleja con el brillo particular de un pueblo los unánimes sentimientos de la humanidad!

Yo pregunto á esa literatura genial en Francia, en Inglaterra, en Alemania, la pregunto acerca de esa gran miseria de la voluntad, el remordimiento, y ella me responde por medio de tres páginas inmortales.

---

Víctor Hugo se detiene, como lo hacía yo hace poco, ante la primera sangre humana derramada sobre la tierra; ve huir á Caín.

«Desgreñado, lívido, en medio de la tempestad» (1).

Cae la tarde. Fatigado el infeliz se sienta al pie de una montaña, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, mas no puede dormir; sus ojos se apartan de la tierra donde los tenía fijos su sombría reconcentración, y mirando...

«... en el fondo del cielo oscurísimo vió un

---

(1) «Echevelé, livide, au milieu des tempêtes».

ojo inmenso abierto en las tinieblas y que en medio de la sombra le miraba fijamente. «Estoy demasiado cerca», exclamó temblando. Despertó á sus hijos que dormían y á su mujer cansada, y echó á correr siniestramente por el espacio. Caminó treinta días y treinta noches, mudo, pálido, estremeciéndose á cualquier ruido, sin atreverse á mirar hacia atrás, sin tregua, sin reposo, sin entregarse al sueño. Llegó á la playa del mar...» (1).

Allí sus hijos levantaron una tienda, y para que no viese nada de la tierra, pusieronle mirando al océano ante el espacio vacío.

«Mas en cuanto se sentó, vió en los sombríos cielos, en el fondo del horizonte, brillar el ojo en el mismo sitio» (2).

«Ocultadme», exclama Caín. Sus hijos vuelven la tienda y la cierran, y luego, «¿le ves

(1) «... Au fond des cieux funèbres,  
Il vit un oeil tout grande ouvert dans les ténèbres  
Et qui le regardait, dans l'ombre, fixément  
—Je suis trop près— dit-il, avec un tremblement.  
Il réveilla ses fils dormant, sa femme lasse  
Et se remit à fuir, sinistre, dans l'espace;  
Il marcha trente jours, il marcha trente nuits;  
Il allait muet, pâle et frémissant aux bruits,  
Furtif, sans regarder derrière lui, sans trêve,  
Sans repos, sans sommeil. Il atteignit la grève  
Des mers...»

(2) «Mais comme il s'asseyait, il vit dans les cieux mor-  
L'oeil à la même place au fond de l'horizon». [nes

aún?» le preguntan. «¡Ah!—responde el padre—¡veo el ojo todavía!»

Entonces Tubalcaín levantó «... un muro de bronce, y escondió á Caín detrás de él» (1).

Caín entonces volvió á exclamar: «¡Ese ojo me mira siempre!»

Construyeron luego sus hijos una torre y una ciudad y murallas espesas como montañas, y colocaron á Caín en el centro. El ojo estaba siempre allí.

Entonces Caín hizo abrir una gran fosa y descendió á ella, y sobre ella colocaron sus hijos una losa enorme.

«El ojo estaba en la tumba y miraba á Caín» (2).

Con toda la diversidad de su genio no habla de otra manera Shakespeare.

Lady Macbeth ha derramado sangre; en otro tiempo ella misma se había burlado de los terrores de su marido. «Tengo las manos blancas como las tuyas, le decía, pero me avergonzaría si tuviera un corazón tan pálido». ¡Ahora le ha llegado su vez! ¡Todas las tempestades del infierno se entrechocan en su corazón! Por la noche, azotada por los remordimientos se des-

---

(1) «... un mur de bronze et mit Caïn derrière».

(2) «L'oeil était dans la tombe et regardait Caïn».

pierta, su cama la abrasa, huye á través de los corredores de su palacio medio desnuda, como un fantasma; sus ojos están desmesuradamente abiertos y nada ven; no ve en el vestíbulo, donde se detiene, no ve á aquel hombre y á aquella mujer que la espían... ¡Ah! sí, ve una cosa; ¡en su mano ve sangre!

«¡Oh, grita estremecida, aquí está todavía esa mancha!... ¡Fuera, mancha maldita!... ¡fuera, te digo!» Luego, extraviada y como hablando con un interlocutor invisible, prosigue: «¡Una, dos!... ¡Llegó la hora de obrar!... ¡Oh! ¡qué sombrío es el infierno! ¡Quita, pues! ¡quita! ¡un soldado y un cobarde! ¿Qué temes? No se nos puede pedir cuenta de lo que hemos hecho... Pero ¡quién hubiera creído que ese viejo tenía tanta sangre en el cuerpo!... ¡Ah! esta mano, ¡no voy á conseguir limpiarla jamás!... ¡Pero no hablemos más! ¡Vamos! Tus vacilaciones lo van á echar á perder todo... ¡Ah! ¡todavía el olor de sangre! ¡No purificarán esta mano todos los perfumes de la Arabia! ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

«¡Banco está enterrado, ya no puede salir de su tumba; no te asustes, pues, no palidezcas!... ¡Lavémonos las manos, lavémonos las manos, lo que está hecho no puede ya deshacerse!... ¡Ah! llaman á la reja... ¡Á la cama! ¡á la cama!»

Goethe en Alemania nos presenta en *Fausto*

el juicio de la humanidad acerca del remordimiento. La página es más tranquila, pero no es menos desgarradora.

Margarita está en la iglesia entre la multitud con su pequeño devocionario en la mano. En el altar, profusamente iluminado, el sacerdote celebra Misa de difuntos por el alma de Valentín, su hermano, muerto por la espada de Fausto, su amante. El órgano difunde por las naves del templo fúnebres acordes, y el coro, el coro de las jóvenes puras, sus compañeras, canta la melodía solemne y triste. Un espíritu, en pie detrás de Margarita, le habla al oído.

¡Qué otra eras tú, oh Margarita, cuando llena de inocencia subías á ese altar rezando tus oraciones en ese usado devocionario! Margarita, ¿dónde está tu cabeza? Margarita, ¡cuántos pecados en tu corazón! ¿Rezas por el alma de tu madre? Tú la has hecho bajar á la tumba á fuerza de profundos, de profundísimos pesares... ¿De quién es esa sangre esparcida en el umbral de tu puerta?... Y ¿qué es lo que se agita en tu seno?...

«¡Oh! — dice Margarita — ¿no me veré libre jamás de estos pensamientos?»

Y el coro cantaba:

*Dies irae, dies illa;  
Solvat saeculum in favilla.*

El espíritu insiste: «¡Margarita! ¡La cólera celeste te abruma! ¡La trompeta suena! ¡las tumbas se estremecen, y tu corazón vuelto de la muerte para las llamas eternas, palpita todavía!»

«¡Ah! ¡si yo estuviera lejos de aquí—dice Margarita.—¡Ese órgano me ahoga! ¡esos cánticos desgarran mi corazón! ¡esos pilares me oprimen! ¡esa bóveda me aplasta! ¡Aire! ¡aire!»

Y el coro cantaba:

*Iudex ergo cum sedebit,  
Quidquid latet apparebit,  
Nihil inultum remanebit.*

El espíritu vuelve á decirle: «Ocúltate, Margarita. ¡Pero el crimen y la vergüenza no pueden ocultarse! ¡Pides aire, luz!... ¡Ay de tí!»

«¡Socorro! ¡socorro! ¡Á mí!» grita Margarita, y cae desplomada.

¡He ahí el remordimiento! ¡Ah! Señores, es una cosa terrible llevar día y noche en su seno el juez y el testigo de su propia infamia:

*Poena autem vehemens, ac multo saevior illis  
Quas et Caedicius gravis invenit et Rhadamanthus  
Nocte dieque suum gestare in pectore testem (1).*

¡Pero es completa verdad, Señores, que se rebele de ese modo la conciencia en todas las

(1) *Juvenal*, Sat. XIII, v. 196.

almas que se abrazan con el mal y que las torture? ¿No se logra escapar de esos remordimientos?

Quisiera dudarlo; mas no puedo: me parece evidente, cuando miro el mundo, que hay almas en las cuales no tiene entrada el remordimiento, que llegan á no oír esa voz de la conciencia rediviva, que se libran de esa miseria, y os confieso que cuando me detengo á pensar en ello, experimento una especie de escándalo, y exclamo, á pesar mío, dentro de mí mismo: ¿Cómo deja Dios en paz á semejantes almas?...

¿No habéis encontrado vosotros mismos á sujetos que pisotean todos los deberes, que acumulan la injusticia y el perjurio, que juegan con las traiciones, que cubren toda esa repugnante desvergüenza de su vida bajo las apariencias de una candorosa ingenuidad; que gracias á ese aditamento hipócrita se granjean la estima de los sencillos y de los honrados, siempre tardos cuando se trata de pensar mal... y que llevan esa vida, al parecer, sin pesadumbre alguna, alegres, con la sonrisa en los labios, felices y satisfechos? ¿Cómo no se levanta en esas almas ninguna tempestad para turbarlas?... ¿Por qué la conciencia no viene por la noche á despertarlas de repente y á decirles en su cara: «¡Ah, sois unos infames!»

Lo ignoro; pero, Señores, compadecedlas, sí, compadecedlas más que á todas las otras; escapan á la gran miseria del remordimiento, pero les aguarda otra miseria más temible y más acerba. El remordimiento, por duro que sea, abre la puerta á la esperanza; el remordimiento del mal es un llamamiento al bien..., pero el endurecimiento es cosa sin esperanza.

Cuando un alma se siente rejoneada por el aguijón del remordimiento, es que Dios la persigue todavía con su amor... Cuando un alma no tiene ya remordimientos, es que Dios la abandona y que le dice: «¡Anda! ¡sigue tu camino; estoy cansado de tí! ¡Anda! ¡vete..., pero en el término te espero!»

¡Ah! Señores, ¡sufrir aquí no es nada! ¿pero sufrir allá abajo?... ¡Aquí todo pasa, aun el sufrimiento, y todo pasa tan pronto!... ¡pero allá abajo todo permanece, y para siempre! ¡Pensad en esto, Señores, y veréis, sin que yo tenga necesidad de extenderme en ello, que si la gran miseria de la voluntad es el remordimiento, su miseria suprema es no tenerlo!

José de Maistre había dicho: «No hay más que dos miserias propiamente reales en el mundo; el remordimiento y la enfermedad, todo lo demás es ideal». ¡Y nosotros venimos á parar al mismo resultado, la enfermedad y el remordimiento!

La enfermedad, castigo del cuerpo en desorden orgánico. El remordimiento, castigo del alma en desorden moral.

Pero ¿cómo es esto? Hemos recorrido todo el hombre, el cuerpo, la inteligencia y la voluntad, para descubrir ahí todas las miserias de la humanidad, y no hemos encontrado las que de ordinario os arrancan los lamentos más vivos. No hemos encontrado ni la falta de fortuna, ni la falta de honores, ni la falta de amigos. ¿Qué quiere decir esto? ¿No nos hallaríamos, ante ese triple infortunio, en presencia de tres grandes miserias?

Examinémoslo, Señores.

---

Empecemos por la pobreza... ¿Qué es la pobreza? ¿Á quién llamáis pobre? He aquí una definición que desde luego os satisfará. Yo llamaría sin reparo pobre á aquel que á pesar de su buena voluntad y de sus esfuerzos no llega á encontrar en el precio de su trabajo con qué atender á las necesidades de la vida... No le quedan más que dos recursos á ese desgraciado; ó mendigar, ó morir de hambre.

¡Ahl ¡ciertamente, eso es una miseria!... Pero, Señores, vosotros no la experimentáis, y á vosotros es á quien se dirige mi discurso. Por otra

parte, esa pobreza entra en una categoría ya analizada. ¡Esa pobreza conduce al hambre!... y el hambre ¿no se convierte bien presto en debilidad, en inanición, en enfermedad? Debe, por consiguiente, cuando llega ese extremo contarse entre las miserias del cuerpo.

Solo que nosotros extendemos mucho más allá los límites de la pobreza. Yo he conocido un obrero que con trabajo ganaba poco más ó menos unos tres francos diarios; descontando los domingos y demás fiestas, etc., le venía á resultar por año 900 francos próximamente. ¿Os atreveríais vosotros á vivir con esos 900 francos anuales solamente? Y sin embargo aquel hombre laborioso vivía y... ahorra. Cuando hubo reunido 1.000 francos de economías se casó. Su mujer le llevó en dote una casita situada al extremo de una aldea, y en ella habitaron los dos. Después de un año, de un mismo golpe le fueron arrebatados su mujer y su hijo. Á partir de aquella hora cerró su corazón lacerado, y volvió á seguir su primera vida solitaria. Gana todavía sus tres francos diarios, y el año pasado edificaba su quinta casa en el pueblo. ¿Diréis que ese pequeño propietario de tres francos diarios es pobre? ¡No! ¿No es verdad?... no lo es, ni lo será, porque se prepara para su vejez un reposo tranquilo y honrado, el *otium cum*

*dignitate* de los antiguos. ¿Luego no es uno pobre con 900 francos por año? ¿Es verdad esto? ¡Vamos á verlo!

Un día se habló delante de mí acerca de un próximo matrimonio... Como de costumbre, se inquirió y trató de la fortuna de los contrayentes, y se halló que podían contar con unos 10.000 francos de renta próximamente. ¡Pero eso no es nada! se exclamó, ¡no tendrán con qué vivir!

Luego uno es pobre con 10.000 francos de renta.

Hace poco no lo era con 900... ¿Dónde está la verdad?

Véase lo que yo observo:

El obrero, cuyo salario satisface sus necesidades, no se considera como pobre. Al extremo opuesto los ricos, cuya fortuna sobrepaja no solo á la satisfacción de las necesidades, no solo al lujo, sino también á los caprichos y á las locuras, tampoco se consideran como pobres. Pero en el intermedio, cualquiera que sea la renta, 2.000, 10.000, 20.000 francos, yo no oigo más que suspiros, todo el mundo se queja, dice que está en la miseria, y según la expresión recibida, «tira al diablo de la cola». Lo cual hacía decir á una mujer de mucho ingenio y buen humor: «Qué bien amarrada debe tener

la cola ese pobre diablo, pues todo el mundo le tira de ella sin que jamás se la arranquen».

De modo, Señores, que uno es pobre cuando no tiene nada, no lo es ya cuando tiene alguna cosa, vuelve á serlo cuando tiene más, y no deja de serlo sino cuando tiene demasiado... En verdad, es muy graciosa esta conclusión; pero notad, os ruego, que es precisamente la vuestra.

El secreto de la contradicción no es difícil.

El pobre es pobre, porque en su miseria no llega á satisfacer las necesidades de la vida humana.

El obrero ya no lo es, porque las puede satisfacer, y no agrega á ella la locura de las necesidades ficticias.

Mas á partir de ahí, todo cambia; vuelve uno á ser pobre. ¿Por qué?

Porque á propósito, y por yo no sé qué impulso de sensualismo, de necia ambición, de emulación celosa y de oculta envidia, se crean unas en pos de otras nuevas y desconocidas necesidades. La industria humana es ingeniosa en este punto, y se requiere mucho tiempo antes que la fortuna traspase las cumbres donde ella se detiene agotada.

Quisiera profundizar todo esto, pero el tiempo me urge. Yo invito á aquellos de entre vosotros que puedan remontarse á treinta ó cua-

renta años en sus recuerdos, yo les invito á que comparen la vida de entonces con la de hoy día. ¿Erais desgraciados entonces? Y no obstante, si hubiera que volver hoy á aquella vida modesta, frugal y sosegada... cómo excluiríais: ¡Misericordia!

Luego aquí sois vosotros los culpables, son las necesidades que os habéis forjado con vuestras propias manos las que os hacen sufrir esas privaciones y esas miserias. Pues si os las habéis forjado vosotros, rompedlas vosotros mismos.

Sabed poner un freno á vuestros deseos, refrenad bien á esas fieras que os arrastran, ó, si preferís dejarles sueltas las riendas, no os quejéis cuando desbocadas os hayan estrellado contra las rocas del camino!...

¡No!... no me pidáis que me compadezca de vosotros, que comparta vuestros sufrimientos, que llore con vosotros, ni siquiera que os escuche sin sonreirme.

¿Qué es ello? ¿De qué os quejáis? ¡De que no habéis podido este año veranear en Ostende ó en Trouville! ¡De que habéis tenido que vender algunos caballos y una jauría!... ¡Ah! Señores, os compadezco; pero ved allá, en un tugurio, una mujer que desde hace dos días no ha comido nada, y cuyo hijo se muere por falta de

leche. ¡He ahí la miseria, he ahí la verdadera miseria!... ¡No me habléis de la vuestra; me causaríais horror!

---

No diré más que una palabra de los honores, y de la miseria en que se creen ciertas gentes cuando de ellos carecen. Para estimar en alto grado tales cosas y sufrir mucho por su carencia, es preciso no haberlas gustado jamás.

¡Son tan vanas y tan insustanciales! Por lo demás, solo un alma idealista experimenta esa necesidad de honor y de gloria, y las almas idealistas escasean hoy sobremanera.

Hay más; en el tiempo en que vivimos, la gloria se ha envilecido extraordinariamente. Esa gran señora de los tiempos pasados ha entrado, descaradamente y sin vergüenza, en comercio con el oro; viven juntos y se reparten el beneficio de tan desigual consorcio. El oro no ha ganado en ello, ha conservado el carácter de villano que le viene de nacimiento; no ha llegado á ser de la raza del espíritu, continúa lo mismo que antes siendo de la raza de la fuerza. Pero la gloria con esto se ha deshonrado, se ha envilecido. ¿Quién, pues, había de querer todavía relaciones con esa impura que así se ha vendido?

No es esto todo, Señores... ¿Qué es la gloria hoy día?... ¡La gloria militar entre nosotros! ¡No hablemos de ella; sería cosa de reír!... La gloria literaria, artística, científica... veo ciertamente algún placer vago en ese género; ¡pero esa pobre gloria no impide el morir de hambre, las más de las veces ayuda á ello!

La gloria de las dignidades... Con dificultad comprendo la gloria que va unida á las dignidades contemporáneas. No veo la extrema felicidad que haya en poder decir: «¡Soy gobernador, alcalde, regidor, mayordomo, capitán de la guardia cívica!... Subid más arriba; no es mayor la felicidad ni el placer».

¿Qué más hay todavía entre nuestras glorias? ¡Esa cintita roja en el ojal!... ¡Dios me guarde de hablar mal de ella! Yo hago constar solamente, Señoras, que vosotras lleváis muchas más y más vistosas y más elegantes, y que, en suma, si habéis tenido que pagarlas caras, al menos no os han costado bajezas.

Permitidme que en esto no insista más.

---

Resta la pobreza de amor, la soledad de corazón, ese dolor verdaderamente punzante de una alma que, volviendo los ojos en derredor

suyo, ve por todas partes pasar la multitud indiferente de los hombres, y entre todas aquellas caras desconocidas, busca en vano la mirada cariñosa y la vivificante sonrisa de un amigo! Creo, Señores, que hay pocos dolores comparables á este dolor, cuando hiere á un hombre. Ciertamente, no es el dolor agudo y penetrante que experimenta el corazón ante una catástrofe repentina, ó el cuerpo al ser herido por el acero; no, es un dolor sordo que encoge el corazón, que le oprime y le aplasta, pero lentamente; sin sacudidas y sin choques, cierta cosa así como la sensación de un desgraciado sobre quien pesara cada vez más la losa que cubre una tumba!...

No niego este dolor, y no tendría dificultad en colocarle entre las más profundas miserias del hombre; pero es una excepción tan rara que, en verdad, no se la debe tener en cuenta en el estudio general de las miserias de la humanidad. ¿Cuál es, en efecto, la situación normal del corazón humano en este mundo? En su primer desenvolvimiento, á la hora en que sobreabunda en el hombre toda vida, se abre ampliamente; le parece que todos los afectos que acoge no llegarán jamás á llenarle. ¡Se ama entonces tan bien, tan generosa y tan ardentemente!

La experiencia de los hombres y de las cosas modifica bien pronto, demasiado pronto, esa expansión exuberante. Vienen las defecciones, los olvidos, las infidelidades, la muerte... El corazón se despuebla; sella el sitio de todos los desaparecidos y se retrae, se encoge y se ensimisma. Sigue amando, ciertamente, ama todavía; pero concentra su amor, se vuelve avaro de él, le economiza, sabiendo ya cuánto se le malgasta á lo largo del camino!...

Es la hora en que debió tener origen aquel proverbio que todos vosotros conocéis: «¡No se tiene más que un amigo!» No quiero que se le tenga por un dogma, yo le creo exagerado; pero la cadena que enlaza entre sí á los corazones no es tan larga que pueda abarcar muchos más.

Teniendo esto en cuenta, Señores, ¿quién es el hombre, por miserable que sea, que no tenga al menos un corazón amigo junto á su corazón? ¿Habéis encontrado muchos que se hallen en esas circunstancias? ¡Yo no recuerdo haber encontrado uno solo! En otro tiempo, cuando leíamos el *Robinsón* de Daniel Foe, nos compadecíamos de él, quizá llorábamos con él, y no enjugábamos nuestras lágrimas hasta haber visto dibujarse á través de las palmeras y lionas la negra sombra de Vendredi.

¡Pero nosotros no somos Robinsones Crusoes!

Sin embargo, hay en la vida horas bien duras y bien amargas en que nos sentimos invadidos por esa solicitud del alma, como se ve el cielo á veces invadido por una repentina cabalgada de negros nubarrones. Se nos escapa un corazón—el único que acaso nos quedaba—y parece que con él ha huído toda la felicidad de nuestra alma para siempre; no vemos ya nada en el mundo que pueda llenar aquel enorme vacío, nada que pueda restañar la sangre de aquella profunda herida... ¡Solo, solo!... ¡y para siempre!...

¡Hermanos que sufrís, seguidme! Haced girar sobre sus goznes de bronce la vieja puerta de nuestros templos. ¡Mirad! En esas profundidades sombrías, entre esas negras columnas, pendiente de la bóveda se balancea una lámpara, y su luz rojiza, dando de lleno sobre una puercecita dorada, despide reflejos pálidos y cambiantes... Allí, dentro del estrecho recinto cerrado por esa puertecita, reposa un corazón que late por vosotros, un corazón que os ama, que os ama hasta morir por vosotros... ¿por qué lo ignoráis? Y si lo sabéis, ¿por qué lo olvidáis? Escuchad bien, en ese profundo silencio y en esa oscura noche os llama: «¡Hijos míos, que sufrís, venid á mí!... ¿Puede una madre olvidarse de

su hijo?... Pues si ella pudiera olvidarse, yo al menos no me he olvidado y no me olvidaré de vosotros. ¡Oh! ¡cuántas veces, cuántas veces os he invitado á cobijaros bajo mis alas, como bajo las de la gallina se cobijan los polluelos! ¡Y no habéis venido! ¡Venid, pues! Yo haré correr las aguas de la paz sobre vuestra alma; beberéis la dulce leche de mis consolaciones; como una madre acaricia á su hijo, así os acariciaré yo; yo os llevaré sobre mis rodillas, entre mis brazos, como una madre».

¿Lo oís? ¿Estáis solos cuando os aguarda ese corazón?

¡Su amor es dulce, es fuerte, es fiel! ¡Todo otro amor es vano, todo otro es impotente, todo otro es pasajero! ¡Acudid, pues, á él! ¡Tomad con ambas manos vuestro corazón desangrado y desgarrado, llevádsele allá, colocádsele sobre sus rodillas, entre sus brazos, introducidsele en su propio corazón, haced que se cobije bajo él, como un pajarillo que tirita se esconde entre las ahuecadas plumas de su madre! ¡Los hombres no saben amar! ¡Vosotros veréis cómo ama él!

---

Y ahora, Señores, resumamos ya, si os parece, esta larga conferencia; recapitulemos

las miserias que hemos encontrado en nuestro camino.

La fealdad, la deformidad, la enfermedad.

El idiotismo y la locura; la duda y la ignorancia.

La debilidad de una voluntad degradada; el amor del mal y el remordimiento.

La pobreza, la falta de honores y la soledad del corazón.

Me permitiréis, después de lo que llevo dicho, eliminar como poco serias ó al menos como poco dolorosas: la fealdad, la deformidad, el idiotismo, la locura, la ignorancia, la debilidad de la voluntad, la falta de honores y aun la soledad del corazón.

Quedan en pie: la enfermedad, la duda, el amor del mal castigado por el remordimiento y la pobreza. Á esto se reduce todo.

Si además tenéis á bien reconocer que la duda, el amor del mal y, por consiguiente, el remordimiento dependen de vuestro arbitrio, y que para escapar de ellos os basta querer, os restarán solamente la enfermedad y la pobreza.

En fin, atenuándose la pobreza, en gran parte al menos, por los hábitos de moderación que hoy no están de moda, lo confieso, pero que depende de nosotros el introducirlos en nuestras costumbres, resultará que la única

miseria fatal, necesaria, inevitable de la vida humana es la enfermedad... ¡Todas las otras se han deshecho entre vuestros dedos!...

¿Quiere decir esto que por lo demás no suframos, que no tengamos otros dolores?... ¡Oh! ¡no! ¡mil veces no! Pero restaría ver si esos otros dolores, si esos otros sufrimientos son razonables, y si no caemos en extrema ridiculez al abandonarnos á ellos.

He conocido una ama de casa, mujer de mucho ingenio y de carácter, que se creía desgraciada, porque el salmón que había hecho servir como principio en la comida, le había parecido que tenía un gustillo...: ese gustillo la emponzoñó durante todo el día y la cubrió de negro crespón. Era la segunda vez que el fresquero le jugaba aquella mala partida y... si hubiera estado sola, de seguro hubiera llorado de rabia y pesar. ¿Voy á negar que la infeliz sufría? ¡Pues si de eso murió Vatell... ¡No creo, sin embargo, que deba contar entre las miserias de la vida el gustillo que pudiera tener el salmón!

¿Qué debemos concluir de todo esto, Señoras y Señores?

Que en nuestras quejas nos exageramos los males de la vida, como en nuestras esperanzas nos exageramos sus placeres.

La vida, la verdadera vida, ni es tan buena,

ni tan mala. Yo, por mí, la aplicaría aquel verso tan conocido, según el cual, no merece

ni ese exceso de honor ni ese desprecio (1).

En otra ocasión he dicho, hablando de la felicidad:

«Para acrecentar vuestros goces, forjaos vosotros mismos vuestras felicidades».

Hoy os diré: «Para disminuir vuestras penas, no os forjéis vosotros mismos vuestras miserias.

Nos sentimos tentados de risa al ver á un niño que llora á lágrima viva, porque le han quitado un juguete... ¡Muchas de nuestras miserias, la mayor parte de ellas, son de ese mismo valor! ¡Dejemos los juguetes á los niños, y seamos hombres! ¡Miremos la vida cara á cara; y tal cual es, aceptémosla! Tiene sufrimientos, sí, mas un corazón valiente sabe sufrir: tiene también goces; mas un corazón fuerte los gusta, y no se deja arrastrar de ellos. Hay en la Sagrada Escritura una hermosa frase. Dice que el justo posee su alma en paz. Poseer su alma es gobernarla como se gobierna á un caballo fogoso, que blanquea el freno con su espuma, pero obedece á la mano que le dirige.

---

(1) Ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.

Si ante el dolor vuestra alma se estremece y retrocede, espoleadla. Si ante el placer se precipita anhelante, refrenadla. Dirigidla, en fin, y que se acostumbre, bajo la firme rienda de una voluntad dominante, á caminar á través lo mismo de la próspera que de la adversa fortuna, con ese paso siempre igual, vigoroso y noble que sienta tan bien al hombre y sobre todo al cristiano.

La vida entonces no os parecerá tan desastrosa; la miraréis como debe mirarla un cristiano, como es en la realidad de las cosas: como un tiempo de prueba. Sí, mas como un tiempo de prueba que conduce al paraíso. No será ella, indudablemente, el mismo paraíso. ¡Oh! ¡no! como tampoco el viaje es la llegada al término; sin embargo, se hace agradable el viaje, porque á ese término conduce. ¡Oh! ¡no! no será ella el paraíso. Ahora mismo estoy sintiendo bien vivamente la prueba de ello. El paraíso es la patria de las visiones sin fin, de la unión y del gozo sempiterno; y este mundo ¡ay de mí! es siempre el país en que hay que separarse, y hay que decir á los que se ama: ¡Adiós, quedad con Dios!

A. M. D. G.







LAS MADRES



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

LAS MADRES

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

---

ES PROPIEDAD

---



Excmo. Sr. (1)

SEÑORAS, SEÑORES:

**N**UNCA quizás, en el largo transcurso de tiempo que tengo yo la honra de hablaros y vosotros la atención de escucharme con sin igual benevolencia, nunca quizás habré subido á esta tribuna con tan profunda emoción como hoy. Temo, efectivamente, y lo confieso con ingenuidad, ante materia tan hermosa, magnífica, tierna y dulce como hoy me atrevo á presentar á vuestra consideración, porque la considero muy superior á mis fuerzas.

Es vastísimo el campo que á mi imaginación ofrece el pensamiento. Me paro á contemplarle,

---

(1) El Excmo. Sr. F. Nava di Bontife, Obispo de Heraclea, Nuncio apostólico.

y le encuentro tan lleno de encantos y de atractivos é inundado de luz tan extraordinaria, que mi corazón se conmueve y palpita de modo inusitado. ¿Cómo deciros lo que yo veo en este mi asunto y los sentimientos que de mi corazón se desbordan?

Quisiera, Señores, hablaros de la madre cristiana... Mas he aquí que solo pronunciar el nombre de *madre* me conmueve profundamente: ¡Madre!... ¡Madre!

Porque sin poder yo darme cuenta de ello, es lo cierto que con este nombre acuden á mi imaginación recuerdos dulcísimos. No me fijo en las personas que aquí veo, ni en los tiempos presentes, ni en nada de esta tierra, ni de este mundo, sino en el pasado que renace, en las personas que han desaparecido, en esos seres queridísimos que duermen allá lejos y que ahora vuelven á la vida: representaseme la juventud con sus encantos, y más atrás aún, la suavísima infancia con todas sus delicadas escenas, bañadas con la sonrosada luz del más acendrado amor.

¡Oh poder mágico de los recuerdos!

Y, sin embargo, no es mi ánimo hablaros solamente de ternuras, sino de deberes. Y si os hablo de la ternura del corazón, no será de la del niño que ama á su madre, sino de la ternura

de la madre que ama á su hijo, y así podré decirlos cómo deben amar las madres.

El niño no sabe amar... porque ni su entendimiento alcanza á comprender los misterios del amor, ni su corazón es capaz todavía de sentirlos.

Pero la madre sabe amar. Entiende bien lo que es, y con solo oír el nombre de su hijo, siente el escalofrío de la emoción, y se conmueven todas las fibras de su alma.

Pues entonces, ¿por qué habré añadido al nombre de madre el de *cristiana*? ¿No sería bastante decir *madre*?

Desgraciadamente, ¡no! Sin duda que todas las madres sienten esos impulsos del corazón que las llevan en pos de sus hijos. Vedlas á todas (si no es que por las exigencias del mundo hayan distraído su corazón de sus casas, para ponerle en locas fantasías); vedlas á todas, repito, cómo sus brazos van por instinto á buscar á su hijo, sus manos á cogerle, y su corazón á estrecharle... No satisfechas aún, inclinan su frente sobre la frente de su amor, la levantan, vuelven á inclinarse, fijando ojos en ojos y labios en labios, y se vuelven á incorporar para contemplarle una y otra vez como extasiadas; dando bien claramente á conocer con este flujo y reflujo de amor, que ese hijo les pertenece á ellas solas, que es su corazón, que es su sangre, su vida, su todo.

¡Y, sin embargo, esto no basta!

¡La madre *cristiana* está muy por encima de todo esto, es más grande, es más grande y mucho más magnánima!

Porque la madre cristiana ama también á ese hijo que tiene delante de sí, le estrecha también fuertemente entre sus brazos, contra su corazón, pero no se olvida por eso de la grave obligación que sobre ella pesa; y en los momentos solemnes de la vida, con un gesto sublime le separa de su corazón de madre, y levantándole en alto con ambas manos, se lo ofrece á su Dios y para Dios le educa.

¡Ahí está todo!

Este es el pensamiento que ha de dominar en estas reflexiones.

La madre que es solamente madre, solamente ama; mas la madre que es además cristiana, ama y educa.

¡Qué hermosa palabra, Señores, es esta de educar, de guiar! Equivale á levantar á un hombre del estado moral en que se encuentra, para llevarle más cerca del cielo, más cerca de su Dios. Equivale á guiar hacia Dios, á sacarle de la tierra, del fango y lodo del mundo, para ponerle en las elevadas regiones de vientos purísimos que ni manchan los cuerpos ni las almas.

¡Oh madres cristianas! ¡Habréis pensado, por

ventura, que el porvenir y la buena suerte de la sociedad y del mundo está infaliblemente en vuestras manos?

Nosotros somos la generación que ahora va insensiblemente pasando... ¡cuán triste y enferma! Pero la generación que viene la formarán vuestros hijos, esos mismos que ahora estrecháis con tanto cariño entre vuestros brazos. Pues formadlos bien, enseñadlos bien; hacedlos hombres esforzados, hombres de valor, de virtud, de abnegación, de sacrificio.

Elevadlos aún más, mucho más todavía, hasta que llegue á ellos el rayo de la luz de Dios y sean cristianos.

Cristianos, sí. ¿Lo habéis oído bien? Pero que sean cristianos verdaderos, de raza, cristianos viejos, como decían en tiempos antiguos, no cristianos bastardos ni falsificados que luego truequen el valor, el sacrificio y el heroísmo por liviandad y molicie, y no conserven del bautismo sino el carácter indeleble, pero desfigurado y cubierto de inmundicia... Sean, en una palabra, hijos verdaderos de Jesucristo, y con ellos, con vuestros hijos salvaréis al mundo.

---

He andado buscando en la Biblia madres cuyo recuerdo ha querido Dios perpetuar en la

historia de su pueblo predilecto, y la primera que he encontrado en la primera página de ese divino libro, aparece representando un drama horrible. Sobre su regazo yace su hijo Abel, pálido, sin vida y envuelto en su propia sangre; lejos de allí su otro hijo, Caín, con la maldición en la frente y el remordimiento en el alma, va huyendo sin cesar por la soledad de los montes y peñascales.

¡Pobres madres! ¡Cuánto tienen que sufrir!... Permitidme un instante, que quiero extenderme algo en esta reflexión.

Vivimos en unos tiempos en que los hombres parece que no tienen sino un solo pensamiento. Su sueño dorado, la ambición de toda su vida, se puede formular en esta palabra: ¡gozar! ¡Sí, gozar!... Esto parece ser el único pensamiento de los hombres; mas el fin del hombre no está en eso...; el fin del hombre, aquí abajo en la tierra, está en cumplir con su obligación. Que sufra ó que goce, no importa nada: lo que sí importa es, que cumpla con su deber.

Pues ¡cuánto campo de sufrimiento se abre aquí á las madres! ¡Cuánto tienen que sufrir! «Parirás tus hijos con dolor» (1), nos dice el sagrado texto, y si para la formación lenta y

---

(1) *In dolore paries filios.* Gen. 3, 16.

dolorosa del cuerpo ha de sufrir la madre, no sufrirá menos cuando tenga que formar el alma de su hijo en los moldes de la educación, con los adornos de la virtud y ajustándola á la regla del deber.

¡Ah madres! ¿Creíais que vuestro fin era gozar? No. Dios os ha llamado para obrar bien, para cumplir con vuestra obligación aquí abajo en la tierra; y cumplir con su obligación, obrar bien, es aquí abajo sinónimo de sufrir.

Si la historia de las madres del Antiguo Testamento se abre con una página dolorosa y desgarradora, se cierra con otra más desgarradora aún. Porque si en la primera página encontramos á Eva llorando sobre la tumba de Abel, en la última veremos á la madre de los Macabeos sufriendo delante de la hoguera en que se consumen sus hijos.

Seis de ellos ha visto ser arrojados á las llamas, después de haber sido horriblemente mutilados por el hierro de sus verdugos. Ha visto la sangre de sus hijos, que era su propia sangre, salir á borbotones y correr luego por el suelo; ha visto el fuego que lentamente iba consumiendo y reduciendo á cenizas la carne de sus hijos, que era su propia carne, y se ha visto con el corazón de madre rasgado, hecho pedazos, como los pedazos que ardían; pero... su

valor y su aliento no la han faltado ni un instante.

Quedábale aún el último hijo, el más joven de todos, cuando ve que se acerca á ella el verdugo, cansado ya de tanta carnicería, y la suplica que interponga su poder de madre para ablandar la constancia de aquel pequeñuelo...

Va, efectivamente, esta madre hacia su hijo, se inclina hacia él, *inclinata ad illum*, según la Escritura, y en lengua desconocida para el tirano, en la lengua de su patria, le dice: «Hijo mío, ten compasión de mí; nueve meses te he llevado en mi seno, y te he amamantado á mis pechos. ¡Ah! mira, en cambio de todo esto, te ruego que pongas tus ojos en el cielo, que pienses en tu Dios... y no temas nada al verdugo. ¡Muéstrate digno de tus hermanos; muere tú también como ellos, con la constancia que ellos y con la fidelidad que ellos, para que con ellos te vuelva á encontrar tu madre, que va también á morir!...»

«¿Qué esperáis?—dijo el niño volviéndose á los verdugos.—Sabed que yo también estoy dispuesto para morir por las leyes de mi patria con la misma fidelidad que mis hermanos».

Cogiéronle los verdugos y le arrojaron furiosamente en medio de las llamas vivísimas de aquel horno enrojecido. Tras del hijo tocó el

turno á la madre, y era y es aún cosa que causa extraña admiración, contemplar los ánimos con que clamaba que viniesen cuanto antes á ella las llamas!...

Arrojáronla, por fin, á ellas, y cubrieron con las cenizas de la madre las cenizas de los hijos.

Por cruel y horripilante que os parezca este cuadro, no se fija la Sagrada Escritura en el dolor de tan atormentada madre, antes nos llama la atención acerca de la energía y ánimo varonil de tan dichosa mujer.

«Era admirable, dice el sagrado texto, y sobre toda ponderación el valor de esta madre, digna de vivir perpetuamente en la memoria de los hombres, porque no solamente vió con sus propios ojos morir sus siete hijos en un día, sino que firmemente fortalecida con la esperanza que tenía en su Dios, vió tan inauditos sucesos con sin igual fortaleza de alma.

»Uno á uno los iba exhortando con valentía, á la vez que con celestial prudencia, revelando en los pensamientos tiernos y delicados de mujer la entereza y energía de un corazón de hombre. *Femineae cogitationi masculinum animum inserens*».

Quede, pues, sentado que es menester que sean fuertes, animosas, y estén resueltas para el sacrificio las madres. Es menester que se atre-

van á hacer rostro á la misma muerte, y esto no solamente cuando se trate de dar la vida en bien de sus hijos—¿qué madre habrá que á ello no esté dispuesta?—sino cuando se trate de sacrificar la de sus mismos hijos. Han de estar dispuestas para decirles: «¡Hijo mío, muere! pero muere sin deshonra ni mancilla».

¡Qué contraste ofrecen desde luego á mi vista la primera lección de los libros santos y el supremo anhelo de nuestros días: éste es «gozar, gozar», y aquélla «sufrir y sufrir!»

¿Y acaso es menor el contraste que ofrece esta lección de vigor y fortaleza con la idea general que nos hacen concebir de la mujer la educación y costumbres de nuestros días? Porque según ellas ¿qué viene á ser la mujer sino una criatura débil, tierna, delicada, sin energía, siempre recostada sobre sedas, ó sobre plumas, ó entre flores; ó bien una flor que con el sol se marchita, con el viento se encoge, con el frío tiembla, y en cuanto recibe en sus pétalos un poco de escarcha, muere?

---

Entre Eva y la heroína que acabo de presentaros van como intercaladas en la Historia Sagrada Sara, Rebeca, Raquel, Agar, la madre de Moisés, la madre de Tobías y otras muchas

cuyos nombres ni mentar siquiera puedo por falta de tiempo. Mas aunque le tuviese y os presentase los múltiples y variados tipos de madre, hay un linaje de madres que no os pudiera describir, desconocido, según parece, en los tiempos bíblicos, ignorado todavía en los de la Edad Media, mas destinado por lo visto á germinar en los nuestros. Yo no sé qué nombre le pueda convenir; pero como estamos en un siglo en que todo se sustituye, se ha sustituido también el oficio de madre, entregando los hijos á *nodrizas* ó á maestras.

Así sucede que una madre da á luz una hija, la mira un instante y la entrega en seguida á una nodriza, la cual á su vez la pone después en brazos de una niñera, y ésta luego la confía á una institutriz; más tarde, de ésta pasa á las maestras del colegio *A* ó el pensionado *B*, según la edad, hasta que al fin la madre la trae á casa, la vuelve á mirar, y como la encuentre en punto, la cubre de encajes y cintas, y la traspasa á un marido.

Con los demás hijos sigue los mismos trámites.

¡Á pesar de todo se llama... madre!...

He tenido la curiosidad de calcular el tiempo durante el cual estas madres lo son propiamente, teniendo delante de sí á sus hijos y derra-

mando su corazón sobre ellos, y he sacado que con dificultad llega á una hora por día.

Mas no lo vituperéis, Señores, porque para obrar de este modo hay muchas y poderosas razones. Veámoslas.

De niños son chillones, y no hacen más que llorar; más adelante, enredadores, y alborotan y trastornan toda la casa; grandecitos, ya tienen malicia, y no se puede hablar delante de ellos; por último, ya mayores, son un estorbo, porque todo lo observan y en todo se meten!...

Dios tiene, sin duda, para estas tales madres, reservado un castigo. Muchas veces en la vida de la mujer, en esas horas de tristeza y amargura en que siente como desplomarse el cielo sobre su cabeza, en que le falta aire que respirar, porque le falta quien la consuele, quien la anime, quien llore con ella; en esas horas en que no encuentra apoyo en nadie, y en que el hielo de la soledad pesa sobre su corazón como la losa de un sepulcro, la pobre madre, en el colmo de la desesperación, busca un áncora á que asirse, busca en el corazón de sus hijos un jirón siquiera de su destrozada esperanza, y... ¡no encuentra nada, nada! Pero la que es verdadera madre se repliega entonces hacia sus hijos, se esconde dentro del corazón de sus pequeños, que sabe que la aman, y allí donde antes

no había ni dicha, ni amor, ni esperanza, renace, al calor de los hijos, la dicha más inefable.

Decid á esas otras madres que se replieguen también ellas hacia sus hijos, que es gran dicha amar á esas criaturas... y veréis cómo no os entienden; porque ese lenguaje, esas palabras de amor, de cariño y de educación, son un lenguaje completamente desconocido para ellas... Podíamos verdaderamente decir que ignoran lo que es amor... ¡Á veces procuran ensayarse en ello, en dar á sus hijos muestras de amor, dándoles á entender que son sus madres, pero ya es muy tarde! Porque al ver los hijos cambio tan repentino, y sorprendidos de ternura tan inesperada, se asombran, vuelven la cabeza, y tienden sus brazos al ama, á la niñera ó á la institutriz.

Bien os acordáis, Señores, de aquella frase dura, pero exacta, de d'Alembert: «Yo no conozco esa señora tan elegante; mi madre no es esa, sino aquella verdulera del rincón».

---

Dios ha puesto, aun en este mundo, parte de nuestra felicidad. De esto no hay duda ninguna. Pero, ¿sabéis dónde la ha puesto? ¿dónde nos la tiene como oculta? En el cumplimiento de las obligaciones que corresponden al estado de cada hombre en particular. ¡Ah, sí!... Estas obliga-

ciones que cada uno tiene, cuando se aceptan con gusto y verdadero deseo de agradar á Dios que las puso, y cuando se cumplen con generosidad y resolución, tienen un sabor delicioso. Fuera de esto no encontraréis la dicha por mucho que la busquéis. ¡Todo lo que no sea cumplir con el deber, es engaño y mentira!

Ahora bien; el hijo representa, respecto de su padre y de su madre, no solamente un heredero de sus pocas ó muchas haciendas, una alegría ó satisfacción más ó menos justificada, sino también, y ante todo, una obligación y una responsabilidad tremenda.

La obligación de una madre para con su hijo comienza en el punto y hora que Dios, escogiéndola como instrumento para la conservación de la sociedad, le confía el cuidado de tan gran tesoro como es un alma humana. Y desde este punto y desde esta hora ha de estar siempre bajo el peso de esta obligación, quiero decir, que ha comenzado el oficio de madre, para no dejar nunca las obligaciones de tan justo y sagrado cargo.

¡Se le ha encomendado un alma, y esta alma no muere jamás, es inmortal!

Pues aquí tenéis, Señores; esta es puntualmente la obligación que ó no se entiende ó no se cumple como es debido.

¡Porque no parece sino que cuando esta alma, imagen de Dios, ha recibido el vestido de los músculos ó la cubierta de la carne, todo está concluído de parte de la madre, y que va quedando ya en libertad de traspasar á otras personas la carga ó el cargo que Dios á ella misma impuso. En rigor pueden otras personas sustituir á una madre; pero si se prescinde de la obligación con que se ha de cumplir ese oficio, siempre estará protestando el corazón humano de tan extraña sustitución, porque conoce perfectamente que en el oficio de madre hay algo más que hacer!...

Queriendo acabar Faraón con los judíos, dió á su pueblo orden de ahogar en los ríos, al nacer, todos los niños varones que tuviesen los hebreos.

Pues como después de dada esta orden aconteciese tener una mujer de Leví un niño, al verle tan sumamente hermoso, y ya al nacer condenado á muerte, sintió en su corazón de madre primero gran angustia, y luego grandes alientos para ocultarle. Mas sospechando que sería descubierto su artificio, y temiendo una traición, se resolvió á hacer, como hizo, una cestita de mimbres en que poderle ocultar, y después de calafatearla bien por fuera, cual si fuese una navecilla, la acomodó por dentro con blanda lana

y plumas, como hacen las aves en los nidos con sus polluelos, y recostó blandamente en la cuna flotante á su niño. Dejó la madre furtivamente esta navecilla con el niño dentro, entre unos carrizos de la orilla del Nilo, y separándose primero un poco de este pequeño esquife que contenía el tesoro de su corazón, y alejándose luego algo más á un bosquecillo inmediato desde el cual pudiese observar la cestilla sin ser vista de nadie, se quedó sentada, deshechos en lágrimas los ojos y oprimido de angustia el corazón. Mucho tiempo estuvo contemplando este su nido de amor, temerosa siempre de que se lo arrebatasen las aguas.

Mas quiso el Señor que la hija de Faraón fuese al mismo sitio en que se hallaba la cesta á bañarse, y como reparase con extrañeza en ella, llevada de la curiosidad, acercóse á ver lo que contenía... El niño estaba llorando... La Princesa se quedó conmovida ante el triste abandono de aquel infante. «Es un niño de los hebreos», dijo, y le cogió en brazos. Contemplóle, y le pareció hermosísimo, como le había parecido á su madre. Por lo cual exclamó: «Desde ahora le adopto por hijo mío».

Palabras fueron estas que resonaron dulcísimo en el corazón de la madre... ¡Aquel niño, su hijo, estaba ya en salvo!

Mas ¿creeréis que se dió por satisfecha la madre? No... antes su angustia llegó á un grado supremo. Pero ved cómo discurrió y lo que hizo: «¿Queréis, gran Señora—dijo á la hija de Faraón cierta mozuela que, como al acaso, por allí pasó, pero que era auxiliar de la sagacidad de la madre—queréis que os busque una de esas mujeres hebreas para que le cuide y le sirva de nodriza?»

—¡Oh, sí, sí; anda, corre al punto á buscarla!—contestó la hija de Faraón.

Ahora sí que se desborda de alegría el corazón de la madre. Ahora sí que la madre siente en su interior llenarse su corazón con los raudales de la felicidad. En su corazón se halla su cielo.

Presentóse ante la Princesa y, «recibid, la oyó decir, este niño, y criádmeme para mí». La madre, sin poder de puro gozo articular palabra alguna, tomó en silencio al niño y le aplicó á sus pechos.

Este es el corazón de la madre tal como Dios le ha hecho, es decir, todo para su hijo y siempre con su hijo.

¡Menester eran toda la perversión que el egoísmo inculca en nuestras costumbres convencionales, para que sin ser obligadas á ello por la misma naturaleza, optasen libremente las

madres por servirse de personas extrañas! ¡Y ha sido menester todo el refinamiento y molicie de una sociedad artificial y falsa, para que sin lágrimas en los ojos y sin palabras de reprobación, consientan las madres en entregar sus hijos á quien no los conoce!

¡Mas, permitidme que os lo diga, no saben lo que hacen!

No hace mucho os hablaba yo de la herencia de las pasiones y de los vicios, y os decía cómo influye en gran manera sobre los descendientes la sangre de los antepasados; y recuerdo que os explicaba cómo esa sangre parecía rodear y servir de alimento al cerebro, destinado á ser instrumento del alma y, por tanto, que le iba de esta manera preparando para la virtud ó para el vicio.

La leche que corra por los tiernos labios de vuestro hijo va á servirle de alimento á la vez. Pues, por Dios, tened cuenta...

Mas ¿qué digo? Ya sé que en esto no hay que daros lecciones, y que ponéis en ello mucho cuidado; pues antes de entregar vuestro hijo preguntáis al médico.

¡Ah!... ¡al médico! ¡al médico!... Pero esto se refiere al cuerpo... ó á la parte animal... Pensad, por Dios, en el alma que entregáis... ¿No es nada el alma, por ventura?

---

Verdad es que tendréis la ventaja de que cuando más adelante os encontréis con que el hijo ha salido indolente, perverso, que os sirve de deshonra y os llena de disgustos, podréis, sin embargo, deciros: «Á lo menos tiene buena salud, buen pecho, buenos pulmones, y no hay síntomas de que muera tísico».

Y si llegáis á poner en medio de la sociedad uno de tales hijos, afrenta de quien los crió, y cuya muerte sería mil veces preferible á la vida, podréis por lo menos enorgulleceros delante de su musculatura, y exclamar: «¡Oh qué brazos! ¡qué músculos! ¡qué puños!»

¡Qué brazos! ¡qué brazos!... Pero ¿y el corazón? ¿Qué habéis hecho de su corazón?

No insisto más en este asunto, Señores, mayormente cuando se advierte que van ya cayendo en descrédito esas madres frívolas, y que voluntariamente se niegan á amamantar y á criar á sus hijos.

Tiempo muy bastante tendremos para volvernos á ocupar en este asunto, cuando la ciencia haya con sus progresos alcanzado realizar los ensueños de esas desnaturalizadas, es á saber, una incubadora mecánica, adornada con biberones de nivel constante.

---

El oficio de la madre, en lo que va dicho, se ha limitado á formar un cuerpo, semejante al que Dios hizo de barro con sus manos divinas, destinado á servir y abrigar un alma. Si me he detenido en esta materia, ha sido porque al dar la madre fuerza y vida á ese barro, lo iba juntamente disponiendo á ayudar ó á estorbar los oficios del alma, haciéndola dócil ó rebelde. Porque de otra manera, á no tener tan ciertos influjos en nuestro ser la carne y la sangre, poca importancia le hubiera dado en mi discurso. ¿Qué me importaría á mí saber que este hombre llega á tales grados en el dinamómetro y á tales otros en la talla? Más que todo esto debo yo examinar. Lo que yo pretendo averiguar es si es hombre de recta conciencia, de costumbres sanas y de conducta sin mancha.

Y, sin embargo, aun limitando el oficio de la madre á darnos este cuerpo y esta sangre que con los ojos corporales vemos, decidme si habrá corazón bastante capaz de agradecerla lo que ha hecho y dado en favor nuestro.

¡Ah jóvenes y doncellas, nunca jamás comprenderéis la deuda tan grande que con vuestras madres tenéis, porque nunca sabréis cuánto por vosotros padecieron, cuánto les habéis costado los dos primeros años de vuestra edad!

¡Cuántos trabajos, cuántos sinsabores, cuán-

tas congojas, cuántas ansiedades hayan por vosotros tenido que sufrir, ni lo entendéis, ni lo agradeceréis jamás como se merece! ¡jamás!

Pero llega el tiempo de que el alma de ese parvulillo, hasta entonces como dormida en la cuna de su cuerpo, ó, si vale la frase, como envuelta en los pañales delicadísimos de las circunvoluciones de su tierno cerebro, se despierte, se desate y se mueva... Ved cómo su lengua aún no articula palabras, mas en sus ojos ya hay chispas de luz de inteligencia...; solamente se le oye alguno que otro grito, mas en su sonrisa se observan ya algunos destellos de algo superior á la materia, y algunas manifestaciones de su voluntad... No tardará en comprender las palabras que le digan y las que él deba decir... y aun antes de que lo pueda decir con palabras, manifestará con las manecitas y piececitos ó con otro gesto cualquiera lo que con sus labios quisiera dar á su madre á entender... Ésta entenderá también muy pronto el lenguaje de su hijo, y entonces, bañados ambos en corrientes de amor, recibirán y enviarán continuos mensajes de una á otra inteligencia, de una á otra alma.

¡Señores! Aquí tenéis ya llegada la hora solemne para una madre... ¡Oh madres!... ¡Oh madres! Recogeos en oración. Meditad y pedid al Señor que os bendiga. Ya no son solamente

las manos ni los labios los que tocan á ese cuerpo que contempláis al exterior... mas con vuestra alma penetráis también el interior de esa alma que no veis.

---

Al llegar aquí, permitidme, Señores, que os hable con sencillez y os diga cuanto mi corazón siente.

Llegamos al punto principal de la cuestión, y añadiré más aún, á la verdadera cuestión de mi discurso, la educación. Y si es verdad que esta materia por lo importante y por lo vasta debería traspasar los límites reducidísimos de una conferencia, todavía, procurando compendiar, tengo confianza en que, con el auxilio de Dios, he de poder deciros lo más importante de mi asunto. Vosotros mismos lo vais á ver.

¿Qué es la educación? ¿Qué es educar á un niño? Es formar en él un hombre completo, que vale tanto como decir, formarle en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma. Mas como el cuerpo esté destinado á ser instrumento del alma, es menester atender al alma y no apartar de ella la vista, aun en aquellos cuidados que sean necesarios para la educación y formación del cuerpo.

Punto es este último que creo poder omitir,

mayormente si consideramos las tendencias contemporáneas á exagerar tan sin medida los cuidados que para la salud del cuerpo se toman, y me parece que mejor que llamar debo distraer vuestra atención acerca de este punto, rogándoos apartéis algo más á vuestros hijos de tantas delicadezas, y precauciones, y abrigos, y comodidades, y los acostumbredis mucho más á los trabajos, al hambre, á la sed, al cansancio, al frío, al calor y á los sufrimientos; cosas todas muy propias de la educación del cuerpo, y muy conformes con el fin del mismo.

Pero del cuerpo baste lo dicho. Queda, pues, el alma.

El alma es inteligencia y voluntad.

Formar, pues, y educar al niño en cuanto al alma, equivale á formar su inteligencia y su voluntad.

Y ¿qué es formar la inteligencia del niño sino abrirle una entrada para que por ella reciba las verdades divinas y humanas, y cerrarle juntamente los caminos tortuosos que le llevan al error?

Pero vuelvo con esto, Señores, á interrumpir mi raciocinio. Porque es bien sabido de todos, no ser propio de las madres, sino de los maestros ó de los catedráticos, este oficio de enseñar las ciencias ó las letras, y, por tanto, forzoso me

será omitir esto tratando de hablar únicamente de las madres. Para subvenir á estas necesidades tenemos muchedumbre asombrosa de elegantes establecimientos, tanto públicos como privados, cuyos programas están llenos de buenas intenciones y de promesas. Y si cada uno de nosotros no lleva en su cabeza un plan completo para arreglar el mundo en el caso de que se desquiciara, no será, á buen seguro, por falta de programas. Quizás en ellos pudiera darse mayor cabida á las verdades divinas. Pero... no os asustéis, que ya os contestarán que eso es propio de los *curas*... ¡Bien está! ¡Callemos... porque más vale callar, y prosigamos!...

La educación del alma tiene otra parte, que es formar su voluntad; y aquí sí que vuelve la madre á aparecer y la veo desempeñar un cargo importantísimo, el cargo por excelencia, y casi podríamos decir exclusivo, de la madre. Porque, Señores, en verdad que fundar sólidamente en el bien la voluntad del niño, es el gran problema de la educación, y el que lo resuelva, ese sabe educar. Y notad que al hablaros del bien como término y objeto propio de la voluntad, entiendo en el sentido más lato que pueda tomarse la palabra *bien*, y, por tanto, comprendo en ella todo lo que sea virtud, honradez, sacrificio, abnegación y aun heroísmo...

Un filósofo antiguo ha puesto como ley moral de la vida del hombre: «Haz el bien y evita el mal». Y en verdad que en esto va todo el negocio, y á esto hay que preparar la voluntad del hombre, y en esto hay que ejercitarla.

Pues bien, Señores. Es menester tener en cuenta que la voluntad naturalmente sale inclinada al mal, no va directamente al bien, y, por tanto, hay que torcerla en su natural instinto, obligándola á subir por una pendiente escabrosa; hay que hacer con ella grandes esfuerzos, hay que emplear con ella trabajos extraordinarios, hay que librar con ella terribles combates.

Os decía poco ha, al hablaros de la madre y del hijo, cómo el uno y la otra se entendían aun sin que el niño articulase palabra alguna, y cómo se establecían mutuas corrientes entre los pensamientos de ambos. Vais ahora á ver de qué manera tan maravillosa, á la vez que tierna y sencilla, penetra en el fondo del hijo la primera enseñanza y la primera lección de moral que le da la madre... ¡No conozco cuadro más admirable!

---

Llevado el niño de un arranque de egoísmo, de ese terrible deseo de satisfacer sus antojos que tan vivo se muestra en los niños, por pe-

queños que sean, figuraos que quita á otro niño un objeto cualquiera. Quizás parezca fuerte la palabra *quitar*, aplicándola á un dulce ó á un juguete ú otro objeto insignificante con que se divierte ó se recrea su hermanito ú otro niño como él; pero no importa. Sea lo que fuere, la madre al verle se lo quita de repente. Lo brusco del movimiento que observa en su madre por primera vez, le admira, le asusta y le detiene. Abre sus ojos y mira. Al mismo tiempo su madre le mira también, y con las señas negativas de cabeza, ó con palabras desconocidas para el niño, ó con el tono de la voz desusado y que tanto contrasta con el tono cariñoso de siempre, se pone á enseñarle, ¿qué pensaréis, Señores? ¡No os admiréis!... ni más ni menos que la teoría del derecho de propiedad.

Y el niño entonces comprende, no como lo entienden los filósofos, claro está, sino como pueden entenderlo los niños, que con aquella su acción ha obrado mal, más aún, que además de él hay en el mundo otros á quienes debe respetar, porque tienen los mismos derechos que él, y ante los cuales debe sacrificar su egoísmo, su voluntad ó su capricho.

Permitidme seguir con el ejemplo.

Suponed ahora que el niño ha sido obsequiado y ha recibido para sí un dulce, un objeto

cualquiera. En este caso, suyo es, es dueño de su dulce. Pero su madre le dice que lo reparta con otro niño. El primer movimiento de la voluntad será un *no* enérgico, porque la naturaleza infantil de suyo no es dadivosa. Mas he aquí que insiste la madre, cede el niño, y, como recompensa, recibe de ella un beso cariñoso. ¿Qué ha hecho en punto de verdad esta madre? Pues ha dado á su hijo la lección de que hay que ser bueno con los demás, amándolos, sirviéndolos y distribuyendo con ellos los bienes propios. Le ha enseñado, en una palabra, los principales actos de la caridad cristiana.

Contando con vuestra habitual benevolencia, voy ahora á citaros un caso que en su día me hizo derramar lágrimas.

Era un niño de seis años de edad, que fué acompañando á su madre á visitar á un pobre. Al entrar en la habitación vió á otro niño de su edad, pero tan malamente vestido, que se le veían las carnes. Entre otras, dos cosas le llamaron extraordinariamente la atención: una, que en aquella habitación, estrecha y desamueblada, faltaba la cama del niño; otra, que no había visto juguetes con los cuales se pudiese entretener el pobrecito que había visitado... «Madre mía—dijo el niño luego que llegaron de vuelta á casa—si enviase V. mi cama al po-

brecito niño que acabamos de visitar, sin duda que se pondría el Niño Jesús muy contento».

—¿Y tú, dónde dormirías entonces?—preguntó la madre.

—Yo—contestó el niño con aire de satisfacción y alegría—dormiría contigo en cama grande.

—Pero entonces, hijo mío, saldrías ganancioso tú con ese cambio—repuso la madre.—El Niño Jesús no está contento sino cuando le ofrecemos algún sacrificio, alguna privación.

Quedó pensativo el niño con esta observación, y al cabo de un rato volvió á contar á su madre lo que se le había ocurrido, y presentando todos sus juguetes, excepto un gatito de cartón que apretándole en el cuello mayaba á voluntad del niño, dijo con resolución: «¡Madre, si enviásemos al pobre estos juguetes míos!...»

—Muy bien—contestó la madre—y añadió: «Ven, hijo mío, que te dé un abrazo. Eres muy bueno». Al punto envió al pobre los juguetes de su hijo.

Al otro día se presentó lleno de contento el niño á su madre, y pensando en sus juguetes y en el pobre, dijo: «Ahora si que se divertirá aquel niño pobre con los juguetes que le hemos dado». Y la madre, movida sin duda de tierna

inspiración, añadió: «Sí, hijo mío, pero... no tiene un gatito que diga ¡miaul... ¡miaul!»

El niño la miró con cierto asombro entendiéndola ya indirecta. Por lo cual, y como le costase quedarse sin su gatito, se retiró por segunda vez como á deliberar, y tardó mucho más en resolverse. Pero al fin cogió su gatito, le contempló y le llenó de caricias. Sintió entonces una lucha fuerte en su tierno corazón, y en su alma se estaba librando un verdadero y rudo combate, hasta que muy despacio se acercó á su madre y casi sollozando, dijo: «Madre mía, ahí está el gatito. Enviádsele al niño pobre, porque pienso que el Niño Jesús quedará muy contento de mi regalo».

Con el fervor de una santa y sumamente enternecida por esta acción del hijo, la madre estrechó fuertemente contra su pecho al niño, al ángel, diré mejor, que Dios en él le había dado y que así ponía en práctica sus lecciones. Ella nada pudo, ni supo decir, ni hacer, sino derramar lágrimas de amor y de agradecimiento, porque no solamente acababa de enseñar á su hijo la caridad, sino hasta el heroísmo.

¡Ah, Señores! Si en los tiempos que corremos hubiese abundancia de almas dispuestas á entregar, no digo yo el gatito de este hecho histórico, sino aunque no fuese más que una parte

de sus juguetes en beneficio de los que sufren bajo el peso de tantas desgracias y calamidades y carecen de lo más indispensable para la vida, ¿creéis, por ventura, que se conmovería y se estremecería la sociedad como la están conmoviendo y haciendo estremecer las convulsiones del egoísmo?

Pues, Señoras, aquí tenéis vuestro oficio propio, aquí tenéis vuestra singular obligación: formar de la manera que acabáis de oír vuestros hijos, y disponer sus almas para la generosidad, para el sacrificio, para el heroísmo.

Á cada hora, á cada instante del día tiene ocasión la madre de retocar el alma de su hijo y moderarla conforme á la virtud; ahora le corrige, ahora le alaba, unas veces le enseña lo que debe hacer, otras lo que debe evitar; ya le dice dónde está el honor, ya le explica la delicadeza, la modestia; en fin, siempre va sembrando á manos llenas en su alma las semillas de las virtudes que han de formar aquel tierno corazón y disponerle para llegar á lo heroico...

¿Y encomendaréis, oh madres, este linaje de cuidados á una pobre niñera, ó á una nodriza, ó á una persona extraña, ó á una mercenaria? ¿Qué, no conocéis que no merecen tocar en lo más mínimo las almas de vuestros hijos? ¿No veis que no las ha escogido Dios para este car-

go? ¡Si no son madres de esos vuestros hijos!  
¡Si Dios ha concedido tan solo á las madres el  
cuidado de esas obligaciones!

¡Oh madres! ¡Oh madres! Solamente vuestras  
manos, solamente vuestros labios y solamente  
vuestros corazones están á la altura de obra tan  
grande, de obligaciones tan tremendas.

Tremendas, sí; porque es cosa que pone  
espanto, por poco que se piense, esa vuestra  
responsabilidad de madres. ¡Porque para la for-  
mación y educación moral de vuestro hijo se  
necesita tanta inteligencia, tanto corazón y tanta  
energía!

El corazón no falta nunca: la inteligencia qui-  
zás falte alguna vez, pero el carácter, la energía,  
sobre todo en nuestros tiempos, ¡ay, cuánto esca-  
sea! tanto, que puede decirse que siempre falta!

---

¡Grande inteligencial! Sí, grande ha de ser la  
ciencia que debe tener la madre. Se trata nada  
menos que de hacer entender al niño lo que es  
bueno y lo que es malo; de que sea hombre de  
recta conciencia y, finalmente, de que su volun-  
tad sea libre y eficaz para obrar lo que su razón  
y su conciencia le aconsejan. ¡Ved si para for-  
mar de esta manera al hijo necesitará ó no  
grande entendimiento!

Para guiar á un alma por estos caminos, bien se ve que el guía ha de estar bien seguro en los pasos que dé y saber escoger con acierto entre el bien que va por la derecha y el mal que va por la izquierda. Porque, ¿con qué derecho le enseñaríais lo que debe hacer, y qué valor tendría vuestra lección, si vosotras mismas faltaseis á la ley que le enseñasteis? Mirad que, aunque niño, tiene vuestro hijo profunda penetración, y si en vuestras acciones no ve claro el reflejo de vuestras palabras, comenzará primero por dudar de vosotras mismas, os juzgará después como culpables con vuestras mismas palabras, y acabará por despreciar vuestros consejos, vuestras lecciones y hasta vuestras personas.

Y no basta entender bien las cosas que se deben enseñar, sino que debe conocer también la madre la inteligencia de su hijo para poder apreciar en los movimientos de aquella alma tierna lo que hay de falta de conocimiento y lo que hay de mala voluntad, lo que hay de aturdimiento y lo que hay de deliberación; es menester que distinga bien la madre en los actos de su hijo la equivocación ó error y la mentira ó engaño, para que en lo primero sea indulgente y en lo segundo rigurosa é intolerante.

¡Intolerante! ¡Qué palabra! Por fuerte que os parezca, la sostengo.

Porque no hay que dejar al niño ni un instante siquiera en el error ó en el mal sin procurar sacarle inmediatamente de él, sea por medio de la reprensión, si con ella basta, sea por el castigo cuando ella no sea bastante. Á la voluntad maliciosa del niño no hay que perdonar absolutamente nada, ni por ningún motivo ó pretexto conviene que el niño sepa que algunas veces parece como que duerme la justicia, y que puede en esos casos burlarse de ella impunemente...

Ocasión es esta de hablar de dos grandes debilidades. Es la primera, ó bien extasiarnos con ciertas palabras, graciosas á veces, lo confieso, que se caen de tan tiernos labios, y celebrarlas aun cuando envuelvan verdaderas impertinencias, ó bien admirar la agudeza de esas pequeñas criaturas que muchas veces, con tal de conseguir su intento, revelan ya condiciones de consumados diplomáticos... ¡Qué contento, qué alegría, qué sonrisa producen esas palabras!... Pónese encendido el rostro de la madre de pura satisfacción, de maternal orgullo. Pero el daño queda hecho... ¡Oh! ¡que todo ello no es sino prueba de las primeras chispas de la inteligencia! ¡Con decir que son agudezas de niño, no se hace de ellas ningún caso, y todo se les perdona á esas pobres criaturas. Pero ¡ay! que no se

pasa mucho tiempo sin descubrirse lo que son aquellas agudezas, es á saber, manifestaciones intolerables de insolencia, porque aquellos tiernos y precoces niños son ya unos mentirosos desvergonzados, ó como escribía en cierta ocasión Mme. Sévigné, «son verdaderos prodigios á la edad de cinco años, y necios rematados toda su vida». Para corregirlos son menester ahora grandes golpes de estado, y mucho será si se consigue algo; mientras que, á su tiempo, quizás una mirada hubiera sido bastante.

Me acuerdo á este propósito de uno de estos angelitos. Tenía verdaderamente un talento extraordinario y superior á su corta edad, y como un día que su madre y la mía estaban conversando en un aposento que miraba á la calle, oyese tocar á la música de un batallón que por allí pasaba, se puso á dar saltos, y cogiendo del brazo á su madre le dijo: «Vamos, mamá, á ver pasar la tropa».

—Marcelo, los niños no interrumpen á las personas mayores; siéntate ahí.

Marcelo, contrariado, dió un golpe en el suelo con el pie, y soltó una palabra de las que usan los lacayos en las cuadras.

—¿Qué es eso? ¿Qué significa eso, Marcelo?— dijo irritada la madre.

—Nada... ¡Se lo digo á la música que está pasando!

Satisfecha con esta ocurrencia la madre, calló, volvió un poco la cabeza y disimuladamente se echó á reír.

Jamás olvidaré el malísimo efecto que me causó tal desenlace; porque las prácticas y costumbres que mi padre y mi madre me habían enseñado, eran del todo opuestas á lo que acababan de ver mis ojos, y aunque era muy joven me hizo esta escena el mismo efecto que si el niño hubiera abofeteado á su madre y ella le hubiera reído la gracia.

¡Aquél pobre Marcelo murió á la edad de catorce años, y creo se puede añadir: afortunadamente para su madre!

La otra debilidad es atrincherarnos en la loca excusa de decir: ¡Son tan niños todavía!

¡Error grandísimo! Estudiad un poco á ese niño, y quedaréis pasmados de los instintos que empiezan á brotar en su tierno corazón. Convento en que solamente serán germen pequeñísimo, ó como briznitas de yerba que apenas se ven á flor de tierra. Mas no importa. En cuanto reparéis en ellas, arrancad esas yerbas, ¡matad ese germen!

Porque habéis de saber que el niño—casi temo lo que os voy á decir—el niño lleva en

sí la semilla de todos los crímenes; miente, roba, es cruel, la ira le pone fuera de sí, es un tigre y tiene yo no sé qué especie de necesidad de obrar mal y de tratar mal á los débiles; digo á los débiles, porque con los fuertes... no se atreve, tiene miedo, se retira y se echa en el suelo como el perro cuando le castiga su amo. Y todo esto que acabo de deciros parece brotar espontáneamente de ese corazón á causa de cierta especie de perversa semilla dentro de él escondida... Y si así es, ¿permitiréis insensibles su desarrollo? ¡Por Dios, no!... ¡Arrancad, como os decía poco ha, esas malas yerbas, y matad cuanto antes tan maléficos gérmenes!...

Dios me guarde, Señores, de decir por eso que ese niño sea ya un gran criminal, merecedor de algún presidio ó de ser destinado á trabajos forzados; pero sí diré que se deben prever con mucho tiempo tan tristes consecuencias. Además, aunque no ponga yo en la misma línea de criminales á Jack el destripador y al niño que se divierte con poner colas de papel á las moscas, afirmo, no obstante, que la madre que vea á su hijo martirizar á un animal, aunque sea una mosca, y no le reprenda ni se lo afee, no cumplirá ciertamente ó no entenderá los deberes de madre.

---

Necesita, por último, la madre, lo que podría yo llamar ciencia de la reprensión y del castigo; y para poseer debidamente esta ciencia, son necesarias la calma, la moderación y la entereza.

Debe tener la madre calma para corregir, porque la corrección ha de proceder de la razón tranquila y serena, no de la razón alborotada ó guiada por la pasión. ¿Quién no ve los fracasos á que se expone el que se deja llevar de la ira ó del temperamento en sus castigos ó amenazas, á veces ridículas? Y tened en cuenta que el niño tiene gran habilidad para conocer el flaco de cada uno ó su lado ridículo.

Me acuerdo de un antiguo inspector mío, hombre verdaderamente maestro en el arte de enseñar jóvenes y cabezas calientes, el cual siendo yo destinado para este difícil y espinoso cargo, solamente me dió este consejo: «Padre—me dijo—nunca os enfadéis, ó á lo menos nunca lo manifestéis». Vosotras, madres, no tenéis perfectos ó maestros de disciplina, pero os aseguro haber visto á una madre llevar una pulsera en la cual se leía claramente esmaltada en azul esta palabra: «¡Calma!» ¡La pulsera, con ser de plata, valía por esto solo un tesoro!

Ha de tener la madre también moderación para castigar. Padre, me diréis, eso es lo más elemental de la ciencia; mas yo os contesto que

no hay cosa que más falte en los castigos ó repreciones, que la moderación y la equidad. Porque, generalmente, ó no llega ó excede á la gravedad de la falta cometida el castigo impuesto, y en ambos casos, como veis, se falta al fin que se pretende. Es menester que tenga proporción el castigo con la falta.

Ocurre á veces que un niño da en un momento de rabieta un puntapié á su criada, y la madre para reprenderle da un grito de más alto ó más bajo diapasón, y dice: «¡Alberto!...» y se da por satisfecha. Mas al poco rato de esto, enredando, sí, pero sin querer, derrama el mismo niño sobre el tapete del escritorio el tintero, y adiós... aquí es ella... Alberto tuvo que sufrir una zurra soberana. ¡Injuriar y maltratar á una criada, pases!... pero ¡derramar un tintero!...

Por último, ha de ser inflexible la madre y mostrar entereza para el castigo.

Estaba yo de tertulia una noche en casa de un amigo mío, y mientras él, su esposa y yo conversábamos junto á la chimenea, sus dos hijos se entretenían al extremo de una mesa en reformar los adornos de un rompe-cabezas. Mas he aquí que á Juanito le dió por mortificar á su hermanita, y como su madre lo observase, le dijo con voz delicada y fina: «¡Juanito!...»

Á pesar de ser llamado al orden, al cabo de

poco rato volvió Juanito á su tema, y la madre subió la escala, y dijo: «Juan, ¿te quieres estar quieto?» Mas por tercera vez comenzó Juanito, y entonces le amenazó su madre diciendo: «Si no te estás quieto, te voy á llevar al cuarto oscuro».

Mas ni por esas. Juanito seguía con su capricho. Así es que ahora tuvo que salir á escena su padre, el cual con voz severa dijo: «¡Juan!...» y fué repitiéndose la serie de preguntas y amenazas de la madre, y la de respuestas del hijo, hasta que, finalmente, exclamó el padre: «Juan, si no te estás quieto, yo mismo te llevaré al cuarto oscuro». Pero su voz varonil y seca, no alcanzó más que la tierna y fina de la madre.

Viéndose vencidos uno á uno, comenzaron á obrar juntos, y como cansada la hermanita de sufrir las molestias de su hermano se echase á llorar, cogió de un brazo á Juanito su padre, el niño aseguró llorando que no lo volvería á hacer más... se revolcaba por el suelo... y aquello fué un alboroto infernal entre el chico que lloraba y pateaba, la madre que reñía, la niña que se escondía detrás de la madre, y el padre que soltó la bomba final exclamando: «¡Oh, qué criatura; nos va á matar á todos á disgustos!...» «¿Qué he hecho yo, Dios mío, para tener un hijo como este?» continuó la madre, y mientras

que ambos se lamentaban de esta manera, Juanito se levantó, y poco á poco se fué acercando á su hermanita para pellizcarla otra vez.

Yo salí de esta visita exasperado de ver á estas potencias de aquella casa, padre y madre, no solamente derrotadas, sino hasta satisfechas de haberlo sido por la flaqueza de un niño, tenaz á causa de las victorias obtenidas.

¡Señores, Señores!—decía una vez un maestro á los niños que estaban en completo desorden.—¡Señores, voy á tomar medidas tremendas!... y el pobre todo lo reducía á exclamaciones de este género. Antes de un mes, los chiquillos saltaban por encima de tan tremendo maestro.

No puedo, en el tiempo brevísimo de que dispongo para hablaros, dar un tratado completo de educación; bien lo comprendéis. Pero hay un libro, obra de quien quizás pueda ser llamado primer pedagogo de nuestros tiempos, Mgr. Dupanloup. Leed ese libro, y meditad bien sus páginas, que me atrevo á afirmar que no encontraréis guía ni más seguro, ni más breve, ni que con más rectitud os lleve al deseado fin de la sana educación.

Pero no obstante tan buen guía, vuestro corazón puede separaros del recto camino.

---

¡El corazón, el corazón!... ¡el amor!

«Aun cuando tuviese el dón de profecía— dice San Pablo— y conociese todos los misterios y todas las ciencias, y aun cuando fuese mi fe tan grande, que con ella trasladase los montes, si no tuviese caridad, sería nada».

Palabras gravísimas y sentencias profundas que me atrevo á aplicar á la educación moral del niño. Porque ni el talento, ni la ciencia, ni la energía harán sin amor cosa que valga algo en la educación del niño; es absolutamente necesario el amor. Por esto no son suficientes para la educación las personas extrañas, y con ello vuelvo al objeto principal de mi discurso. No tienen cariño, no tienen amor, no tienen caridad estas personas: el padre y la madre del niño sí, porque solo ellos saben amar. Los demás valen tanto, cuanto vale el amor que á los niños manifiestan.

Y á propósito, fijaos bien en las propiedades señaladas al amor por el Apóstol: «Es paciente— dice— dulce, no obra mal, ni con violencia; no tiene ambición, ni busca su interés propio; no se irrita, no piensa mal; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo lleva á bien».

Este amor podéis pedirle á cualquier madre cristiana de veras, y le encontraréis, porque le tiene profundamente grabado en el corazón; y

ora enseñe, ora reprenda, sea que se muestre severa, sea que llegue hasta el castigo, siempre dará á conocer en su acento las vibraciones de la ternura maternal, y en sus más amargas palabras una dulzura incomparable.

Y en todas estas manifestaciones del amor de su madre verá claramente, ó á lo menos sentirá en su interior el niño, cómo aquella voluntad que á la suya se impone, que la sujeta, la tuerce, la vence y la mata, es, á pesar de todo, voluntad amorosa, tierna y constante. En el acto quizás se irrite, quizás llore y, si queréis, puede ser que se rebele; pero más tarde, cuando se encuentre tranquilo, veréis cómo bendice á la madre que le reprendió y aun le castigó.

Un escollo hay, por parte de la madre, en el cual puede chocar el amor; y es tan peligroso, que no dudo en manifestarle, quiero decir, que el amor la ciega acerca de la necesidad de emplear la fuerza en la educación del niño.

---

Nunca jamás he montado yo á caballo; toda mi ciencia de cabalgar se reduce á haber dado algún que otro paseo sobre humilde rocín; así es que no entiendo jota de equitación ni de manejar las riendas de animal tan noble como bravo. Mas he oído decir, que cuando le quiere

domar el jinete, cueste lo que costare, entendedlo bien, cueste lo que costare, ha de rendir al caballo y no permitir que se salga con la suya.

Y yo me acuerdo de haber visto muchas veces á un caballo detenerse solamente por el ruido de algún tambor con que se entretenía cualquier chico de la calle, ó por un montón de paja, ó por cualquier pedazo de tapiz colgado de una ventana y que á sus ojos parecía un fantasma, y le he visto pararse y dar resoplidos y encabritarse y volver rápidamente hacia un lado ó á otro, y, por fin, huír á más no poder. He visto también cómo entonces el jinete le vuelve al lugar ú objeto, causa del espanto, le acaricia suavemente por la crin y le va poco á poco acercando al objeto hasta ponerle junto á él; mas entonces el caballo se encabrita, y sin que la brida ni el freno le contengan, se vuelve y echa á correr por segunda vez. No cede por eso el jinete, antes comienza de nuevo su labor y la repite tres, cuatro y veinte veces si es necesario; después de las caricias usará el látigo y la espuela, y se la clavará, si lo necesita, en los ijares, con tal de que el caballo ceda; y el caballo no tendrá otro remedio que ceder, y cederá.

Este espectáculo siempre me ha parecido curioso é interesante.

À mí también me ocurrió un caso semejante con mi jumento, solo que se plantó de tal manera, que quedó como clavado en el suelo con sus cuatro patas, y por más que yo gritaba y le castigaba, no conseguí que se moviese, pues con las orejas gachas permanecía firme como una roca. Si yo tiraba ó le daba de palos, él levantando las ancas me hacía apear por las orejas, y entonces, con cierta mirada de desprecio, se complacía en verme rodar delante de él... ¡Qué humillación sentía yo en semejante caso! Pero ¿qué podía yo hacer para remediarlo? ¡Apenas tenía yo diez años, y naturalmente podía más mi jumento que yo!...

Señores; en la familia, el padre y la madre representan la majestad inviolable, la autoridad, el poder, el derecho; y el hijo la sumisión, la obediencia, el deber. Es menester, por tanto, que ceda el hijo, cueste lo que cueste, y si cien veces hay que corregirle y enseñarle, cien veces ha de ceder.

Sería verdaderamente cosa para reir, si no fuera tan funesta para la educación de los hijos, oír á un padre ó á una madre exclamar como fuera de sí: «¡Tengo un hijo, tengo una hija, tales, que no los puedo sujetar. No he visto cabezas más duras que las suyas; nadie puede traerlos á mandamiento, nos van á volver locos!»

¿No es verdad, Señores, que es esta la historia de mi jumento?...

Yo á lo menos tenía la disculpa de mi corta edad; pero, ¿vosotros?...

Que un jumento lance por las orejas á un muchacho de diez años, ¿á quién llamará la atención? ¡Pero que un chicuelo ó un *bebé* vea poco menos que rodar por el suelo á su padre y á su madre y casi pedirle perdón para que no llore y se contentel

¡Ah, eso no debe ser!

¿Qué os falta, pues, para sujetar á vuestros hijos, por traviosos que sean?... ¡La fuerza! pero la fuerza tranquila, serena, que sin irritarse se impone, y sin condescender se robustece. Es como el jinete que lleva y trae á su corcel tres, diez, veinte y más veces al mismo punto sin cansarse, hasta que logra vencerle. ¡Es menester que ceda el niño! Sí, de grado ó por fuerza tiene el niño que ceder ante su obligación y doblegarse á la voluntad de sus padres. Así lo exige á todo trance la educación. ¡Si, por el contrario, sois vosotros los que cedéis y os doblegáis á la voluntad del niño, vuestro pleito está perdido!...

¿Y sabéis por qué os detenéis y por qué os veis como sin fuerzas cuando tratáis de educar á vuestro hijo, y, por tanto, sabéis por qué se

perderá ese vuestro hijo que decís no poder educar? Pues porque no podéis, mejor diré, no sabéis resignaros á verle sufrir. ¡Oh!... ver llorar á mi hijo... ¡Angelito de Dios! ¡Oh! quitarle ese dulce ó esos juguetes; ¡si le gustan tanto, si se divierte tanto con ellos! ¿Encerrarle á solas en un cuarto oscuro? ¡Si tiene tanto miedo! ¿El látigo, la vara?... ¡Oh, eso es horrible! ¡Pegar á un pobre niño!... ¡No, antes morir!

Con todo lo cual daréis pie á ese niño, que oye tal lenguaje, para convertir en un infierno la casa, y ser la mayor calamidad de una familia, como lo es un hijo mal educado.

Bien sé que lo que os he dicho y voy á repetir es contra las ideas generalmente recibidas hoy, pero no por eso dejaré de decirlo. La razón y mi deber me obligan á ello, y vosotros lo necesitáis.

Es menester que el niño ceda. Solo que si cede fácilmente á vuestras indicaciones, no empleéis sino indicaciones de vuestra voluntad; si cede con dulzura, no uséis sino la dulzura; si cede á la razón, usad la razón. Pero si á estas cosas no cede y se muestra rebelde, usad la privación, y ved si con ella le vencéis. Quizás con ella le hagáis ceder. Que no cede sino al látigo? Coged el látigo y no retrocedáis por tener que azotar á vuestro hijo, para que vuestro hijo

ceda y aprenda á vencerse y á obedecer. Enrique IV fué azotado, y muchas veces; y eso no le impidió representar bien su papel en el mundo. Luis XIV fué también azotado... y no por eso dejó de ser lo que fué. ¡Toda la alta sociedad francesa del siglo XVII fué educada bajo la férula de sus maestros, y me parece que no se avergonzará de aparecer ante la del siglo XIX!

Fijaos, si os place, en Inglaterra. Actualmente se da allí la educación con la vara en la mano; y ¿carece, por ventura, el inglés de carácter, de energía y de grandeza? ¿Ó es que tenemos más carácter, más energía y más nobleza nosotros por habernos educado castigándonos solamente con que aprendamos de memoria trozos de Cicerón ó de Virgilio?

Mas, permitidme insistir por última vez. ¡Qué educación tan muelle, tan afeminada y tan sin vigor estamos contemplando en nuestros tiempos!... Con tanta pluma, tanta pomada, tanto merengue y tanto malvabisco y con toda esa sensiblería ridícula, decidme, ¿no es verdad que allá en nuestro pecho de hombres se va formando un corazón tan por extremo débil y afeminado que ninguna mujer lo querría para sí?

«Curtid á ese vuestro hijo con el frío y con el calor, con el viento y con el sol, con las cosas prósperas y con las adversas, que todas debe

despreciar; quitadle ese regalo y esa exquisita delicadeza que observáis en el vestido, en el descanso, en la comida y en la bebida, y acostumbtradle á todo, para que no salga un joven remilgado y enclenque, sino sano y vigoroso». Son palabras de Montaigne.

Mas no sucede así, antes no acertáis á negar nada á vuestros hijos. ¿Creeréis, por ventura, que no habrá más adelante muchas cosas á las cuales tendrán que renunciar mal que les pese?

No os atrevéis á molestar con nada á vuestros hijos, ¿y creéis que por eso no tendrán que sufrir para cumplir con su obligación? No tenéis valor para verlos llorar ó padecer. Pero ¡Dios mío! ¿no es la vida del hombre vida de lágrimas y de padecimientos? ¿No es esta vida la que habéis de enseñar á vuestros hijos desde su más tierna edad?

Abro la sagrada Biblia, ¿qué encuentro allí? oíd con atención lo que os voy á leer: «Quien ama á sus hijos, no se cansa de corregirlos, y así encontrará su felicidad en ellos cuando muera, y no los verá mendigar de puerta en puerta. (Eccl. XXX, 1.)—Acostumbrad á vuestros hijos desde su juventud al yugo de la obediencia. (Eccl. VII, 25.)—No es amar al hijo, ser corto en los castigos. (Prov. VIII, 24.)—Castigad á vuestro hijo sin desesperar nunca de la enmien-

da, pero no de modo que le deseéis la muerte. (Prov. XIX, 18.)—El caballo no acostumbrado al freno se hace indomable, y el niño abandonado á sus caprichos no conoce ningún freno. (Eccl. XXX, 8.)—Halagad á vuestro hijo, y no tardaréis en espantaros de él. (Eccl. XXX, 9.)—Doblegad su cerviz, y sujetadle mientras es niño, no sea que se endurezca y no os crea y sea amargura para vuestra alma. (Eccl. XXX, 12.)»

¡Bien sé yo, Señores, que todas estas cosas cuestan mucho y se hacen muy duras al corazón de una madre!... y precisamente por eso vengo encareciéndoos la necesidad de carácter y de energía en el corazón maternal.

«¡Hijo mío—solía decir Blanca de Castilla—más quisiera verte muerto, que manchada tu alma con un pecado!» Bien sabéis vosotras qué cruel martirio sea para una madre ver morir á su propio hijo, y cómo su corazón se desgarrar y su alma se parte con tal muerte... ¡Sin embargo, esta santa madre prefería esto á ver un pecado en su santo hijo!...

---

Al calor del bendito y amante y esforzado corazón de su madre, el niño se ha ido desarrollando en cuerpo y alma: su entendimiento va descubriendo nuevos horizontes, y su voluntad

afirmandose cada día más en el bien, aquel niño ya es un hombre.

No importa, con él va su madre también y con él debe ir. Pero por una transformación maravillosa de su corazón, podría decirse que la madre desaparece ó se oculta, y solo aparece la amiga. ¡Porque ya no manda ni aconseja; ya no se impone á la voluntad de su hijo... únicamente pide, ruega, suplica!...

¡Ay, Señores, qué temible es esta transformación y cuán llena de peligros! Porque con ser amiga, no por eso ha de dejar el oficio de madre, porque no puede perder la corona de su autoridad y poder. Es reina que podrá inclinarse á veces, pero bajarse, ¡jamás!

Y, por otra parte, ¡cómo olvidar las primeras manifestaciones de esta nueva fase en que entra el cargo de madre! ¡Qué dulce se muestra entonces con su hijo ó con su hija!... ¡Qué recuerdos tan tiernos aquellas intimidades primeras entre la madre y el hijo, hechas allá un día ya lejano en medio de las tiernas flores del campo y bajo los primeros adornos con que se engalanaban los árboles de la campiña! «Dame, hijo, el brazo, que ya no eres niño: escucha y guarda lo que te voy á decir. Voy á explicarte lo que es la vida». ¡Qué bello era aquel lenguaje! ¡Qué dulzura penetrar tan adentro en aquella

región de santo amor y sentir tan cerca del nuestro su corazón materno!

Dios ayuda visiblemente en estos sublimes momentos á la madre dándola inspiraciones profundas y luminosas, y ora con un gesto, ora con una sonrisa, y á veces hasta con una mirada, da la madre á conocer sus íntimos pensamientos y hace vibrar las fibras más tirantes del corazón de su hijo con tal fuerza que, por muchos años que viva el hijo, jamás ni por nada se borrará aquel gesto, aquella sonrisa, antes permanecerá siempre en el alma del joven con el mismo brillo y con la misma energía que tuviera cuando por primera vez se imprimió.

Creedme, Señores: cuando el joven se da cuenta de su edad, y se siente impulsado por las fuertes pasiones que entonces comienzan á hervir; cuando, como el fogoso corcel que, desbocado, ensangrentados los ojos y dilatadas las narices, va corriendo derecho al precipicio, vaya y se lance á una vida llena de peligros y de abismos que le llaman, atraen, encantan y seducen, ¿quién os parece que le parará? ¿quién creéis que le calmará? ¿quién le evitará la caída? ¿quién, si cayere, le levantará? ¡Nadie mejor que su madre!...

Cuando este infeliz se vea en el abismo, y ya como furioso no haga caso de nadie en el mun-

do, ni escuche los gritos de su conciencia, ni atienda al respeto, ni al honor, ni al pudor...; que hable su madre, y de seguro será oída; que le mire su madre, y, cierto, á imitación de Pedro en presencia de Cristo, el hijo bajará la cabeza y llorará. Vosotras, oh madres, ¿aspiráis á encadenar jóvenes díscolos é indómitos? Pues formad con vuestros brazos una lazada y estrechadlos fuertemente sobre vuestro corazón.

---

Pero, ¡ay, Señores, qué sacrificios exige Dios de las madres! En esta época de la vida de su hijo, en que con más ahínco y mayor necesidad se entregan por completo y sin reserva á su hijo, es cuando precisamente tiene que prepararse para la prueba más terrible de su corazón, para separarse de su hijo ó de su hija. ¡Dios lo ha dispuesto así!

Esa madre que ha estado amando con tanto cariño á su hijo y que ahora más que nunca necesita ser amada de él, tiene, por ley de naturaleza, que dejarle abiertas las puertas de la casa para que se marche.

Porque van á cruzar por delante de los ojos de su hijo ó de su hija nuevas y encantadoras apariciones. Con ellas se conmueve ese corazón inexperto; tiembla fascinado el joven por

una nueva pasión que en su interior comienza á sentir, y entre turbaciones y encantos, entre dulzuras y sinsabores que le preocupan sin cesar... se admira, se turba y se estremece, porque entiende con cuánta violencia le arrastra para sí el nuevo conquistador, y con cuánta suavidad le desprende de lo que tan fuertemente amaba hasta ahora... ¡Ven!... ¡Ven!... ¡Sígueme!... ¡Deja á tu padre y... á tu madre!... ¡Ven!... ¡Soy yo!... ¡tu felicidad!

En las antiguas leyendas... se dice que allá por la noche, bien adentro de misteriosos bosques, habitan unos fantasmas, dedicados á llamar y atraer hacia sí á los niños; y tienen tan dulce la voz, que con sus armoniosos cánticos consiguen maravillosamente sus intentos. ¡Oh!... cómo estrechan las madres á sus hijos cuando les cuentan estas leyendas. «¡No atiendas, hijo, á lo que te diga—dice para quitarle el miedo la madre—es un mágico encantador pero cruel, que mata á todos los niños...; no hagas caso cuando te llame, no dejes entonces á tu madre!...»

Pero, ¡ay!... ¡Así lo pide la vida, así lo exige la naturaleza! ¡Las madres, después de tanto amar, se encuentran solas en sus casas!

Y vedlas; han conocido, tal vez con mucho tiempo de anticipación, lo que pasaba por su hijo ó su hija; que aquello no tenía remedio,

que les habían robado el corazón, y que aquel hijo tan querido se apartaría de ella y se saldría de casa para siempre; que no encontrando toda su satisfacción en el corazón de su propia madre, había de amar además á otro corazón y apasionadamente. Más aún añadiré. Han visto muy bien las madres que esa persona extraña, robadora de corazones, se llevaba el de su hijo, y si acaso, por un momento, han sentido una sacudida de la naturaleza contra ese atentado á los derechos de madre, ó si han experimentado los celos, implacables torcedores del corazón... ¡ah! ¡qué pronto se han repuesto de esa rebelión natural, y qué pronto se han ofrecido é inmolado como víctimas, diciendo: «¡Anda, hijo mío, anda! ¡Sí; deja á tu madre, y vete en busca de tu suerte! ¡Anda, vive en paz y sé feliz, hijo mío! ¡sé feliz, hija mía!

¡Hijos é hijas que acudís al templo á implorar de Dios la bendición nupcial! ¿Sabéis cuál sea la razón de temblar vuestras madres al daros el abrazo de despedida? ¡Es que se ha dividido en dos partes su corazón, y tratan de ocultaros la sangre que de él está manando!

Es cierto, Señores, que entre los robadores de corazones que van pasando por vuestros hogares y llevándose los corazones de vuestros hijos ó hijas, pasa de cuándo en cuándo Jesu-

cristo, y dice: «¡Ven, sacerdote mío, ven: deja ahí á tu padre y á tu madre, y sígueme! ¡Ven, casta esposa mía, ven: deja en tu casa á tu padre y á tu madre, y sígueme!»

Pero no es menos cierto, yo bien seguro estoy de ello, que aun entonces las pobres madres exhalan los mismos suspiros de dolor: «¡Hijo mío, hija mía, no me abandones, no te separes de tu madre!» ¡Solo que, si son cristianas las madres, saben vencerse y sacrificarse, porque su fe es más fuerte que su dolor, y su fe las enorgullece santamente y las consuela; que singular consuelo es estar seguras de que á sus hijos ó hijas nada del mundo los ha de esclavizar, ni tocar, ni manchar, y que si se han separado de su madre, solo serán de Dios y solo vivirán para Dios!

---

Parece que con esto se ha acabado el oficio de la madre. Así es, Señores. ¡Desde ahora desaparece la madre, pero es para dejar lugar y hacer sitio á la figura venerable y dulce de la abuelal...

¡Cuadro tierno y cariñoso es, sin duda ninguna, ver á una madre estrechando entre sus brazos á su pequeñuelo, y solazándose con sus infantiles gracias; pero más hermoso quizás sea

el espectáculo de la abuelita acariciando en su regazo al nietezuelo, al hijo de su hijo!... ¡Cómo se rejuvenece su corazón! ¡cómo reciben nueva vida sus ojos, nueva gracia sus palabras, sus gestos, sus acciones todas en tratándose del nieto! ¡En su memoria renacen las caricias antiguas, en su corazón resucita el primitivo amor y en sus labios aparecen sonrisas ha tiempo desvanecidas!... Le contempla embelesada y... «¡oh! ¡qué hermoso es!» exclama. Y después, en fuerza de yo no sé qué secreto amor propio, parece oír allá dentro este otro grito: «¡Á su edad, era aún más hermoso su padre!...» Y parece muy natural; porque si fuésemos á creer á las abuelas habría que convenir con ellas en que cada vez vamos de mal en peor. ¿No es propiedad de los ancianos ver en lo pasado bellezas que ni en lo presente se tienen ni en lo futuro se vislumbran?

Queda pues aún, Señores, la abuelita como consejera augusta y constante del niño. En sus venerables canas tiene asiento la sabiduría y quizás hayan dejado la experiencia y el conocimiento de cosas y personas alguna sonrisa de desilusión en sus labios... No importa, hijo mío, escúchala y obedécela, porque conoce bien las cosas y te ama de veras.

«Hijo, honra á tu padre; pero no olvides los

gemidos de tu madre. (Eccl. VII, 29.)—Cerca á tu madre de respeto y de honor en todos los días de su vida, y no olvides cuánto ha sufrido por tí cuando te llevaba en su vientre. (Tob. IV, 2.)—Si honras á tu madre, amontonas tesoros en tu corazón. (Eccl. III, v.)—Las casas de los hijos se levantan con la bendición del padre... pero ¡ten cuidado! con la maldición de la madre se arruina hasta el cimiento. (Eccl. III, 11.)»

Y ahora, después de lo dicho, ¿qué restará?... Lo que en todas las cosas, la muerte. La madre tiene que morir; pero así como su vida ha sido toda de amor, así acabará también por amor. La última palabra y el último gesto, el último aliento será de amor para bendecir á sus hijos y á sus nietos, á su sangre propia y á la sangre de su sangre...

Cierta madre se hallaba próxima á la muerte... Su hijo, que estaba ausente y muy lejos, acudió á recibir los suspiros de la madre, y preguntándola los médicos: «Señora, ¿sufrió mucho?» contestó, estrechando entre ambas manos la mano de su hijo: «¡Ahora ya no... porque le tengo aquí!»

Mas después de la muerte, Señores, es aún indeleble el recuerdo de las madres... Podremos decir que la madre no muere, porque está siempre en medio de la familia, siempre velando por

la vida de sus hijos, y siempre acudiendo en su defensa. Cuando el hijo se ve sumido en la tristeza, ¡cómo alienta su corazón el recuerdo de la madre, y cómo la invoca en medio de sus triunfos y de sus alegrías, queriéndola asociar á su dicha!

Había perdido un hijo en sus primeros años á su amada madre. No la tuvo á su lado cuando se presentó en el altar acompañado de su futura esposa, y salió del templo con la bendición de Dios, pero sin la de su madre. Acabado el viaje de costumbre después de las bodas, comenzaron las visitas de tradición y de etiqueta. «¿Me permites —dijo él— elegir la primera visita?» La nueva esposa accedió... Entonces se fueron al cementerio... «¡Allí descansan sus restos!» dijo él señalando á la tumba de su difunta madre... Al punto se puso de rodillas la esposa, y con fervor y cariño rogó brevemente por la desconocida. Acabó sus oraciones, y respetuosamente inclinada sobre la lápida, la besó con prolongado beso. Cogiéndola entonces de la mano el esposo, con voz entrecortada por la emoción, dijo: «¡Margarita, te juro que te seré fiel eternamente!»

¡Señores! ¡Qué bien asegurado está el pacto que sobre el sello de Dios lleva el sello de una madre!

---

Ya es hora de acabar, Señores; y voy á hacerlo, pero ¡ay! que siento que sea sin haber dicho nada, porque no he dicho nada de la vida de trabajos, de abnegación, de sacrificios, de alegría también, ¿por qué no decirlo? ¡pero de alegría mezclada con tristeza y dolor, que lleva siempre consigo la vida de una madre! Nada he dicho de esa vida en que los pensamientos todos del día y los sueños todos de la noche van sin cesar hacia el hijo; de esa vida que va poco á poco gastándose en bien del hijo, y que no tiene momento que no sea para él. Y, sin embargo, así ha de ser la vida de la madre si es verdadera madre.

¿Qué?—paréceme que os oigo decir llenas de espanto.—¿Qué, no ha de tener, según eso, la madre ningún tiempo para sí?

—Así es: el tiempo que ella tenga, para sus hijos ha de ser.

—Pero entonces... ¿se acabó ya para ella el mundo?

—Sí; su mundo es ya vivir con sus hijos.

—Pues... ¿y las fiestas... y las diversiones... y los gustos?... ¿Ha de renunciar la madre á ellos?...

—Verdad. Porque sus fiestas y sus diversiones han de ser sus hijos.

—Luego ser madre es ser esclava.

—Es cierto; ser madre es ser esclava.

Gounod ha compuesto una melodía sublime con el título vago de: *Caed, alas mías*, y lo que en esa obra dice y canta, lo he visto yo muchas veces y lo podéis vosotros ver también.

Las hormigas hacen su viaje de boda por los aires con el auxilio de sus finísimas é irisadas alas, y á su vuelta se posan en el suelo; y es cosa digna de ver cómo á fuerza de mover sus patitas por una y otra parte, van cogiendo una á una las alas, y como si fuese su cuerpo un árbol tierno, le van quitando todas sus ramas y raíces; y así, despojadas de estorbos entran sin dificultad en el hormiguero para no salir jamás de él.

Desde este momento son madres.

Es lo que falta á muchas de las madres de nuestros tiempos. ¡No saben arrancarse las alas!...

Sé que cuesta mucho, porque sé cuánto cuesta cumplir cada uno con su obligación. Pero tened entendido, Señoras, que solo por este precio conseguiréis que vuestros hijos sean hombres y cristianos, y solamente así seréis madres en todo el rigor de la palabra.

¡Arrancaos las alas!...

Bien veo que al hablaros de este modo voy contra la corriente, la cual, sin importársele

nada cuanto yo diga, seguirá su curso; pero con hablaros así, yo descargo mi conciencia, y me basta.

Se me dirá que es un absurdo intolerable eso de condenar á las madres á no abandonar nunca la alcoba, el aposento ó la casa de su hijo, y que ya está recibido y unánimemente aprobado el que se diviertan también las madres, y sigan el mundo y tomen parte en las fiestas y placeres con que las invita una sociedad despreocupada. Me preguntarán con qué derecho he de prohibir á las madres lo que en todas partes se les permite, y añadirán que no hay cosa más inocente, ni más justa, ni más conforme á las prácticas de familias distinguidas y severas. Me dirán, en una palabra, que mi doctrina es la quinta esencia de un jansenismo intolerable...

Por Dios, Señores, que nada de esto me espanta. Acerca de las cosas recibidas y admitidas por todos en sociedad, tiene Champfort una frase tremenda: «Como esas cosas son propias del infinito número de que habla la Escritura, podría apostar doble contra sencillo que son otras tantas necedades». ¿Á qué, pues, detenerme en esto por más tiempo?

En cuanto á la completa inocencia de las tales diversiones, tan recomendadas y admitidas entre las madres jóvenes, no seré yo, cierta-

mente, quien diga lo contrario. No tengo yo voto en ello, y estoy dispuesto á declararme vencido por sus propios testimonios. Sin embargo, me permitiréis, para acabar mi discurso, contaros el apólogo siguiente.

---

Dormida desde mucho tiempo yacía en su sepulcro de piedra una anciana venerable, la abuelita Abdona, y sintiendo cierto día en sus fríos huesos un estremecimiento que los reanimaba para nueva vida, sacudió fuertemente la cabeza, se envolvió en la blanca mortaja que la cubría, y salió de la tumba y de la capilla.

Atravesando el parque en que estaba la capilla, fué derecha á su antiguo palacio, entró, y no fué vista de ninguno de cuantos allí estaban celebrando una fiesta muy principal. En las fiestas no se ve á los muertos.

Abrióse la puerta de un salón para dar entrada á una elegante dama cuyos vestidos crujían tanto, cuanto se ahogaba el rumor de sus pasos en la finísima alfombra. Mas detúvola la abuelita y la dijo: «¡Isabelita!... ¿Me conoces? Soy la abuelita Abdona...»

—No veo nada—contestó sin miedo Isabelita, porque había sido muy dulce la voz que

había oído — ¡pero conozco mucho tu voz, abuelita!

—Sí, yo soy tu abuelita, pichoncita mía, que así te llamaba yo cuando eras pequeñita, porque tu voz entonces tenía algo del tierno arrullo de la paloma. ¿Te acuerdas?... Pero, Jesús, ¡cuánto has crecido!...

—He hecho algo más que crecer, mamá querida; ¡me he casado y tengo tres niños guapísimos!...

—¡Ah, hijuelos míos!... ¿Dónde están? Dí, Isabelita, ¿dónde están? Quisiera verlos y darles mi bendición.

—¡Arriba están con sus niñeras, abuelita!

—¡Cómo! ¿con sus niñeras?

—Sí, con las niñeras — volvió á decir Isabel.

—¡Ah! ya entiendo — dijo la abuela, después de un profundo suspiro — y añadió: «Dame el brazo, pichoncita, que quiero verlos. Llévame donde estén».

Isabel sintió entonces en su brazo el peso y frío del de la abuela Abdona, con la cual fué recorriendo todo el palacio.

Lo que vió la venerable abuelita por aquellos suntuosos salones, lo que pudo observar en los vistosos invernaderos de raras y caprichosas flores, lo que admiró en aquellas praderas de finísima y corta yerba, en las cuales se halla-

ban recogiendo sus redecillas de juego ó sus raquetas los jugadores más retrasados, lo que vió por las interminables alamedas de aquel parque, cuya extraordinaria frescura y singular fragancia había atraído aquella noche mayor número de visitantes que de ordinario, lo que vió, en una palabra, durante esta visita, ni lo sé, ni lo pretendo saber. Es preferible ignorarlo.

Hizo muchas preguntas, pero lo que le contestó su nieta no lo quiero saber. Sus ojos hundidos en sus cuencas, y lucientes con las llamas de la muerte, todo lo miraban y registraban, y lo que los nuestros apenas si veían, los de ella, como más perspicaces y penetrantes, lo examinaban y sondeaban.

Aunque sostenida del brazo de su Isabelita, iba, no obstante, recelosa por todas partes, y encorvada con el peso de la muerte y envuelta en su mortaja, movía de cuándo en cuándo fuertemente la cabeza, en señal de desaprobación.

Isabelita, para defenderse, decía con la mayor persuasión: «Pero ¿qué mal hay en todo esto, abuelita? Puedo aseguraros que esas personas que habéis visto son todas ellas honradas y gente sin tacha. ¡Desgraciado el que piense mal de ellas! Porque se reúnen con la mejor intención y su trato es como de ángeles. Tan cierta estoy de esto, que me atrevería á apostar

cualquier cosa en su favor. Así que, abuelita, estáis en un error si pensáis mal».

¡La abuela seguía, no obstante, moviendo con signos negativos la cabeza!

—¿Y dónde están los hijos de estos señores? ¿ó, por ventura, no los tienen?—preguntó.

—Sí, abuelita, los tienen, pero los han dejado con las niñeras.

—¡Con las niñeras!... y se volvió á oír un suspiro profundo y prolongado.

—Vamos, Isabelita, hija mía, á ver á tus niños.

Isabel entonces llevó á la abuela por una magnífica escalera de mármol hasta la habitación en que estaban los niños, á los cuales como la abuela viese delante de sí, los contempló largo rato y con grande atención. Luego, con una sonrisa de tristeza y de compasión dijo:

—Pobrecitos... Pobrecitos niños... ¡qué frío tienen!...

—¿Frío?... ¿Qué decís, abuelita? ¿No veis que están bien abrigados y las chimeneas están ardiendo?

La abuelita se había acercado mientras hablaba á las cunas donde dormían, y poniendo le mano sobre el corazón de los niños contestó diciendo:

—Tienen frío, repito, estos niños; pero le tienen aquí.

Y después de estas palabras cogió del brazo á Isabel y, desandando lo andado, la fué llevando hacia el parque donde se hallaba la capilla y debajo de ella su tumba.

La abuela se volvió á echar en ella, cruzó los brazos sobre el pecho como los tenía antes, y dejando caer hacia atrás la cabeza: «Isabelita — dijo — siempre te he llamado «pichoncita mía...»; pero ya no puedo, aunque lo quiera... porque debo llamarte «¡Urraca!...» ¡No olvides, hija mía, que los niños tienen frío!»

Y la abuela Abdona se durmió para buen rato.

Isabel volvió del parque pensativa. ¡Urraca! — decía — ¡Urraca!... ¿Será verdad?... ¿Y tendrían de veras frío los niños?... ¡Ay, abuelita!...

---

En los salones de la casa continuaba la fiesta, y las madres seguían tan alegres divirtiéndose... ¡Por supuesto, muy honestamente!

A. M. D. G.





EGOÍSMO



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EGOÍSMO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

ES PROPIEDAD



Monseñor, <sup>(1)</sup>

SEÑORAS, SEÑORES:

**N**O lejos de mi pueblo natal y sobre una montaña aislada en aquella región de llanuras, hizo un antiguo Conde de Pamele, al volver de las Cruzadas, una ermita en honra y gloria de la Santísima Virgen. Con el tiempo ha llegado á ser esta ermita centro concurrentísimo de peregrinaciones, y no habrá en aquel pueblo ni en los inmediatos fiel cristiano que deje de visitar por el mes de Mayo este santuario de Nuestra Señora.

En su origen, la estatua que allí se venera, estuvo colocada en el camino sobre un cerezo

---

(1) Monseñor Du Rousseau, Obispo de Tournai.

silvestre, del cual ha conservado el nombre de Nuestra Señora del Cerezo.

Voy á deciros ahora brevemente cómo he venido á pensar en este santuario mientras trataba el plan de esta conferencia.

Entre los recuerdos de mi niñez hay tres que van siempre como asociados á la peregrinación de este santuario de María. El primero es, por supuesto, la Virgen; el segundo, las almendras y dulces que solían comprar las madres para sus hijos en aquellas tiendas improvisadas que, á manera de guirnalda, cercaban la ermita. Mas ninguna de estas dos reminiscencias se ha enlazado con mi asunto.

Pero recuerdo además que por todo lo largo del camino, empinado y tortuoso, había sentados al pie de los árboles infinidad de pobres, desaseados, de lo más bajo del vulgo, rotos, que á través de las hilachas y agujeros de los remiendos dejaban ver enfermedades repugnantes: ciegos, mancos, estropeados, con miembros retorcidos ó quebrados, de rostro desfigurado y purulento. Allí estaban aquellos pobres, sin moverse, repitiendo una y otra vez sin cesar con voz entre dolorida y gangosa las Ave Marías de un rosario sin fin. Nada pedían, y no hacían sino rezar con yo no sé qué sonsonete inimitable de lamentación que los unos tomaban de los otros; por-

que desde el principio hasta la cumbre de la montaña se oía el mismo lamento siempre, el mismo ¡ay! lento, nasal, soporífero. ¡Y qué contraste!... Por un lado, la naturaleza que venía á nueva vida con la frescura y lozanía de la primavera, y, por otro, todos estos desgraciados, cada año más consumidos y siempre con mayor desventura; por un lado, olorosas florecitas que íbamos cogiendo en los hoyitos al pie de los setos de espinos, y, por otro, heridas pestilentes y repugnantes; aquí, las avecillas que alegres cantaban; y allí, voces trémulas que entre gemidos repetían su interminable y angustioso rosario.

¡Oh triste y perpetuo rosario el de aquellos pobres!

Y esto es precisamente, Señores, lo que me ha llevado tan lejos... Sí, este rosario...

Porque vedme aquí, Señores, que hace ya mucho tiempo que yo también voy por el camino de la vida extendiendo mi mano y pidiendo una limosna para los pobres.

Todos los años vengo á ponéroslos delante de los ojos, para que todos los años los veáis, siempre los mismos, siempre harapientos, siempre sufriendo, siempre repugnantes; y si no es cuando vuelven las flores, ó cantan las aves en primavera, es cuando para vosotros se abren, quizá con más ansiedad y contento que nunca,

las fiestas de invierno, y cuando se renueva artificialmente vuestra vida mundana.

No me desaliento por eso, porque tengo en vosotros gran confianza y sé que vosotros nunca os cansáis de hacer obras de caridad.

Lo que sí me arredra, es que venga yo también con el mismo tema y con la misma canción de siempre.

He recorrido rápidamente lo que os he dicho en los años que han precedido, y he quedado sorprendido al ver que, aunque bajo diferentes formas, os he repetido muchas veces lo mismo. Y no es porque no tenga muchos puntos de vista la caridad... Tiene tantos como la miseria... ¿Y los de ésta, quién los podrá contar? Mas son todos ellos tan parecidos, que el uno se confunde con el otro y todos ellos al fin y al cabo nos enseñan siempre lo mismo, una lección de compasión y de sacrificio.

Por esto he querido yo hoy cambiar mi petición. Así es que no os hablaré de caridad. Mas como el entendimiento se dirige con gusto á los extremos, voy á encontrar materia para este discurso en el polo opuesto, quiero decir, que os voy á hablar del egoísmo.

No digo con esto que no sean las mismas de siempre las conclusiones.

---

El egoísmo es el amor de sí. Es exclusivo del amor de los demás, y con la idea de señalarle bien por medio de una desinencia común, han imaginado en nuestros días poner en frente de él una palabra que da miedo, enojosa, vulgar, propia, diríamos, de gente perversa, pero no menos favorecida de los filósofos; *el altruismo*.

Mas el altruismo no es sinónimo de caridad, sino solamente una de sus ramas, puesto que la caridad, tomada en toda la extensión y sentido cristiano, comprende el amor de Dios, el amor de sí mismo y el amor de los demás.

De lo cual resulta que hay un amor de sí mismo que forma parte de la caridad, lo que equivale á decir que hay un egoísmo bueno, laudable y hasta obligatorio.

¿Por qué no se había de amar á sí mismo el hombre, si Dios luego que le crió, hallándole conforme á su voluntad, le declaró *valde bonum*, en gran manera bueno?

Verdad es que vino la caída á deformar la obra del Criador; pero aun así y todo, quédale al hombre cierto fondo de bondad y sobre todo le quedan destinos nobilísimos, que le hacen digno de ser amado y de que á sí mismo se ame.

Y claro está que Dios quiere este linaje de egoísmo; le ha puesto en las entrañas del hombre como le ha puesto, bajo otro punto de vista,

en todo animal; solo que en éste es instinto ciego, impulso fatal, y en aquél es sentimiento reflejo y susceptible de regla y medida. Mas tanto en el uno como en el otro, ya sea instinto, ya sea sentimiento, se manifiesta como una ley muy principal de la naturaleza, que ni el hombre ni la bestia nunca jamás dejarán de cumplir.

Porque este egoísmo es, en efecto, la principal salvaguardia, la única, diría de buen grado, que el individuo tiene en sus luchas perpetuas por la existencia, y en las incesantes batallas de la vida.

La naturaleza no se preocupa por el individuo, vela por la especie; no se cuida de tal ó tal hombre, sino que su solicitud la extiende á la humanidad. Podríamos decir que hace al individuo, le infunde luego el egoísmo ó el instinto, y que después le deja en libertad, diciéndole: «¡Allá te las hayas!» ¡Sálvese el que pueda!

¡Despreocupación singular, que más que en ningún otro muestra la naturaleza en el reino animal! Porque al verse amenazada de un modo particular una especie cualquiera, nada hace para proteger al individuo: «¡Que muera!» dice; pero para salvar la especie, multiplicará sus vástagos con tal fecundidad, que parecerá mi-

lagrosa y los obtendrá á millones. ¿Qué la importará entonces que perezcan á millares? Aun así ya quedarán bastantes para semilla. ¿Quién no sabe esto?

Pues aunque no se vea tan claro, el mismo fenómeno se puede observar en el hombre. Todas las leyes supremas podrían darnos ejemplos de lo mismo, pero solo pretendo mostraros uno de tantos como se podrían presentar.

---

Una ley es, que filtrándose por las hendiduras de la roca que le abre paso, corra el agua por las sinuosidades y declives del terreno, rápida hasta el arroyo, del arroyo al río y del río á la mar. En virtud de esta ley, las evaporaciones oceánicas formarán las nubes, estas á largas jornadas se dirigirán hacia la tierra y dejarán caer sobre ella, unas veces gota á gota y otras á torrentes, la savia fecundante y la vida; la tierra volverá á cubrirse de frutos con que alimente á la humanidad, mientras que el agua de las lluvias volverá también á filtrarse por las rocas para volver á formar la fuente, y bajar al arroyo, y del arroyo al río y del río á la mar; y de este modo recorriendo sin cesar este círculo, pasará la vida á la fauna, de la

fauna pasará á la flora y de ambas á la humanidad, que es su término.

Ley ingeniosa, ley de vida, ¿no es verdad? Sí; pero ley es también la que desprenderá de los montes la avalancha que con saltos y botes lo destruye todo, ley es la que hincha el torrente y le lanza rompiendo diques, cascando como cristal puentes de granito, invadiendo nuestras moradas, creciendo y más creciendo en sus inundaciones siniestras. Hombres, mujeres, niños, todos con ella perecen, todos quedan ahogados, y sobre sus ondas van volteando y chocando unos contra otros, cual si fueran despojos del mar, los cadáveres en que se ha cebado su violencia... ¿Qué importa todo esto á la naturaleza? Ya quedará aún bastante para semilla.

Si me permitieseis una comparación vulgar, de buena gana os diría que la naturaleza es como esas máquinas enormes de transportes que tienen reglamentado el número, hora de salida y servicios, según la conveniencia general del público. Si os conformáis con sus exigencias, os sirven admirablemente y os llevan adonde queráis.

Pero intentad oponeros ó no acomodaros á los días ú horas de reglamento, y veréis cómo la máquina no se cuida de vosotros, atenta solamente á la masa. Al llegar el momento

señalado, tocará la sirena de sus navíos ó el pito de sus locomotoras, y echará á andar sin contar con vosotros y á pesar vuestro... y por más que protestéis y discutáis, no conseguiréis con vuestras palabras y con vuestras obras sino ponerlos cada vez más en ridículo.

Y si llegaseis á estorbar su marcha, á atravesaros en su camino, ¡desgraciados de vosotros!, porque como á individuo despreciable, como á unidad frágil, os atropellara y os destrozara.

Esa máquina se ha hecho para el servicio de todos... no para el vuestro particular; tiene, sí, cuidado de vosotros, como de una unidad fundida en medio de toda la masa, pero separados de la masa común, ¡no!...

¡Qué importa que mueran á millones! Ya quedarán aún bastantes para semilla.

---

No hay, repito, una sola ley de la naturaleza que no pueda ofrecernos el mismo cuadro sombrío y triste que acabamos de contemplar.

De modo que con toda la naturaleza ha de librar batallas el hombre, y para amarle bien y apercibirle bien, ha querido Dios que se ame á sí mismo. Pues qué, si el hombre no se ama se á sí mismo ¿creeríais que lucharía?

No, Señores. Aun amándose como ahora se ama, ¡cuántas y cuántas veces siente en su alma el cansancio de vivir! ¿No habéis visto en vuestra vida hombres ó mujeres infelices, nadando quizás en la opulencia, pero sufriendo los duros y continuos golpes de la desgracia y del pesar? Esas personas se han conservado bien tanto tiempo, y quizás valientes y animosas. Pero... ya es demasiado: la copa se desborda... ¡tan inundadas han sido por las aguas de la tribulación! Escuchad. Solo tienen una palabra, sincera sí, pero de aflicción: «¡No puedo ya más! ¡desearía tanto morir!...» Pues decidme ahora, ¿creeréis que esos hombres podrían aún luchar?... No; sin el amor que á sí misma se tiene el alma del hombre, tendría la muerte tal atractivo y tal encanto, que arrastraría al hombre, y el hombre la llamaría, la esperaría, la bendeciría, porque ella sería su fin, y su libertad «la gentileza del morir».

Notad aquí, que las almas piadosas que por amor de Dios llegan á depojarse del amor de sí mismas, aman la muerte y la esperan con reprimida impaciencia.

De modo que el hombre no lucharía, se dejaría llevar de las olas de la fortuna, como es llevada una caña por las olas del mar. Cualquier trabajo, cualquier progreso, cualquier des-

arrollo de la actividad humana quedaría muerto en su origen y como ahogado en la indiferencia perezosa de las almas que hubiesen, por ventura, llegado á conocer la gran miseria de las cosas humanas.

Ahora ved, si me prestáis vuestra atención, en qué manera ayudará al hombre su egoísmo.

Primeramente en su cuerpo.

---

El cuerpo del hombre es una máquina complicadísima que tiene como en reserva, cierta cantidad de energía almacenada. La consume con la vida; para vivir es, pues, preciso que la vaya renovando. De aquí se deduce la vulgarísima necesidad de comer y beber.

Debe luchar el hombre contra el calor, contra el frío, contra el viento, contra la lluvia, contra todas las inclemencias de tierra y cielo. Todas las tiene que sufrir, y le matarían si no cuidase de preservarse de ellas... Así es que procura ponerse en estado de defensa, y cubre su desnudez, y hace viviendas en las cuales jamás penetre el frío ó la lluvia, y con las cuales pueda, al abrigo de su sombra, evitar los ardores del sol ó disfrutar la frescura de las brisas. Y siguiendo por este orden hará el hombre por egoísmo lo que por su propio instinto la

bestia; ¡correr en pos de su presa, hacer su nido, su albergue!...

Y ved ya salir de aquí todo linaje de educación y de cultura y la manera de construir edificios. ¡Más adelante saldrá el comercio completo, transacciones entre las diversas partes del globo cambiando sus mercancías, la navegación, transportes rapidísimos, moneda fiduciaria, cambios, la arquitectura con todas sus maravillas, villas, ciudades y hasta me atreveré á decir reinos y naciones!... Ved, sobre todo, salir en pro de este cuerpo tan querido, médicos y medicinas. Si dudaseis de lo que acabáis de oír, os diría que consideraseis más esas almas que han despreciado este amor de sí mismo. Ved esos ancianos ermitaños y antiguos monjes: comen raíces, y les basta; van casi desnudos con un tosco sayo, y les basta; tienen por casa el hueco de una peña y por cama una esterilla en el duro suelo, y les basta.

Ninguno de estos hubiera pensado ciertamente en atravesar los mares para buscar los frutos de sus islas. Ninguno de ellos hubiese pintado para su cueva los adornos y la suntuosidad tan bien pensada de vuestros hoteles y palacios... No hubiera inventado la medicina aquel que de todo se había desprendido, y cuyo grito de aflicción va atravesando los siglos:

«¡Quién me libraré, quién me libraré de este cuerpo de muerte, cadena de pecado que ahoga mi alma!...»

La inteligencia del hombre se alimenta con la verdad, así como su cuerpo se alimenta con pan. Pues el amor de sí mismo le llevó á buscarla... Gozó con el conocimiento y quiso conocer aún más. Cada nuevo descubrimiento le enardecía, y buscaba cada vez más...; fué devorado por la sed de saber... y la ciencia le fué proveyendo del vino necesario para extinguir esa sed de su alma.

¡Pues ved también, Señores, cómo sale de aquí la inmensa enciclopedia de los conocimientos humanos, edificio que piedra por piedra han ido construyendo todos los siglos!... En esta llama se han inspirado todos los investigadores de todas las edades. ¡Las ciencias de la tierra y las ciencias del cielo, las ciencias de la materia y las de la vida... las ciencias del espíritu y las del corazón, todas han salido de aquí!...

No solamente la ciencia pura ó teórica, sino como vosotros sabéis, la ciencia aplicada ó práctica ha tenido este origen, lo mismo la del antiguo Tubal-Caín que descubre el arte de forjar los metales, que la del ilustre Pasteur que descubre en los seres infinitamente pequeños

el secreto é inmunidad de las enfermedades; lo mismo la de Adán que pone nombre á las plantas y á los animales, que la del astrónomo que á cada estrella señala un lugar en su mapa celeste para guía del marino á través del inmenso y oscuro mar.

---

Oigo que me objetáis: No tiene el hombre tanta hambre ni sed de verdad ó de ciencia que haya excitado á su egoísmo á llevarle tan allá y á tan grandes cosas... No le era menester tanto para su felicidad.

Confieso que la objeción tiene de suyo un fondo de verdad que desconsuela. Muchos hombres hay, en efecto, que en punto á conocimientos observan el ayuno más riguroso... y se contentan para saciar su hambre de ciencia con unas cuantas migajas recogidas de paso en el período de su vida.

Mas, á Dios gracias, semejantes hombres no representan á la humanidad en el espontáneo impulso de la naturaleza.

Apelo sobre esto al niño: nada ha depravado aún la ingenuidad de sus deseos... Pues bien, oídle preguntar el *porqué* de todo. ¿Por qué esto? ¿Por qué aquello? ¿Por qué lo de más allá?... ¡Ay! ¡y si fuera siempre el porqué de los botes

ó lanchas que se mueven sobre las aguas! Pero ¡cuántas veces os ponen en aprieto sus preguntas! ¡cuántas veces ponen de manifiesto sus preguntas vuestra ignorancia!... ¿Por qué es esto así? ¿Por qué esto otro? Bien sé que á la larga se calla el niño, desanimado por el mal resultado que con harta frecuencia tienen sus tentativas. Quizás también, porque comienzan ya á invadir ó á tomar posesión de su alma las preocupaciones ó deseos de acá abajo, y ahogan en sí los deseos inmateriales de allá arriba que le inspiraban las preguntas de su inteligencia. Entonces aparece ya el hombre de carne que más arriba me objetabais, ese hombre animal que, según frase de la Escritura, *animalis homo*, no percibe sino lo que se desprende de la tierra.

Nótase entre los salvajes cierto embotamiento progresivo de inteligencia; entre ellos el niño es de un despejo verdaderamente admirable; el adulto deja ya todo cuidado de cultura en cambio del alcohol y del vicio de la carne; se espesa cada vez más su cerebro y viene la *ankilosis*... Mas esto es normal, y no hay que cruzar los mares para contemplar este fenómeno... ¡Cuántos blancos hay que por los mismos caminos llegan á la negrura del etíope! Una palabra hay para señalarlos, baja, pero exacta: brutos. ¡*Animalis homo!* Mas no es de ellos de

quien hay que tomar los argumentos, porque esos ya no son hombres.

---

El amor de sí es el amor y el deseo del bien de todo el hombre completo, no solamente del cuerpo sino también del alma; y el bien del alma sabéis que es la verdad.

Lo que al hombre tienta no es solamente una fruta. ¿Creéis de veras que se hubiera dejado seducir Eva por una manzana? No; sino que detrás de este sabor que la atraía había una tentación más elevada; ¡la ciencia! Era también solicitada el alma, y lo era más aún que los labios: «Seréis como dioses, conoceréis la ciencia del bien y del mal, sabréis el secreto de todas las cosas. *Eritis sicut dii, scientes bonum et malum*».

Así es como, aguijoneado el amor que nos tenemos por la necesidad de la lucha y por el deseo del bien, motiva en el hombre todos sus progresos. De modo que, como ya lo he dicho antes, es bueno, legítimo, laudable, y le debemos mucho para que dejemos de bendecirle.

Mas prosigamos.

He dicho del egoísmo cuanto bueno tenía que decir de él; y ahora me considero ya en mejor disposición para mostraros cuán sobre-

manera le ha pervertido el hombre, que ha hecho de él una cosa aborrecible y vil, en el lenguaje y en el pensamiento de los hombres.

---

Tal cual Dios le quería, era el egoísmo un instrumento de armonía; mas el hombre le ha torcido y ha hecho de él un instrumento de todo desorden. El egoísmo había de lograr que en el mundo reinase el equilibrio y la paz, y el hombre se ha dado tal maña, que con el egoísmo ha preparado todos los trastornos y todas las guerras; él había de levantar al alma á las mayores alturas y resplandores, y el hombre lo pone al nivel de todas las bajezas y miserias.

Ha hecho el hombre del egoísmo lo que de todas las pasiones; depravarlas.

En este amor de sí mismo, ha pasado, en primer lugar, los límites, excediéndose sobre toda medida, como les acontece á esos corceles que, no sabiendo moderar su ardor, van á estrellarse contra una roca ó á derrumbarse por un precipicio.

Luego, no le ha aplicado á conservar ó á perfeccionar su existencia, sino empleando sutilezas ingeniosas, le ha convertido todo entero en un agente activísimo de goces y placeres. Es su costumbre de siempre, bien lo sabéis ya.

Cuando Dios asocia algún goce al cumplimiento de un deber ó al disfrute de algún derecho, el hombre procura eludir el deber ó el derecho y quedarse únicamente con el goce.

Y hasta este mismo placer le ha procurado el hombre exclusivamente para sí, y ha rechazado á los demás brutalmente, con crueldad, hasta causarles la muerte.

Alimentarse para vivir, tomar la parte de pan y sol que le tocasse, era derecho suyo; más aún, alimentarse bien para vivir bien, y buscarse un sitio bien capaz, podíalo también hacer. Y todavía iré más lejos; á todas estas cosas podía añadir alguna delicadeza en el gusto y buscar en ellas cierto regalo que dentro de sus límites, parece el sello de persona distinguida, y forma la línea divisoria entre el gastrónomo y el glotón. Al criar Dios las cosas buenas y las finas, no ha pretendido que las despreciemos, y hay un modo de usar de ellas que no le desagrade.

Mas sea de esto lo que quiera, siempre será prudente y de buen tono dar poca importancia á estos placeres inferiores, y no pensar en ellos sino á sus tiempos determinados y con brevedad; y á mí, os lo confieso, me gusta un hombre que, al salir de la mesa, se acuerda de lo que en ella ha tomado, á lo menos para no herir la delicadeza de la dueña de la casa.

¡Pero cuán presto ha traspasado el hombre estos límites de prudencia y de templanza! ¡Cuán ciega y locamente se ha dejado precipitar en los excesos!

Bebió Noé del vino de su viña, y lo encontró bueno; bebió no solo por sed, no solo por gusto, sino por pasión (1), hasta que cayó. Esaú vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. ¡Ah, Señores! ¿Es posible comprender á Esaú, cuando uno ha comido lentejas?... ¡La gran queja de los israelitas en el desierto cuando Dios les enviaba el maná, era que no tenían ya las cebollas y los puerros de Egipto!

Y por estos pasos el mundo llega hasta los excesos de que se enorgullecía la Roma pagana. Allí los Vitelios, que ordenan se les sirvan platos de lenguas de ruiñón, y gastan en el menor de estos banquetes 400.000 sextercios, 64.000 francos de nuestra moneda. Verdad es que Vitelio era emperador; pero ved ahí á un burgués, Apicio, arrojando en un año 2.500.000 libras en las profundidades de su estómago. Y viendo luego que solo le quedaban 250.000 libras para comer y beber, juzga que con esa

---

(1) La Sagrada Escritura solo dice que Noé bebió y se embriagó; pero advierten unánimemente los Santos Padres que no fué «por pasión» ó destemplanza, sino porque ignoraba la fuerza del vino. (N. del T.)

miseria nadie puede vivir, y después de bien harto en un gran banquete, se envenena.

La gula—dice el Diccionario de Trevoux—no es vicio de gentes honradas, y por tales entiende las personas distinguidas. Lo que hay de cierto es, que este vicio no está bien visto entre ellas; y, por otra parte, solo se sucumbe á él en la intimidad de cierta clase de personas. Sin embargo... ¡qué de ejemplos en contra!...

Abiertas y chorreando estaban aún las llagas de Francia después de los grandes horrores de la Commune, humeantes aún las Tullerías, cuando obsequió con un opíparo banquete la gente distinguida y alegre de un círculo, ¿á quién?... ¿á algún general que hubiera intentado devolver á las banderas francesas su honor perdido? De ningún modo. Á yo no sé qué cocinero de París, porque en tiempo del sitio (mientras los soldados comían pan negro y carne de caballo en los campos ó en los fosos) él les había proporcionado todos los días una suculenta y espléndida comida... Entre los comensales estaba Renán, el delicado Renán.

---

Siendo yo niño conocí á un buen viejo, comerciante, que se había retirado de los negocios.

Vivía con su anciana esposa en una hacienda de provincias, tranquilo y sin que ninguna turbación exterior amargase el plato monótono de su mesa. No le había Dios concedido ningún hijo... y para ellos el mundo lo formaban ellos mismos y solo ellos. Se levantaban, comían, descansaban y volvían á comer; volvían nuevamente á comer y nuevamente á descansar, y, por último, hecha la digestión se iban á acostar. El día lo pasaban, él á la derecha de la chimenea sobre un sofá, y ella á la izquierda sobre una mecedora; y uno y otro, con los ojos medio cerrados, guardaban profundo silencio, tan solo interrumpido por los indiscretos remordimientos de una difícil digestión.

Brillat-Savarín (1) les ofreció todos los refinamientos de su talento gastronómico; pero ellos, que tenían tan poco talento, no gustaban de esas delicadezas. Todo les parecía bien con tal que fuese mucho, pero en particular se dirigían á lo sólido. ¡Y en aquella población había gentes que se morían de hambre!

Habían llevado consigo una sobrina que contestaba al dulce nombre de Melania, y á quien habían prometido toda su hacienda... Á la

---

(1) Autor de la *Physiologie du goût*, código del gastrónomo. (N. del T.)

muerte del último se halló que habían comido ambos con tanta abundancia, que apenas llegó la herencia para pagar los gastos de Melania en el colegio.

Yo pregunto ahora: ¿qué ha recibido de estos dos viejos el mundo sobre lo que recibieron el perro y el gato que con ellos vivían y se alimentaban de lo que les echaban? Ambos murieron de apoplejía.

«La gula ha quitado la vida á más hombres que la espada»—dice la Escritura. Ved, pues, cómo la naturaleza misma se vuelve contra el hombre que la pervierte. ¡Muere de excesos de aquello que precisamente le serviría para vivir!... ¡y con qué muerte tan ignominiosa!

---

Necesitaba el hombre vestirse para hacer rostro á la intemperie de un cielo sin clemencia, y en el vestido ha encontrado algo más que la utilidad, el adorno... ¿Tendré yo necesidad de deciros á qué locuras ha llegado el hombre con sus trajes?... y ¿cómo ha llegado á considerar el cubrirse como accesorio y el adornarse como esencial?... y ¿cómo con pretexto de adornarse mejor, hasta se cubre menos de lo necesario?... ¡Ah! ¡Qué rarezas, qué extravagancias

tan sin número han salido de aquí! ¿Será necesario insistir en esto?... Muy delicada sería tal materia, á mi juicio, ante personas tan bien vestidas. Pero ¡cómo no haceros notar que en materia de vestidos y de adornos gasta el amor de sí, el egoísmo, buena parte de la vida de las mujeres!, que para ellas la principal, por no decir la primera cuestión que han de resolver desde que se dan cuenta de sí mismas hasta que mueren, es cómo se han de adornar... ¿No hay, de veras, cosa mejor para su espíritu y para su corazón? ¿Es, en verdad, amarse bien, emplear la vida en cuestiones tan frívolas? ¡Y no es solo esto!

Bossuet habla de esas mujeres «que llevan pendiente de un hilo al cuello la subsistencia de veinte familias».

¿Pensáis vosotras al adornaros de esta manera que hay madres andrajosas que no tienen con qué vestir á sus hijos?

Este mismo amor de sí mismo mandaba al hombre buscarse un abrigo contra el cielo y contra las fieras. Bueno era esto. Mas pasemos al otro extremo, si os place.

Ya no le basta la casa; necesita un hotel con multitud de soberbios salones; necesita un palacio de invierno en la ciudad, otro de verano en el campo, parques inmensos para placer de

su vista y bosques espesos para caza mayor. Necesita uno, dos, tres de estos aquí, allí, bajo este cielo y en todos climas.

Cuenta Luis Veillot en sus «Fantaisies» la historia de un inglés que poseía uno de los viñedos más hermosos de toda Francia, y solo venía á él una vez al año, pasadas las vendimias. Después de apearse, le servían una botella del nuevo vino, la bebía, y luego se volvía á Inglaterra. Para esto necesitaba este viñedo.

Bien sé que pocos humanos estarán á punto de gozar tales fantasías; pero soñamos todos en determinadas horas, y lo primero que hacemos en nuestros sueños, es considerarnos ricos... pero muy ricos... Pues bien, cuando soñáis así... ¿os negáis algún capricho? ¿Qué es lo que no os concedéis? Sin que caigamos en las locuras de este inglés, ¡cuánto y cuánto vamos alargando nuestras tierras!...

«¡Desgraciados — dice Isaías — desgraciados de vosotros que añadís casas á casas y juntáis campos con campos!... ¡Pretendéis habitar solos en medio de la tierra!»

---

Mucho habría que decir aún acerca de los excesos á que lleva el egoísmo al hombre en el cuidado de su cuerpo, de su salud, de sus

fuerzas, de su buen parecer, de su hermosura. Todo es lícito, cuando está dentro de la medida..., pero todo es altamente ridículo cuando se sale de ella.

¡Oh, cómo se reirá de nosotros la naturaleza! Porque en último resultado, hagamos lo que queramos, ello es que nos envejecemos, y al envejecernos nos debilitamos y nos afeamos. Todas nuestras trampas, todos nuestros tintes y afeites no nos harán ser lo que no somos. ¡Si supierais cómo se burlan de vosotros en secreto cuando se descubren vuestros artificios! ¡Y, francamente, en medio de todo, no es que hayáis robado algo, pues vuestro dinero os cuesta!

Es amarse demasiado uno á sí mismo querer ser perfecto. El egoísmo es loco en extremo cuando piensa engañar á los años... ¡Son estos tan hábiles!

Dos amigos habían discutido varias veces esta importante cuestión: «¿Será cierto que ella se tiñe?» «¿Será cierto que no se tiñe?» Un día se estaban ambos paseando á dos pasos detrás de ella en un parque; al salir de una alameda umbrosa, cayó un rayo de sol sobre los negros cabellos de la que seguían; entonces se dieron del codo. La naturaleza se vengaba cruelmente... el ala de cuervo de sus cabellos tenía reflejos de un verde metálico soberbio: ¡era la base de

anilina de la tintura! No por eso la dijeron cosa alguna, es natural, y su esmerada educación eso les exigía. Pero siempre que la vuelven á ver sin un hilo de plata siquiera en aquella selva tan negra, se miran el uno al otro, y no podéis figuraros, Señores, el trabajo que les cuesta reprimir la risa, mientras ella ignorante y satisfecha, se va contoneando.

¡Y qué decir, sobre todo, de esas bajezas de ciertos goces que ni aun mentar puedo yo y en los que el egoísmo parece cifrar su bien supremo! En esta materia el deber y la naturaleza todo lo ennoblecían, y cubrían con un velo el barro con que Dios ha formado al hombre. Pero ¡cómo ha repudiado el hombre este deber y este encargo de la naturaleza! ¡Cómo ha huído de ellos por pesados! ¡Cómo ha discurrido para guardarse de ellos! ¡Cómo los ha puesto bajo sus pies con excesos á que la bestia jamás ha descendido!

Yo me callo, Señores. El austero Bourdaloue desde lo alto de la cátedra santa hablaba con una sinceridad que yo no puedo tener, y ni el mismo Bossuet sería bien recibido hoy día si hiciese llegar á nuestros castísimos oídos «el relincho de lujuria» (son sus palabras) que brota de las entrañas de esta sociedad depravada.

---

Pues ¿dónde estará el exceso del egoísmo tratándose de la averiguación de la verdad, que es alegría y bien del espíritu y del alma?

Voy á decíroslo:

Dios ha entregado á la investigación del espíritu humano el campo inmenso de las verdades del orden natural: *Tradidit mundum disputationibus eorum*, campo que aun en nuestros días está muy lejos de roturarse, pues quedan aún vastas regiones de maleza en que no ha penetrado el arado de la ciencia.

Pues sobre este campo se abre otro, el de las verdades sobrenaturales, el cual se le ha reservado Dios para sí; se lo ha ocultado á los sabios, como dice el Evangelio, y se lo ha puesto patente á los pequeñuelos, es decir, á los humildes.

Pues bien, el exceso de los sabios está en querer penetrar también en este campo, no por el camino de la revelación divina, que es el camino de los párvulos, sino por el camino que ellos mismos han pretendido abrirse. Así es que no lo consiguen. Se apartan de él en sus investigaciones, dice la Sagrada Escritura también, y desalentados bien pronto por la incoherencia de sus fantasías, llegan á negar esas verdades altísimas que no descubren; niegan lo sobrenatural, niegan el espíritu y el alma, y acaban por negar á Dios.

Y aquí vuelve á aparecer siempre la misma perversión de que venimos hablando... Buscar la verdad pide trabajo, y trabajo fuerte y constante...; y el hombre es esencialmente perezoso, ama la comodidad. ¿Qué hacer entonces?... Pues, sin trabajar y sin esforzarse, llevado por la pereza, tomar para sí las negaciones de los demás y aferrarse en ellas como si fuesen obra suya, y fundarse sobre ellas con tanta mayor seguridad cuanto más se ignora lo aventuradas y temerarias é irracionales que son.

No podéis figuraros, Señores, qué ignorancia y qué errores se acumulan en el cerebro de un incrédulo por lo que oye decir. Y cuenta que casi todos lo son así. Porque el número de los que han razonado su incredulidad y la han fundado, valga por lo que valga, en investigaciones y trabajos personales podría contarse por los dedos.

Fuera de éstos, los demás tienen para su uso ciertas frases de cajón, siempre las mismas: Josué, la Inquisición, las manos muertas, Jonás, la Trinidad, la emancipación de la inteligencia, la noche de San Bartolomé, el edicto de Nantes, las conquistas de la ciencia, los curas, los animales del arca de Noé y otras, y se sirven de estas como fichas, del mismo modo que pudiera usar un mono las del dominó. No hay conexión ninguna en sus conversaciones

porque no la hay en sus ideas; mas no por eso dejan de estar menos satisfechos de sí mismos ni de ser menos osados. Yo, por mi parte, confieso que en su presencia me veo en un compromiso terrible. ¡Id á hacer entender á un necio que no es sino un necio!... Precisamente por serlo, no comprenderá su necedad. ¡Ah! ¡si á lo menos supiesen el catecismo!... Pero no le conocen ni aun por el forro.

Ha poco os decía, que el egoísmo llevaba con sus excesos al hombre á este resultado singular, que en aquello mismo que debía hacerle vivir, hallaba lo que le daba la muerte. Pues ved ahora el paralelismo respecto del alma. El amor de sí que le movía á buscar la verdad, le lleva por su intemperancia fatalmente, necesariamente al error; y como la verdad es la vida del alma, el error es su muerte, pero muerte desgraciada, vergonzosa.

---

Esos bienes ambicionados y acaparados con toda clase de abusos por el egoísta, á los cuales ha pedido la alegría perezosa que disfruta, una vez arrojado el yugo del esfuerzo y de la obligación, esos bienes, digo, los ha querido el hombre para sí solo: «¡Para mí!»

Tendieron un día sobre una hermosa pra-

dera una alfombra, y en ella colocaron á un niño de tierna edad. Bajo el claro y suave sol, al lado de flores que se abrían, en presencia de alegres pajarillos que cantaban y en el despertar de la naturaleza primaveral, aquel niño juguetaba con tal alegría, que era un encanto verle. ¡Para cualquier pintor hubiera sido un cuadro sublime! Repentinamente vino el turno para el moralista. Se acercó entonces un magnífico perro de caza; tiéndele el niño sus bracitos, y por un poco tiempo todo era besos y caricias. Mas encontrando el perro sumamente suave la alfombra, al cabo de las vueltas de costumbre se sentó sobre ella. Como el perro era grande y la alfombra pequeña, se vió entonces un ardor propio de hombres. Poco á poco, con mucha suavidad, á fuerza de empujones, echó de la alfombra el perro al bebé, que á su vez ponía alguna resistencia con pies y manos, pero inútilmente... Sucedió bien pronto que el pequeñín se quedó sobre la yerba... y, lleno de coraje, cogió entre sus manos la cola del perro, sosegadamente acostado, y se puso á morderla con sus dientes diminutos. Dió el perro un salto tremendo y un ladrido feroz; pero más pronto había saltado la madre, y concluyó la escena con el grito ¡á la perrera!, que fué puntualmente obedecido.

Este perro hacía, con la irreflexión propia de las bestias, exactamente lo mismo que suele hacer el egoísmo del hombre, empleando los pérfidos discursos de una inteligencia que sabe razonar.

Ya no se contenta con decir como antes: «¡Mi parte de pan y de sol, pero grande, más grande, más aún!»

Ahora añade: «¡Mi parte para mí, y además sea para mí la parte de los otros!»

Así era necesario que sucediese.

Dividid la tierra; cada hombre encontrará en ella su parte, que tan grande es como todo eso. Mas ninguno se quedará contento, sino que la querrá siempre mayor. Para alargarla más, usurpará algo de la del vecino, y si este es débil, pronto la perderá, ¡porque en este conflicto el débil es quien sucumbel... Seguid adelante: el vencedor, el fuerte, hecho más fuerte ya, porque tiene mayor porción, se irá extendiendo siempre y se irá metiendo siempre por las porciones de sus vecinos. Cada triunfo le dará más fuerza, y llegará un momento en que estará caracterizada la situación de la sociedad en las tristísimas palabras de León XIII:

«Por una parte la omnipotencia en la opulencia, unos pocos que, dueños absolutos de la industria y del comercio, cambian el curso de

la riqueza, y hacen con esto afluir hacia sí todas las fuentes, y que además tienen en su mano los resortes de la administración pública. Por otra parte la debilidad en la inteligencia; la muchedumbre con el alma lllagada, siempre dispuesta para los desórdenes».

Las riquezas, siendo como son la llave para todos los bienes y para todos los goces, son el fin y compendio de toda la pasión del egoísmo humano... «¡Á mí mi parte de oro!... ¡Á mí la parte de los demás!»

En lo cual se manifiesta con toda su odiosidad la ambición sin entrañas del corazón humano... Pero aquel cuya porción ambicionáis, ¿no tendrá, por consiguiente, nada?...—«¡Á mí qué me importa! ¡Con tal que tenga yo!...»—¡Pero aquel otro, ya despojado, va á sufrir las angustias de la miseria!...—«¡Qué me importa á mí! ¡Con tal que yo goce, yo!.. »—¡Pero que ese morirá!—«¡Qué me importa! ¡Con tal que yo viva!...»—Pero, malaventurado, ¿que ese otro es hermano tuyo!—«¡Hermano mío!... ¿Tengo yo, por ventura, encargo de velar por mi hermano?»

¡Ah, Señores! ¡ahí lo tenéis, textual, el grito de Caín... del primer homicida!

Ved brotar de aquí esa desenfrenada competencia, gusano roedor y lepra de nuestra situación económica contemporánea... Ese rival es menester que caiga; y todo el talento de este hombre, todos sus pensamientos, todo su trabajo, la febril preocupación de todos los días y el sueño agitado de las noches, van siempre enderezados á un mismo objeto: á derribar al otro, á arruinarle, y después á enriquecerse con sus despojos.

Ved salir también de aquí esa sequedad que forma corazones de pedernal y entrañas de bronce... «Caballero—decía un industrial inglés á uno que estaba visitando su fábrica—caballero, créame V., para obreras tome V. mujeres, y sobre todo madres de familia; es lo mejor que hay, porque tienen hijos que alimentar, y pasan por todo. ¡Se las tiene por una nonada!»

De aquí sale también esa horrible usura, con la sonrisa seductora en los labios y la crueldad en las entrañas, cuidadosa en ocultar sus corvas uñas, y siempre pronta á extender sobre el pobre sus enormes tentáculos como un inmenso pulpo.

De aquí proviene también el juego, insensato, desgreadado, furioso, ébrio, que con mano trémula echa en una noche sobre el tapete verde

de un garito toda la fortuna, toda la honra y todo el porvenir de una familia.

Ved salir todas las confabulaciones, intrigas tenebrosas, traiciones y la venta de las conciencias.

Ved sobre todo, Señores, por cierta terrible reciprocidad juntarse en el corazón de los vencidos en esta lucha egoísta y en el corazón de sus descendientes, ved cómo pasa y se transmite la sangre de padres á hijos, y se acumula con la sucesión de los siglos la ola inmensa é hinchada de las venganzas, puesta en ebullición por tanta cólera y por tantos odios reprimidos. ¡Ah!... ¡día tremendo el de las represalias, cuando se echen sobre la presa todos los que han sido explotados, desposeídos, despojados, arruinados por el egoísmo!

«¿Qué harías tú, Capeto — preguntaba el carcelero Simón al hijo de Luis XVI — qué harías si llegasen á ponerte en libertad los Vendeanos? ¿Qué harías de mí? Me matarías ¿no es verdad?»

Y el tierno huérfano, el desgraciado mártir del Temple contestó: «¡Te perdonaría!»

Pero el pueblo de los miserables no perdonará, no.

Sobre las ruinas de la *mammona iniquitatis*, riquezas de iniquidad, danzará y se reirá el pueblo, y una sombra misteriosa y fatídica pa-

sará sobre aquellos escombros humeantes aún y manchados con toda esa pompa del orgullo, y lanzará los gritos de: ¡Venganza! ¡Venganza!

¡Quiera Dios que los ecos del cielo no contesten: ¡Justicia! ¡Justicia!

---

¡Y el alma!... También tiene su grito de pasión egoísta y cruel: «Yo más que los otros, yo sobre todos los demás y los demás bajo mis pies...» Ya no es la sed de verdad la que ahora la consume, es la sed de altos puestos, la sed de mandar, la sed de poder. Á veces se confunde con la sed de bienes materiales y del oro, porque como ya sabéis, con el oro, sobre todo en nuestros días, todo se compra ó se puede comprar; pero no por eso deja de ser distinta en sus principios y en sus fines.

Cuando por el talento, por el genio, por la inteligencia, por su prudencia y demás buenas partes adquiere un hombre mayor estima que los que le rodean, naturalmente se levanta sin rebajar á los demás... Una encina se levanta por encima del trébol ó el tomillo sin cortarles sus tallos. Pero si les viniese la idea de levantarse sobre la encina, no tendrían modo de conseguirlo sino cortando la copa á la encina, ó ahogándola al brotar la bellota.

Esto cabalmente es lo que hace el egoísmo del hombre; sube primero cuanto puede, luego que no puede pasar de allí, deseando llevarse sobre todos la palma, rebaja á los demás y queda por encima de todos. De aquí tienen origen, así en ciencias como en literatura y en las artes, las envidias. De aquí proceden en política las camarillas y partidos con todos sus embrollos. De aquí salen todas las bajezas y todas las infamias de la ambición humana.

Celos, envidias, mentiras, intrigas, maledicencia y calumnia, todo este innoble haz de flechas va rápidamente, y en el silencio de la noche, á atravesar el corazón del grande que nos molesta. ¡Oh, cuánta baba lanzada por esos reptiles contra los que, más altos que ellos, han de sobrepujarlos! ¡Cuán bien encubiertos con sonrisas hipócritas están esos dientes de víbora que muerden al besar!...

Mucho se prestan á la risa ciertas pretensiones de provincia y ciertas chismografías de aldea... No conozco, sin embargo, nada más triste, ni más odioso, ni que más á las claras ponga las bajezas repugnantes del egoísmo y de la especie humana.

No es el oro lo que en esos manejos se roba, sino la honra; no los bienes del cuerpo, sino los mayores bienes que tiene el alma.

¡Y ved la inconsecuencia de los hombres! Cuando yo robo á un hombre el oro que posee, saco de mi mala acción algún bien; al fin y al cabo... tengo conmigo el oro robado y lo junto con lo mío. Pero cuando á un hombre ó á una mujer se le roba la honra ¿qué es lo que á mí me queda de ese robo?... ¿de qué me sirve para aumentar mi propia honra?...

Por ejemplo: en un pueblo cualquiera, en Villatuerta, fruto de un feliz matrimonio va creciendo una joven favorecida por Dios con los temibles dones del buen parecer y de la hermosura. Pues las desgraciadas, las que no están tan favorecidas, las arrinconadas del pueblo, y que temen quedarse para vestir imágenes, se esconden para verla pasar... y en silencio la contemplan...; hay que resignarse con la realidad: las excede á todas en hermosura, y con mucho.

Á partir de esta fecha queda establecido en toda regla el sitio, y como todavía no está admitido arrojar vitriolo al pasar á los rostros agraciados, aguza el enemigo en silencio la espada de dos filos, que es la lengua, en expresión de la Escritura: *Lingua eorum gladius acutus*. «Venid y vamos á herirla con la lengua», dicen también los libros santos... y los golpes de la maledicencia y de la calumnia se dan, pri-

mero discretos y cobardes, como de asesino que se está ensayando, luego repetidos, más frecuentes, continuos, sin descanso, hasta llegar á lo vivo, ¡al corazón!...

La pobre quizás morirá... porque las hay que mueren con estos golpes..., pero ¿y después?

Aquella hermosura ¿se habrá por eso trasladado á quien no la tenía? ¿vendrá de aquí la buena fortuna á las infortunadas? ¿alguna esperanza tardía á las desesperadas? ¡No! El pueblo de Villatuerta... seguirá siendo Villatuerta... y en él las tales quedarán en el rincón donde estaban.

Bien sé que tendrán una satisfacción... al menos la última satisfacción del egoísmo depravado... «¡Yo no, pero tampoco ella!»

Una vez más me han dado un ejemplo de esto mismo los perros.

---

Tengo yo por costumbre llevar después del desayuno un pedazo de azúcar á dos hermosos perros de caza que tenemos, y yendo allá un día, oí á uno de ellos ladrar estrepitosamente y aullar de rabia. Asustado apresuré el paso... Vi que uno se había sacado el collar y estaba con toda libertad en un seto inmediato á la perrera, sumamente entretenido haciendo un gran hoyo

en la tierra. Esto era lo que al compañero le hacía rabiar. Puse entonces el collar al fugitivo y, serio, cabizbajo, se volvió á su guarida. Al punto calló el otro, movía la cola con pasmosa satisfacción, temblaba de alegría, y al acercarme á él, de un salto puso sus patas delanteras sobre mi espalda. Yo le eché con violencia, francamente lo digo, porque me indignó aquel egoísmo bestial... ¡la libertad y buena suerte del otro le había enfurecido, y al verle atado otra vez él que también lo estaba, encadenado, como él lo estaba, saltaba y brincaba de contento!... ¡Esto, esto es también el hombre!... No es para los perros para quienes se ha hallado el mote famoso: ¡La igualdad en la servidumbre!

«Primero mi bien, y luego el mal del prójimo»—decía el fabulista;—ahora es algo más bajo: «¿Es mal para mí? Sea; ¡pero entonces que le llegue también al vecino!»

Conocí á una niña á quien cortó su madre todo el pelo para que le creciese con más fuerza...; pues viendo al día siguiente esta niña á una amiga suya con una hermosa cabellera y una gran trenza que le caía por la espalda, estando enredando y jugando con ella, se la cortó enteramente en un abrir y cerrar de ojos, de un par de tijeretazos.

En el pueblo bajo sucede á veces que el

hombre que se siente rechazado por alguna joven, le quita inhumanamente la vida. Como si dijera: «Si no es para mí, que tampoco sea para otro».

En esto está pintado el egoísmo del hombre, y desisto ya de seguirle los pasos en las últimas capas de este inmundo fangal.

Fijaos bien y le veréis aparecer en las circunstancias más insignificantes.

¡Meditad!... ¡Ah! singular palabra que se me ha escapado de los labios, pero que no la retiro. Es término de iglesia, pero no importa, porque en la iglesia también veréis aparecer ese egoísmo de «¡si no es para mí, tampoco para los otros!» con manifestaciones inofensivas, lo concedo, pero características.

Entre las gentes dedicadas á la piedad, hay costumbre de reservarse para sí, cuando están orando delante del Señor, reclinatorios alfombrados. No lo repruebo, están en su perfecto derecho y además, ¡quién sabe!, puede ser que tengan muy delicadas las rodillas... Á ninguna persona se la puede impedir tener delicadas las rodillas... Pero mirad, en cuanto acaban su oración, se marchan... «Ya no me sirve á mí este reclinatorio... ¡Entonces que tampoco sirva á los demás!»—dice el egoísmo—y por un mecanismo ingenioso se levanta la rodillera y,

merced á una llavecita, queda sujeta ¿á dónde diréis?... por regla general á una cruz tallada que hay en el respaldo y en la cual está el pestillo de la cerradura. ¿No os parece que esta cruz está en su punto?... ¡La cruz de aquel que ha venido á enseñarnos á morir por nuestros hermanos!...

---

Me urge el tiempo y debo terminar. Para este mal que os he señalado, á los desbordamientos de este egoísmo devastador que siempre creciente amenaza á la sociedad ¿qué remedio encontraremos?

Desarraigarlo del corazón humano, no podríais, anclado tan fuertemente como está en el fondo mismo de nuestra naturaleza, y entrando, como ya os lo he dicho, en el plan divino, dentro del cual desempeña buen papel.

Lo que hay que hacer es amordazarle; pero ¿de qué manera?

¿Con las leyes humanas? Sí, y es lo primero. Porque es menester que lo castigue la ley, y lo castiga. Lo castiga en sus mayores excesos, como el asesinato, el robo, la calumnia, la deshonra, etc.

Lo castiga, cuando persigue la explotación que se hace del hombre por el hombre bajo

tantas y tan diversas formas, como el siglo y la época reclaman. Lo castiga cuando protege al obrero contra la rapacidad sin entrañas del patrono; cuando limita las horas de trabajo y reglamenta la higiene de los talleres, y cuando prohíbe sujetar á la mujer y á los menores á trabajos que quebrantan su débil organismo.

Castiga al egoísmo la ley cuando fomenta y ampara con privilegios las agrupaciones de obreros, considerándolas con derecho á juntar su debilidad y formar un elemento de fuerza que es menester respetar.

Todo esto hace la ley, y para que lo haga hay necesidad de alentarla y bendecirla. ¡Quizás pueda hacer más aún, y lo que pueda hacer hay que pedirselo!

Derecho y obligación de los poderes constituidos es proteger, sabiendo lo que es la malicia humana, al débil contra las empresas del fuerte, al pequeño contra la tiranía del grande y al pobre contra la dureza del rico. Y no hay libertad que contra esto prevalezca; la primera condición de la libertad es el respeto á los derechos del individuo. El que por su propia utilidad viola los derechos de otro y de ello se alegra, no es digno de ser libre.

Pero, Señores, cuando haya hecho la ley todo esto y aun más, nada se habrá hecho sólida-

mente aún. ¡Triste condición la de una sociedad que ha de conservar con la guardia civil el derecho! Si no entra el respeto al derecho ajeno en las costumbres mismas, si el alma de un pueblo no está impregnada de los sentimientos del derecho y del deber hasta las entrañas, nada se conservará en pie. Bastará para ello que por un momento se duerma el polizonte ó el guardia civil.

Podremos coger á un tigre en la trampa y encerrarle en una jaula de gruesos barrotes de hierro... Encerrado en ella, claro está que no desgarrará á nadie mientras se conserven los barrotes. Pero, ¡ay de vosotros si alguno se rompел!

El egoísmo amordazado con las leyes, es poco más ó menos como ese tigre enjaulado, y en su presencia siempre ceden las barras, ó si no ceden se doblan, y el tigre salta fuera.

¿Qué, no sabéis, por ventura, lo que son leyes, y que los hábiles las eluden?

Leyes hay contra la usura... ¿y está muerta la usura?... Leyes hay contra el juego... ¿y está muerto el juego?... Contra el fraude, contra la competencia, contra los pesos y medidas falsas... leyes hay, ¿y, por ventura, se ha puesto coto á tales abusos?

Además, aunque las leyes encierren al tigre, pero no le pueden domar. Por esto hay que

hacer más y mejor. Para poner el yugo á esa pasión del alma humana, hay que buscar necesariamente una fuerza que reine sobre el alma humana; para curar esa lepra que va royendo el corazón, es menester una fuerza vivificadora que penetre hasta el corazón.

Y no hay más que una, nuestra religión sacrosanta.

Y en este sentido se ha dicho que solamente la religión podía aplicar el remedio al mal social que va carcomiendo la sociedad contemporánea.

No porque haya que dejar á un lado la acción de las leyes públicas y de las iniciativas individuales, antes son necesarias y hay que emplearlas para cortar el mal en sus frutos, sino porque las leyes no podrían cortarle de raíz, y llena ésta de vigor, como planta venenosa, siempre estaría brotando.

Solo la religión penetra tan adentro, y si queréis conseguirlo vosotros con vuestras reformas, es menester que ella sea la base de todas vuestras empresas.

Voy á deciros de qué manera lo realizaría, y veréis cuán maravillosamente se adapta á la naturaleza humana. No temáis; seré breve.

En primer lugar la religión impone al egoísmo su verdadera ley, su regla verdadera; no le destruye, pero le pone en lo justo.

«Amaos, pero amad á los demás como os amáis á vosotros mismos».

«¡Mi parte para mí, pero del mismo modo que para mí, sea para los demás su parte!»

Ya reconoceréis que observada universalmente esta ley, ese torrente de rivalidades, de iras y de todas las guerras de los hombres se secaría al punto en su origen.

Pero sucede con esta ley moral, lo que ha poco os decía de las leyes civiles. En tanto que sean letra muerta y estén solamente escritas en las tablas del Sinaí, ó en las hojas del código universal, siempre serán estériles.

Es menester que estén embebidas en ellas nuestras costumbres y que ellas penetren en nuestro corazón hasta mezclarse con su sangre.

¿Qué hará entonces la idea religiosa? Cambiar el eje de la vida del hombre á cuyo alrededor gravita el egoísmo. Como ese eje estaba en la dirección de la tierra, tendido sobre ella, en dirección de la tierra giraba el egoísmo, entre el polvo y lodo, en medio de las cosas que pasan y mueren, buscando su bien entre las vanidades que en un día se acaban. ¡Pues la religión le levantará y le pondrá en la dirección del cielo!

«No busques tan abajo tu felicidad... Está mucho más arriba: es Dios. No apegues tu

alma á esta vida que pasa y se te escapa... sino á la vida de allá arriba que no muere... No pongas tu corazón en objetos tan frágiles como el vidrio ni tan vanos como el humo. Ponle en el Inmortal, en el Infinito. Busca tesoros que no roe el gusano ni consume la carcoma».

«¡Oh hombre, hijo de la eternidad! ¿de qué te serviría ganar todo el mundo, si llegases á perder tu alma?»

¿No es esto, Señores, atacar al mal en su raíz y apartar el egoísmo del hombre de los bienes precederos de acá abajo que tanto nos disputamos y que son el objeto constante de nuestras querellas?

¿No es esto orientarle hacia el cielo, donde á sus anchas puede explayarse, por encontrar allá lo que ambiciona, el infinito, Dios?

¡Ah! Locura sería, bien lo sé, imaginarse que algún día se dejará gobernar la humanidad entera por ideas tan santas. Pero no obstante, ¡cuanto más profundamente se graben en las almas, tanto mejor se asegurará en este mundo la paz! ¡Cuanto más se extienda el reino de Cristo, tanto más se extenderá esa paz divina; porque entre los nombres que ha tenido á bien llevar, está este nombre magnífico de Jesucristo: Príncipe de la paz!

---

¡Pues manos á la obra, Señores, vosotros que creéis en Jesucristo!

Cuando al terminarse el año veáis que llegan á vosotros vuestras rentas y vuestras ganancias, bendecid á Dios; pero que salga también de vuestro pecho este grito propio del cristiano: «¡Mi parte para mí, pero también para los pobres la suya!»

Cuando entréis en vuestros suntuosos salones... pensad que hay pobres sin albergue. Bendecid á Dios y decidle: «¡Mis salones para mí, pero también morada para los pobres!»

Cuando vayáis á sentaros á vuestras mesas, tan abundantes y cubiertas de tan exquisitos manjares, pensad que hay pobres con hambre. Alabad á Dios, y decid: «¡Para mí este banquete..., pero pan también para los pobres, siquiera pan!»

Cuando veáis á vuestras esposas ó á vuestras hijas adornarse, acordaos de que hay pobres que van medio desnudos. Dad gracias á Dios, y exclamad: «¡Para mí este lujo, para el pobre también un vestido, un vestido siquieral!»

Cuando en rededor vuestro oigáis las risas alegres y el dulce murmullo de vuestras fiestas, figuraos que hay pobres que lloran... Alegraos en el Señor, mas decid: «¡Para mí esta fiesta, pero un poco de alegría también para los pobres!»

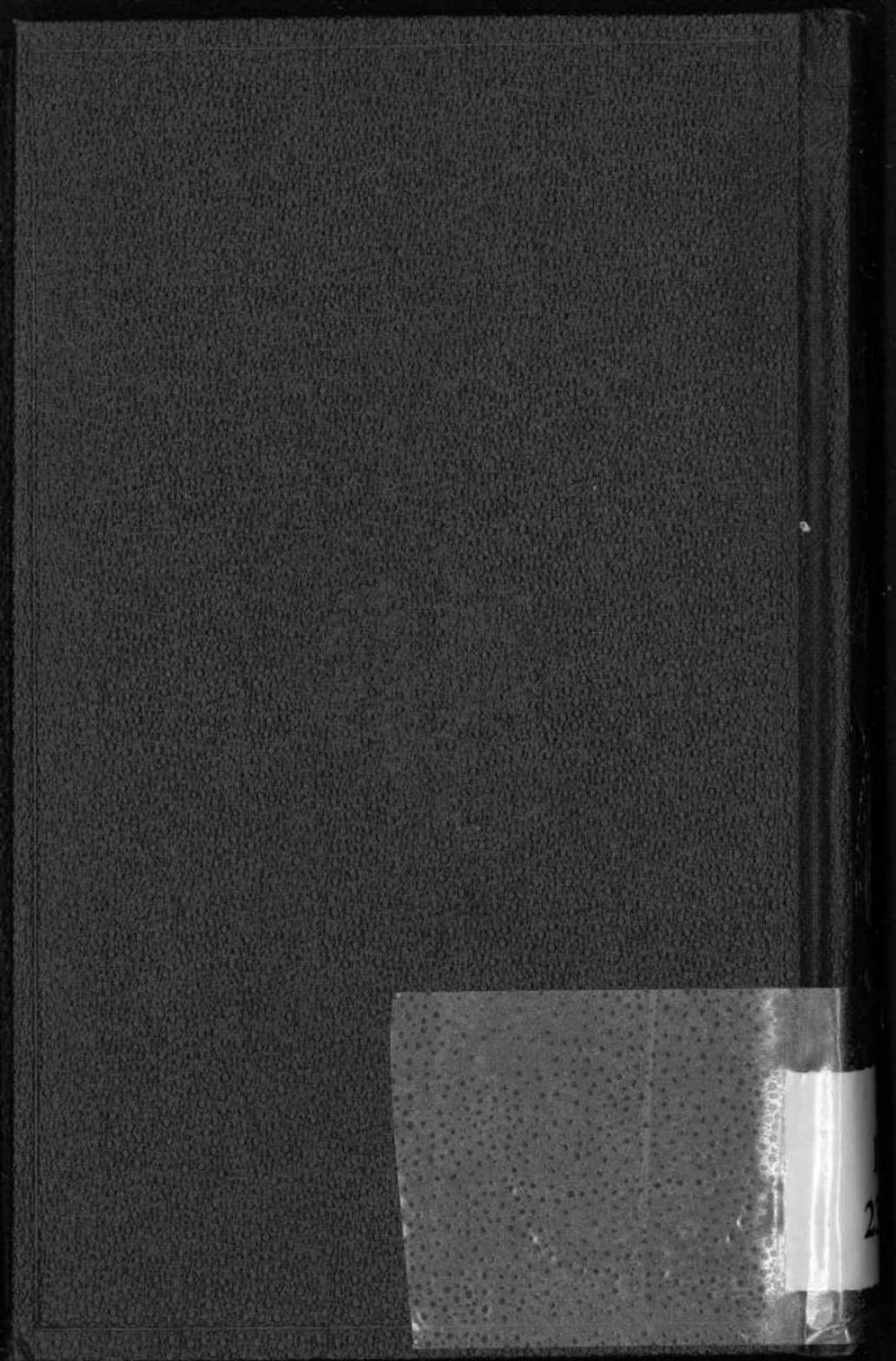
Un día, Señores, veréis delante de vosotros el inevitable huésped: la muerte. Quizás dispongáis la pompa de vuestros funerales... ¡Pensad cómo van á la tierra los pobres!... Bendecid al Señor, y decid: «¡Un catafalco para mí, pero siquiera una caja para los pobres!»

A. M. D. G.











**D-2**

**23606**